

ECO EN EL HORIZONTE LATINOAMERICANO
"LAS TRANCAS" ANÁLISIS DE TRES COYUNTURAS SIGNIFICATIVAS Y LAS CUESTIONES
ESTRATÉGICAS (1983-1989)

Editor
ECO, Educación y Comunicaciones

“LAS TRANCAS”
ANÁLISIS DE TRES COYUNTURAS SIGNIFICATIVAS Y LAS
CUESTIONES ESTRATÉGICAS
(1983-1989)

Editor
ECO, Educación y Comunicaciones
Mario Garcés
Hugo Villela

Proyecto financiado por FONDART Concurso 2010

© Sociedad de Educación y Comunicaciones ECO Ltda.
ISBN 000-000-000-00-0

Diseño y Diagramación:
Gráfica LOM Ltda.
Concha y Toro 25
Fonos: (56-2) 672 2236 - (56-2) 671 5612

Impreso en los talleres de LOM Ediciones.
Mayo, 2012

“LAS TRANCAS”

ANÁLISIS DE TRES COYUNTURAS SIGNIFICATI-
VAS Y LAS CUESTIONES ESTRATÉGICAS
(1983-1989)

EDITOR:

ECO, EDUCACIÓN Y COMUNICACIONES

PRÓLOGO

Los textos que ofrecemos a continuación no pretenden restaurar una “memoria imposible”, pero sí obligan a realizar un ejercicio de “recuperación de una memoria” que ayude a revelar el sentido de una práctica social que – en su momento – fue entendida bajo la denominación genérica de “educación popular”.

ECO, Educación y Comunicaciones; se constituye en el año 1980 como un *Centro de Cultura Popular*.

En medio de una sociedad altamente reprimida, después de 6 años de recurrir a los aleros eclesiásticos para desarrollar trabajo social junto al pueblo perseguido, y recibiendo cierto rechazo de parte de la iglesia, debido a la sospecha de infiltración política izquierdista – no así democristiana - al interior de sus espacios y aparatos pastorales, algunos profesionales y dirigentes sociales, toman la iniciativa de levantar sus propios Centros para abrir espacios más o menos autónomos. Este es el caso de ECO, uno de los Centros que emerge, al inicio de los Ochenta, sustentado en sus propios soportes legales, desafiando la precariedad jurídica y económico-financiera, para abordar un trabajo social bajo la dictadura. .

Desde los inicios, el núcleo de participantes de ECO fueron todos provenientes del mundo universitario, ya sea como profesores (de ellos, dos exonerados por la dictadura) o como alumnos que estaban en pleno proceso de avance en sus estudios: 2 estudiantes de sociología; 2 estudiantes de historia. Y, en su currículo reciente, se registraba pertenencias partidarias en lo que se denominó La Nueva Izquierda. (Mir, Mapu, Izquierda Cristiana) y más aún, culturalmente, cristianos de izquierda. Ello facilitó que el trabajo de base se articulara con un sector que llegó a ser denominado los “agentes pastorales identificados con el pueblo”: sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos funcionarios de aparatos eclesiásticos, vicarías zonales, dirigentes de comunidades populares, quienes buscaron conformar una instancia de referencia, de discusión y soporte de su trabajo con instancias y organizaciones populares, y, tangencialmente, algunos políticos e intelectuales. Todos, de diverso modo, ejercían tareas de “intervención social”, aunque muy pocos de ellos aceptaran identificarse como “interventores sociales”. Subyacente se perfilaba una frágil utopía de construcción de un polo de “iglesia popular”. Esta situación explicaba la presencia de un *área de iglesia popular* en el proyecto institucional, desde los inicios.

Desde su origen fundacional, ECO apostaba a la *rearticulación de un movimiento popular pre existente* arrasado y fragmentado por la dictadura. Transcu-

rría la etapa, inmediatamente posterior al golpe de Estado, en que todos, en más de un sentido, éramos sobrevivientes.

La apuesta rearticuladora de movimiento popular era compartida – con diversos matices – por la totalidad de los Centros que emergieron en los Ochenta. Se podría afirmar que este objetivo práctico, era la razón del trabajo de intervención, y en definitiva, la *epistemología* legitimadora de la acción. El bagaje de educación popular de esos años, irrumpe como una razón instrumental en función de dicho objetivo, no es anterior a la práctica política, es su instrumento.

Se desarrollan entonces las prácticas del *análisis político coyuntural* y del *análisis estratégico* sobre las perspectivas de los segmentos de movimientos sociales reconstituidos: así surge la hipótesis del “protagonismo popular”. Voluntarismo colectivo - desarrollado desde la externidad de la intervención – que contribuyó a construir realidades segmentarias pero vigentes: Es la periódica contabilidad de los movimientos identitarios: pobladores; sindical; jóvenes; trabajadores; iglesia del pueblo, etc.

Pero la apuesta del protagonismo popular veía planear la amenaza de la política de los partidos del centro político que ejercerían mediaciones negociadoras con el orden establecido por la dictadura cívico militar. Mientras tanto la izquierda, o los sectores de izquierda, tienen dificultades para situarse en el nuevo escenario social. El “protagonismo” se había constituido como un componente de una propuesta de salida para Chile y entraba a competir con la otra propuesta de salida, la de las cúpulas partidarias. Es así que se legitima el *análisis estratégico táctico* como práctica necesaria.

Pero al interior de ambas apuestas: *la rearticulación del movimiento popular pre existente*, como la de *desarrollar un protagonismo popular* que tienen lugar en un tiempo muy acotado 83-86, subyacía un dilema de fondo respecto al carácter de la intervención misma: la relación interventor (intelectual, profesional de clase media) con los diversos segmentos del pueblo. Relación no resuelta y que se vincula a la calidad de una intervención sustentada por el financiamiento externo que, a poco andar, hacía ver al pueblo como pretexto para conseguir la sustentabilidad de los Centros y sus miembros. Hay una fisura que permanece y que, de modo diverso, pero con persistencia, tiende a arrastrarse y reproducirse hasta el presente.

***¿Qué sentido puede tener recuperar esta memoria envasada en textos?
¿Cómo legitimar este esfuerzo?***

Existe una razón legitimadora: *Chile aún no se repone de la crisis del sistema político que provocó el golpe de Estado. Por el contrario, la crisis se ha profundizado*

debilitando al conjunto de la institucionalidad democrática a la que se aspiraba. La salida de la dictadura, negociada por la clase política que conformó la alianza política de la Concertación, mantuvo el diseño político dictatorial, aceptando la legitimidad de una constitución política anti democrática, que hipotecaba la representación política y excluía la participación popular. Mientras en el plano de la economía transaba en mantener el modelo neoliberal instaurado por la dictadura cívico militar, cuya implementación recayó estructuralmente en los sectores más desposeídos y en capas medias.

Constitución política y economía neoliberal, fueron los soportes para que los poderes fácticos vaciaran la aspiración democrática para transformarla en una Ilusión Democrática que ha permanecido por un par de décadas.

La Ilusión Democrática es el nombre de la profunda crisis del sistema político que, en la actualidad, administran la Derecha y la Concertación en una suerte de contubernio mediático de espaldas a las mayorías.

Después del paso de décadas, ofrecemos las experiencias de una práctica en nuestros propios espacios segmentados que, en la actualidad, muestran el impacto del cambio de épocas, y que obliga a trabajar nuevos conceptos, elaborar nuevos análisis, enfrentar nuevas incertidumbres, desarrollar nuevos hábitos de sociabilidad acorde al avance tecnológico, pero sin olvidar que los hábitos de sociabilidad son el cemento fundamental en la formación de movimiento social.

Creemos que hay que pensar las prácticas de intervención en sus sentidos más fundamentales. Colocarlas en su perspectiva histórica para recordar la legitimidad que las hacía vigentes. Destacar los elementos positivos y constructivos de sociedad que le dieron un lugar alternativo específico en el movimiento de nuestras sociedades.

HUGO VILLELA

Sociólogo,

Director de ECO, Educación y Comunicaciones, 1980-1986

ÍNDICE

CAPÍTULO I:	4
LA COYUNTURA DE LAS PROTESTAS	13
La Protesta Nacional: Una Visión Panorámica	15
CAPITULO II:	19
LA COYUNTURA DEL PLEBISCITO	33
1.- Los movimientos sociales en el Chile de hoy.	33
Anexo: Los movimientos sociales en el Chile de hoy	50
Notas para un Análisis Estructural: Las Actuales Formas Del Poder, El Centro Político Y La Exclusión Popular	57
Notas sobre el problema estratégico: Los dilemas del movimiento popular	63
¿Qué se juega en la coyuntura actual?	67
La participación de los movimientos sociales en el plebiscito	73
La coyuntura post-plebiscitaria:	94
CAPÍTULO III	76
LA COYUNTURA DE LA TRANSICIÓN ENAJENADA”	111
Los límites de la transición y los desafíos de la democratización desde la base	113
La crisis de la izquierda en la perspectiva de los movimientos sociales	117
Modelo económico: razones y sinsabores	123
CAPÍTULO IV	89
TRES CUESTIONES ESTRATEGICAS	129
I. La Cuestión Del “Proyecto Popular”	131
La Educación Popular y Los Desafíos De La Democratización.	132
II. La Cuestión del “Protagonismo Popular”	161
MOMENTO POLITICO Y PROTAGONISMO POPULAR	161
III. La Cuestión De La Intervención Social	168
EL TRABAJADOR SOCIAL POPULAR: EL ACTUAL DESAFÍO DE SER ACTOR	168

CAPÍTULO

I

LA COYUNTURA DE LAS PROTESTAS

LA PROTESTA NACIONAL: UNA VISIÓN PANORÁMICA
PUBLICADO EN EDUCACIÓN Y SOLIDARIDAD N° 4,
OCTUBRE DE 1983, PP. 11-28
GONZALO DE LA MAZA, MARIO GARCÉS
EQUIPO DE EDUCACIÓN POPULAR

INTRODUCCION.

Hemos querido presentar una visión panorámica de lo que han representado los seis meses desde que se realizó la Primera Jornada de Protesta Nacional. Para ello hemos elaborado un cuadro-resumen en el que se ha vaciado la información más relevante en torno a cinco variables que definiremos luego. La periodización la hicimos dividiendo cada mes en una columna para el o los días de protesta propiamente tales y 'otra para el periodo que existió entre una protesta y otra.

Las variables utilizadas fueron:

1. Convocatoria: los agentes que convocaron a cada protesta.
2. Formas de Lucha: acciones concretas que se realizaron en el marco de la protesta general de la lucha contra el régimen.
3. Sectores sociales que actuaron: los principales actores de las diversas manifestaciones antigubernamentales según sus formas predominantes de acción.
4. Acción del gobierno: aquellas medidas o anuncios tendientes a enfrentarla situación producida por parte del gobierno o de actores explícitamente oficialistas.
5. Surgimiento de propuestas y organizaciones: actores políticos, articulaciones de organizaciones sociales y propuestas políticas que emergen en el campo opositor en este período. Aquí relevamos la emergencia sin juzgar el grado de consolidación o impacto de lo que surge.

Existen otras variables que podrían haberse incluido pero que por falta de información completa o bien para no recargar mucho el cuadro se han dejado fuera.

El cuadro adolece también de otra omisión, más de fondo, ella se refiere al contexto sociopolítico anterior al 11 de mayo. Es evidente que las protestas no surgen de la nada y se inscriben en un contexto de aguda crisis económica con consecuencias de requebrajamiento del bloque en el poder. A la vez la protesta se produce luego de diversas expresiones de lucha popular que habían sido relevantes por su creciente radicalidad, aún cuando no habían logrado la masividad esperada. Es el caso de las huelgas de Colbún-Machicura y Madeco, las barricadas en Lo Hermida 'y las Marchas del Hambre en el centro de la capital y en Con-

CUADRO RESUMEN DIGITAR

cepción. El “tiempo político” que se comienza a vivir a partir del 11 de mayo es, con todo, radicalmente diferente al anterior, razón por la cual no hemos incluido en el cuadro informativo, aún cuando reconocemos la relevancia del contexto inmediatamente precedente en la configuración de la actual coyuntura.

El cuadro resumen admite al menos dos lecturas parciales. Una vertical donde se destacan las diferencias de una protesta a otra. Elementos para esta lectura los proponemos en el acápite *¿Qué estuvo en juego en cada protesta?* Lo hacemos tratando de articular los diferentes elementos en torno a la contradicción entre régimen y pueblo que alcanza su punto de inflexión máxima en cada Jornada de Protesta. Una segunda lectura -horizontal- se refiere a *la evolución de cada una de las variables consideradas por separado*. Esta lectura nos muestra los desarrollos desiguales y los grados de correspondencia o diferencia entre una variable y otra. Algunas proposiciones en relación a esto las planteamos en el acápite *Evolución de las variables utilizadas*.

Por último, hay que señalar que el cuadro no tiene pretensiones de exhaustividad pues su intención es de síntesis y de utilidad para el análisis. De allí que, aún cuando se ha tratado de incorporar el máximo de información, hay elementos que necesariamente quedaron omitidos.

Para la confección del cuadro utilizamos las siguientes fuentes: Boletines: Páginas Sindicales, Hechos Urbanos, itinerarios, CODEPU, Solidaridad. Informes: Mensual de Coyuntura Política, Mensual de Derechos Humanos. Revistas: ANÁLISIS y HOY. La responsabilidad del cuadro, con todo, es enteramente de los autores.

¿QUÉ ESTUVO EN JUEGO EN CADA PROTESTA?

PRIMERA PROTESTA: EL NACIMIENTO DE UNA ESTRATEGIA: LA PROTESTA NACIONAL.

El antecedente inmediato de la Primera Protesta es el de un Movimiento Sindical que se politiza, que salta los canales, impuestos por el régimen. La

CTC (Confederación de Trabajadores del Cobre) asume la conducción del movimiento sindical y convoca a un Paro con objetivos políticos explícitos. Sin embargo, éste movimiento no logra expresarse por sí mismo, tanto por diferencias políticas internas como por las debilidades de fondo del sindicalismo chileno. La convocatoria deriva en “expresión pública del descontento”. Es este descontento el que será canalizado por el llamado de la Confederación de Trabajadores del Cobre, haciéndose público y masivo. Porque hay un convocador efectivo dado su peso histórico y actual y su amplitud y porque se establece una propuesta de formas de lucha viables para los amplios sectores descontentos pero temerosos. Lo que no lograba el llamado a paro ni las interrelaciones de los partidos políticos, lo logra la “Protesta Nacional”.

El gobierno responde con la hipótesis de que la movilización fracasará. Hace jugar su hipótesis por medio de recursos conocidos: la censura (y manipulación de la información) y la represión. La efectividad de la “receta” parecía probada. Sin embargo el resultado es que la capacidad de “producción de realidad” de la respuesta tradicional del gobierno disminuye notoriamente. Ni la censura ni la represión logran evitar los hechos y se gesta una realidad que es independiente y contrapuesta a los intentos del régimen. Y esa realidad logra ser reconocida por amplios sectores. Por eso se habla de un cambio en la correlación de fuerzas a partir del 11 de mayo. En el periodo inmediatamente posteriormente la insistencia del gobierno sobre su estrategia (dividir y reprimir) no logra alterar los logros y al contrario genera la unificación y fortalecimiento de las cúpulas sindicales convocantes se constituye el Comando Nacional de Trabajadores que asume la estrategia de seguir llamando a protestas.

SEGUNDA PROTESTA: LA CONSOLIDACIÓN DE UN HECHO POLÍTICO SOCIAL

El éxito anterior “es posible”, la presencia menos directa de la represión y las nuevas adhesiones amplifican la protesta consolidándola como hecho político reconocido por todos los sectores incluido el régimen.

La acción del Gobierno acentúa el control sobre los medios de comunicación y busca asociar protesta con desorden, violencia, vandalismo, etc. para justificar la acción represiva y restar a los sectores medios. Su estrategia se basa en el viejo esquema “orden versus caos”. Con posterioridad se ejerce una represión selectiva hacia dirigentes sindicales: judicial para algunos, administrativa para los otros y un intento menos que tibio de apertura orientada a los sectores medios.

Esta situación, creada por la Protesta, conduce a una euforia temprana en algunos sectores de la Oposición, fenómeno “inflado artificialmente” por sectores gremiales que se ubican más bien en una lógica de negociación con

el régimen. Esto se expresa en el llamado a Paro Nacional Indefinido que fracasa. Entre las causas de su fracaso está la ya mencionada debilidad del sindicalismo, la rígida censura de prensa, la represión de trabajadores y dirigentes y el rápido descuelgue de los sectores gremiales (camioneros).

Este hecho desmoviliza al actor sindical y consolida la estrategia de “protesta nacional”, en la medida que se la percibe como canal efectivo y masivo para la lucha opositora, cosa que no se logra con otras formas de acción.

TERCERA PROTESTA: CONVOCAN LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Convocada por la Oposición, (expresada a través de los firmantes del Manifiesto Democrático), adhieren el Comando Nacional de Trabajadores, los partidos y diversas organizaciones. A partir de esta Protesta la convocatoria se desliga del actor sindical para ser expresión de la Oposición a todo nivel: público-partidario y popular-poblacional.

La estrategia del Gobierno: represión a los políticos el intento por controlar totalmente la situación del día de Protesta a través del toque de queda y la sentencia de que “esto se acabó señores... “Sin embargo, la protesta se ha consolidado; el éxito en desafiar al orden militar y represivo legitima el derecho a protestar organizadamente. Más tarde, se conformará la Alianza Democrática como oposición pública, con pretensiones unitarias e interlocutor directo del Gobierno. Se anuncian y negocian -en el intertanto - al interior del régimen cambios en la orientación del gobierno: la apertura se viene, pero no llega aún...

Lo que es claro, a partir de esta protesta, es que estamos asistiendo a un proceso acelerado de constitución de actores políticos.

CUARTA PROTESTA: SE AGUDIZAN LAS CONTRADICCIONES.

Más allá de quién la convoca, a estas alturas la Protesta se ha convertido en un instrumento del cual se ha apropiado un pueblo que quiere expresar su descontento. Con mucha autonomía en las formas e “inevitablemente”, la Protesta “se vienen y el Gobierno juega a dos bandas: articula negociadamente una “salida política” a través del cambio de gabinete y juega al mismo tiempo la lógica de la guerra en su más alta expresión de lucha urbana: con toque de queda 18.000 militares ocupan la ciudad. La idea es canalizar definitivamente la expresión de descontento a través de la “política Jarpa”*, evitando por medio del temor la repetición de la Protesta. Con todo, la Protesta alcanza su mayor extensión y radicalidad; el ataque masivo a las poblaciones deja una secuela de destrucción, muertos y heridos, pero hace también evidente los límites “políticos” de la represión masiva.

La convocatoria es ya directamente política y se comienza a visualizar la distancia entre las dinámicas populares y las representaciones nacionales. La protesta se extiende por dos días en las poblaciones de manera independiente a la Alianza Democrática. Al mismo tiempo, se insinúan rasgos de aislamiento de la protesta popular, que se desenvuelve, sobre todo el segundo día, principalmente en las poblaciones periféricas

QUINTA PROTESTA: LA DISTANCIA ENTRE PROTESTA POPULAR Y PROPUESTAS POLÍTICAS NACIONALES.

Podemos ubicar dos ejes importantes en relación a la protesta y el mes que la antecede: primero la estrategia aperturista del gobierno encabezada por Jarpa tendiente a reponer condiciones políticas de estabilizaciones del régimen (en este período tendiente a evitar una quinta protesta) y segundo la estrategia opositora (acción de la Alianza Democrática) y su relación con el descontento-protesta.

Por el lado del gobierno se pone en marcha una estrategia de apertura con un nuevo estilo, con nuevas caras (por fin los políticos) y múltiples ofrecimientos. Objetivo: que la oposición entre en el camino del “diálogo” y no convoque a otra protesta. En la medida que eso no resultó -a pesar que se dan pasos desde ambos lados y se cuenta con el aval activo de la Iglesia Católica- reaparecen los rasgos de la política tradicional del régimen autoritario. La novedad consiste en que junto con una retirada relativa de la presencia militar (no hay toque de queda, fin del estado de emergencia) se estimula un intento de movilización civil (llamado a la autodefensa, concentraciones de apoyo al régimen), retrotrayendo, al decir de algunos, a la situación de 1973.

* Se refiere a Onofre Jarpa, en ese momento, ministro del Interior de Pinochet. Antiguo político conservador, uno de los artífices civiles del golpe de Estado.

Por el lado opositor hay una articulación política (Alianza Democrática) con objetivos de conducción y alternativa al régimen. La cancha del “diálogo” resulta incómoda para los objetivos iniciales de encabezar la oposición, (que pide fin al régimen “democracia ahora”) El resultado obtenido es la dilación (en la medida que no hay ofrecimientos concretos sobre los puntos fundamentales), contradicciones en relación a la forma y contenidos de la protesta y distancia frente a una movilización popular que se “autonomiza”. Mientras se desencadena la represión, la oposición habla de calendario de transición.

En el día de la protesta (digamos mejor la semana) se hace evidente el desborde de la conducción aliancista y se pone en el centro la acción poblacional. Ello señala una cierta “periferización” de la protesta que va acompa-

ñada de gran radicalización sobre todo en sectores juveniles, de pérdida de masividad en sectores medios y reacciones contrarias en sectores pobladores adultos (no es posible estimar su magnitud, solo consignarlas).

Puede decirse que la distancia entre movilización y propuestas, hace que aunque la protesta fue exitosa, el gobierno recuperó iniciativa política, descolocando a la Alianza que luego de la jornada entra en una fase de autocríticas y redefiniciones.

¿HABRÁ UNA SEXTA PROTESTA TAL COMO LAS QUE HEMOS CONOCIDO HASTA HOY?

EVOLUCION DE LAS VARIABLES UTILIZADAS

1. CONVOCATORIA.

La convocatoria evoluciona a través de las protestas desde el movimiento sindical, - expresado básicamente en la Confederación de Trabajadores del Cobre -, hacia un conjunto de convocantes que comprometen tanto a las expresiones políticas nacionales como a las antiguas y nuevas organizaciones sociales

Como se sabe, la primera protesta se suscita a partir del acuerdo de la Confederación de Trabajadores del Cobre de llevar a cabo un paro del Cobre; esta iniciativa no logra concretarse tanto por la debilidad del movimiento como por las diferencias políticas que se dan en las cúpulas (diferencias expresadas con la UDT (Unión Democrática de Trabajadores) la CEPCH (Confederación de Empleados Particulares de Chile) y el FUT (Frente Unitario de Trabajadores), amén del cerco represivo que establece el régimen sobre los minerales. Con todo, lo que es claro es que la protesta es convocada por los trabajadores del Cobre y éste es el hecho sustantivo; hasta el 11 de mayo ninguna convocatoria a realizar actos de oposición pública al régimen había tenido la amplia acogida que tuvo en la población el llamamiento del Cobre. Nos referimos a una amplia acogida real y efectiva y de significación nacional indiscutida. La pregunta entonces es ¿qué tiene de particular este llamamiento que logró el éxito por todos conocido? Nos parece que se conjugan tres hechos o situaciones que de alguna manera explican este éxito: Primero, el descontento real existente en las grandes mayorías nacionales, segundo, las características del convocante y tercera las formas de lucha propuestas, relacionadas con un conjunto de elementos que configuran un cuadro de crisis económica. que las protestas harán devenir en crisis política.

Respecto de lo primero no es necesario abundar por cuanto es un hecho ampliamente tratado y percibido sobretodo a partir del año pasado cuando

la crisis del régimen se hace evidente en el plano económico: intervención de la banca, aumento de la cesantía, renegociación de la deuda, caída de la inversión, altos niveles de endeudamiento interno, caída de los salarios, etc. Respecto del convocante, pensamos que efectivamente el hecho que se trate de los trabajadores del cobre pesa y pesó: Por una parte, otorga confianza que quienes proponen un movimiento tengan efectivamente fuerza, ya sea por su peso en la economía nacional como por la cantidad de trabajadores, niveles de organización, tradición de lucha, etc Por otra parte, desde el punto de vista político, el convocante asegura la “amplitud del movimiento”. No se trata de un partido o un sector de la oposición, pero más que eso, el convocante posee una legitimidad social que los partidos tendrán que ir ganando a lo largo del proceso de movilización social Por último, respecto de las formas de lucha, nos parece que básicamente éstas -en los inicios del movimiento- tienen la virtud de ser “viables” para las mayorías; viables en el sentido que no implican confrontación directa con los aparatos represivos.

En suma, la convocatoria a la primera protesta tiene la virtud de que el convocante goza de legitimidad social amplia y que al mismo tiempo “sabe” convocar a acciones “viables” en el contexto de descontento generalizado.

La segunda protesta será convocada por el Comando Nacional de Trabajadores (CNT), por diversas personalidades que adhieren a la protesta y por las organizaciones de base en los sectores que van a mostrar mayor activación a lo largo de las protestas: el sector estudiantil y el sector poblacional El éxito de la convocatoria está, sin dudas, en gran medida asegurado por el triunfo político que significó la Primera Protesta Nacional. A pesar de la censura de prensa, las diversas formas de comunicación social alcanzan gran efectividad lo que -a nuestro juicio- anuncia la evolución posterior de las convocatorias en cuanto al peso que irán adquiriendo éstas últimas.

La Tercera Protesta está precedida del fracaso del llamado a un Paro Nacional y del debilitamiento de las organizaciones sindicales acentuado por la represión gubernamental. La protesta la convocan entonces partidos, movimientos y una amplia red de organizaciones sociales que han generado ya importantes niveles de coordinación territorial y social. Lo claro, a estas alturas es que la oposición política -en sentido amplio- se ha transformado en convocante Vale la pena en este sentido señalar al menos dos hechos: por una parte, en el plano nacional recuperan terrenos los viejos actores políticos (de hecho a esta protesta convocan los firmantes del Manifiesto Democrático o la llamada Multipartidaria y adhiere el Comando Nacional de Trabajadores Por otra parte, se han constituido múltiples coordinadoras de organizaciones sociales y Comandos de Protesta que se encargan de convocar en el plano local matizando o reformulando los llamados nacionales.

Hecho importante a consignar respecto de la Tercera Protesta es que ésta se realiza con los dirigentes de la DC (Democracia Cristiana) encarcelados lo que puso en el centro la situación de estos dirigentes que, al ser absueltos días más tardes, legitimó legalmente el derecho a protestar.

La cuarta y la Quinta Protesta serán convocadas por los actores más constituidos en el plano nacional y local, particularmente la Alianza Democrática (con adhesión del Comando Nacional de Trabajadores) y por las coordinadoras de organizaciones sociales de base. Destacamos la existencia de dos tipos de convocantes; por una parte la Alianza que enfatizará en el control y límites de la protesta (Un día, pacífica, etc.) y por otra, los comandos y organizaciones sociales sobretodo poblacionales y la Izquierda que busca prolongar los días de protesta, como efectivamente ha ocurrido en el sector poblacional. Así tenemos que la Cuarta Protesta se desarrolla no sólo el 11 de Agosto sino también el 12 y que la Quinta Protesta se prolonga del día 8 hasta el 11 de Septiembre.

2. FORMAS DE LUCHA.

Como se señaló a propósito de la convocatoria a la Primera jornada de Protesta Nacional, las formas de lucha propuestas se caracterizaron por su viabilidad para hacerse extensivas a los más amplios sectores. Entre éstas, destacaron el llamado a no mandar a los niños al colegio, abstenerse de realizar trámites y compras y el hacer sonar las ollas a partir de las veinte horas. Estas formas se masificaron y se puede decir que se validaron a través de las cinco jornadas de protesta sin grandes modificaciones. Para sectores más constituidos como estudiantes y obreros se propusieron marchas, asambleas y paros para los primeros, viandazos, trabajo lento, asambleas y salidas a la calles y paros restringidos para los segundos. Junto a estas formas de lucha, ya en la primera protesta, se hicieron presente otras formas, sobretodo en el ámbito poblacional, entre las que destaca la barricada y la fogata que, en el curso de las protestas irán alcanzando gran radicalidad.

En los períodos inter-protestas, se fueron haciendo recurrentes: el “sittin” (la sentada), la marcha, las asambleas; en términos generales la manifestación pública en lugares visibles.

En la primera protesta es posible leer en nuestro cuadro prácticamente todas las formas de lucha descritas; en la segunda éstas se hacen más extensivas que en la primera y aparecen otras: incendio de micros durante el día y ataques a locales comerciales y sedes sociales de gobierno: Centros de Madres, Secretaría de la Juventud Oficinas del Empleo Mínimo. Durante la tercera Protesta, se reproducen más o menos las mismas formas de lucha que en la Protesta anterior, alcanzando mayor amplitud las marchas al interior de las poblaciones y los enfrentamientos con fuerzas policiales.

En la cuarta Protesta adquieren relevancia -por su extensión y diversidad- las manifestaciones en lugares públicos: sitin, marchas y asambleas sobretudo en el ámbito estudiantil y profesional. Por su parte, la curva ascendente de la represión hacia los sectores poblacionales (ciudad ocupada militarmente en esta jornada) lleva a enfatizar en los enfrentamientos con las fuerzas represivas y la organización de grupos de autodefensa. Es necesario destacar que la marcha no se abandona (la marcha al interior de la población) como forma de manifestarse, pero dado los límites que coloca el toque de queda (decretado para las 18.30 horas) éstas se realizan en tempranas horas de la tarde de tal forma que hacia la noche predomina la barricada y el enfrentamiento.

Finalmente, durante la Quinta Jornada de Protesta (septiembre) hay un intento de realizar un acto central al mediodía (sitin en la Plaza Italia) que fracasa producto de la represión policial; se decretan -al mismo tiempo- vacaciones escolares con el fin de impedir la masificación de las protestas que comienzan a realizarse entre los estudiantes de secundaria. Con todo, las acciones de protesta se extienden a lo largo de cuatro días -del 8 al 11 de septiembre-, combinándose los actos públicos: manifestaciones en el centro (incluidas algunas de ellas contra el acto oficial de Gobierno de celebración de los diez años de régimen militar), diversos actos públicos en memoria de Allende y los funerales de las primeras víctimas con la acción de protesta poblacional a través de barricadas, fogatas y enfrentamientos con las fuerzas policiales. En síntesis, a lo largo de las Protestas, se ha recurrido a diversas formas de lucha predominando aquellas que han sido asumidas con mayor naturalidad por los sectores sociales más comprometidos en ella: la barricada, la marcha y el enfrentamiento en la población; la manifestación pública y la asamblea entre sectores profesionales y organizaciones constituidas (Movimiento Feminista, Agrupación de Detenidos Desaparecidos, Coordinadora de Artistas, profesionales de Instituciones de trabajo social, etc.); la asamblea, las marchas y el enfrentamiento entre los estudiantes.

Respecto de las formas pacíficas y violentas si bien predominan las primeras, éstas han dependido principalmente de la acción represiva. Entre las formas de lucha “con violencia” podrían distinguirse las de carácter defensivo y las de carácter más ofensivo; entre las primeras se podrían anotar los “enfrentamientos” en el ámbito poblacional y estudiantil, entre las segundas, la acción operativa propiamente tal: incendio de micros, atentado en la vía férrea, etc. y aquella “poblacional u expresada en ataques a diversos símbolos del régimen: locales de CEMA (Centros de Madres, controlados por la dictadura), oficinas del PEM (Programa Empleo Mínimo), obras y bienes municipales. Ha predominado la utilización defensiva de la violencia, que normalmente se desencadena ante la iniciativa represiva de fuerzas policiales.

Junto a ello se detectan acciones violentas de raíz no directamente política, que aparecen más bien en sectores afectados por una suerte de “marginación permanente” y cuya orientación va desde el “aprovechar” la falta de control policial en beneficio propio (delincuentes que cobran peaje o asaltan por ejemplo) hasta la utilización de la violencia como desahogo sin direccionalidad definida (apedrear casas, personas, semáforos). Las poblaciones más organizadas han establecido un control sobre estas manifestaciones en función de los objetivos políticos perseguidos. Donde no existe organización, en cambio, sectores del “lumpen” pasan a tener un control relativo de las acciones. En cuanto a la “no-violencia” como orientación, destaca en el período la aparición de grupos y acciones explícitamente no violentos, sobre todo a partir de la Cuarta Protesta. No se trata de acciones masivas ni de gran incidencia, por el momento, aunque su potencialidad no es determinable aún.

3. SECTORES SOCIALES COMPROMETIDOS,

El análisis de esta variable nos muestra en términos generales, una curva ascendente del movimiento social comprometido en las Protestas. La amplitud de los sectores sociales comprometidos es manifiesta ya en la Primera Jornada de Protesta Nacional. Participan de ella tanto los sectores poblacionales y sindicales, como los sectores estudiantiles y medios. La participación de estos últimos es sin duda uno de los hechos políticamente relevantes por cuanto se trata de sectores de escasa actividad política, en los últimos años y por mucho tiempo considerada por el régimen como su natural base social de apoyo. De la Segunda Protesta en adelante, el movimiento va creciendo en dos sentidos: por una parte alcanza gran amplitud en los sectores poblacionales, estudiantiles, sindicales y medios y, por otra, se extiende a provincias. Diversos factores contribuyen a este proceso, desde el efecto comunicacional que conlleva el “caceroleo” (en el sentido que se “descubre” a los vecinos), el éxito político innegable en tanto se percibe que el régimen pierde iniciativa, hasta su propia masividad que fortalece socialmente a quienes, protestan frente a la acción represiva del régimen.

Sectores Medios

Con todo, mientras la Protesta “se instala” entre los sectores populares, principalmente en el ámbito poblacional y también en los sectores estudiantiles, con los sectores medios la cuestión presenta más problemas. Tenemos el caso, en primer lugar de los camioneros que participan expresamente en la Segunda Protesta y convocan al Paro Nacional Indefinido. Estos sectores efectivamente participan, pero en la perspectiva de crear condiciones favorables para negociar unilateralmente con el régimen (como efectivamente ocurrió). En segundo lugar, se constató una baja en el caceroleo por parte de

los sectores medios en la última protesta, baja que tendría una explicación de orden político, ya sea -para algunos por efectos del diálogo y la apertura Jarpa como -para otros- por la ambigüedad política demostrada por la Alianza, concretamente, lo poco que ésta tiene que mostrar luego de participar en el diálogo con el Gobierno, y su desfase con la protesta popular que sin dudas pone límites a su desarrollo.

Sector Poblacional.

En el ámbito poblacional, si bien éste emerge como un actor relevante, el análisis de los sectores sociales comprometidos revela su heterogeneidad. En efecto, cuando se dice “protesta poblacional” o “movimiento poblacional” se está aludiendo a diversos sectores con características bien definidas. Por una parte, nos encontramos con los sectores politizados que en los últimos años han participado en diversas organizaciones con mayor o menor continuidad en el tiempo; por otra parte con el “lumpen” que con su propia lógica participa activamente de las manifestaciones de protesta; en tercer lugar el sector que se podría denominar “protagónico” y que está compuesto fundamentalmente por los jóvenes (en su interior también se podrían distinguir distintas categorías), y por último los sectores “adultos” con menores grados de politización y organización. De este conjunto de sectores, los que alcanzan mayor radicalidad y que dan mayor continuidad a las protestas esta constituido por los sectores juveniles.

Sector Sindical.

Respecto del sector sindical, éste representa diversos momentos de participación; en las primeras protestas convoca y a pesar de no estar en condiciones de provocar un paro, busca diversas formas para manifestarse (salidas a la calle, viandazos, trabajo lento, etc.) Sin embargo, luego del fracasado paro en el Cobre y de la represión a sus dirigentes, el movimiento sindical va perdiendo fuerza y pasa a ocupar un rol más bien secundario y, sin dudas, de mucho menor protagonismo que los sectores poblacionales.

Sector Estudiantil.

El sector estudiantil se hace presente con fuerza desde la Primera Protesta y mantiene su vigencia a lo largo de todas ellas. Su acción pareciera informar de dos procesos; por una parte favoreciendo su reconstitución interna en tanto desarrollo de movimiento estudiantil (se articulan demandas sectoriales y se avanza en desarrollo orgánico en pos de reponer sus antiguas asociaciones gremiales como la FECh (Federación de Estudiantes de Chile), por otra parte, en el ámbito na-

cional, la acción estudiantil ha operado como factor de continuidad, de agitación y difusión de la protesta. Es claro, por ejemplo que en provincias es este sector el que ha estado a la vanguardia de los movimientos de protesta. En general lo señalado es válido para el sector universitario, no obstante, durante la Quinta Protesta aparecen en escena los estudiantes secundarios quienes protagonizan diversas manifestaciones en los frentes de sus lugares de estudio o al interior de ellos.

Sectores Profesionales.

Éstos han ido ganando progresivamente en presencia en las últimas jornadas a través de manifestaciones públicas, pero al mismo tiempo en el plano de la denuncia de la represión y de la situación política general del país. Desde los Colegios y asociaciones libres de profesionales se denuncia y demanda por libertad de prensa, se solicitan comisiones investigadoras de la represión, etc.

Provincias.

Finalmente, como ya señaláramos, a partir de la Segunda Protesta las movilizaciones se extienden y consolidan en las principales provincias. Todo tiende a indicar, que en la mayoría de los casos, a los sectores estudiantiles, principalmente universitarios, les ha tocado jugar un rol fundamental en la propaganda difusión y extensión de la Protesta.

En las ciudades de mayor cantidad de habitantes, la protesta se ha extendido comprometiendo a diversos sectores, destacándose de manera semejante a Santiago, la presencia del actor poblacional y estudiantil.

4. Acción del Gobierno.

En términos generales, la acción del Gobierno frente a la realización de las protestas se ha caracterizado por el uso de las más diversas formas de represión y de una acción legitimadora de ellas a través de los medios de comunicación. Por su parte, en los períodos que median entre protesta y protesta, ha combinado la represión selectiva con diversas políticas de captación de los sectores medios y de recuperación de iniciativa política tendiente a definir un espacio de acción política “restringida” y “controlada” que, asegure una transición en los marcos de la Constitución del 80; es decir, con Pinochet y bajo la tutela de las fuerzas armadas.

Una primera lectura, más o menos descriptiva de esta variable nos indica que, frente a la primera protesta, el gobierno jugó confiadamente a la hipótesis del fracaso combinada con un fuerte despliegue represivo previo (sobretudo en los minerales del cobre y en la ciudad de Santiago). Al mismo tiempo, usó de los

sectores sindicales afines para que se pronunciaran contra el llamado de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC). La prensa, por su parte, destacó la hipótesis del Gobierno, alentó las declaraciones de los sectores sindicalistas oficiales y enfatizó en las diferencias internas que se produjeron en el sector sindical opositor, amén que le restó importancia al llamamiento del cobre, ya sea ignorándolo (escasa cobertura) o destacando las posiciones del oficialismo.

La protesta misma sorprendió al Gobierno y a sus aparatos represivos; éstos últimos, en algunos casos se demostraron incapaces de controlar las expresiones de protesta debido a su inusitada extensión y en otros, extremaron el recurso a la fuerza, haciendo uso no sólo de bombas lacrimógenas hacia edificios, casa-habitación y las personas, sino que recurrieron ya al uso de armas de fuego como amedrentamiento (ráfagas de ametralladoras) y como ataque directo a las personas. El saldo de la represión fue entonces de dos muertos, una cincuentena de heridos y más de mil detenidos.

Inmediatamente después de la protesta, el Gobierno y, sobretodo su prensa afín, se vieron obligados a reconocer la extensión y masividad de la protesta; se invitó entonces a la Moneda a “dialogar” a la ANEF (Asociación de Empleados Fiscales), la UDT (Unión Democrática de Trabajadores) y la CEPCh (Confederación de Empleados Particulares de Chile). Sin embargo, mientras se iniciaban estos primeros encuentros con la oposición se continuaba con la represión: allanamiento de la Población La Victoria, requerimiento contra los dirigentes de la CTC, cierre informativo de la Radio Cooperativa, atentado contra la radio La Voz de la Costa. Por último, frente a la evidente modificación que empieza a producirse en la correlación de fuerzas, se hacen anuncios de reeditar el nunca constituido “Movimiento Cívico-Militar”.

Frente a la Segunda Protesta, ya no se podía apostar al fracaso; en su reemplazo se apuesta a su deslegitimación: la protesta es igual a violencia, vandalismo, desborde. Para ello presionar a los medios de comunicación para que “informen” de los próximos acontecimientos. Ahora bien, la respuesta frente a la protesta misma fue nuevamente represiva, sin introducirse grandes modificaciones respecto de la primera, aunque aumentó el número de muertos (cuatro) y de heridos (70 aproximadamente).

Inmediatamente después de la Segunda Protesta, hay un discurso de Pinochet que anuncia “represión selectiva” “apertura”: se aplicarán sanciones legales a la “oposición democrática” (léase DC) y administrativa a los violentistas (léase Izquierda); y mayor energía (o sea control) en las Universidades. Las concesiones: fin a la censura del libro, transparencia legislativa, repactación de deudas y cinco por ciento de reajuste a la Administración Pública. Los anuncios no demoran en concretarse en diversas detenciones y despidos

luego del paro del cobre. Fracasado el paro, los transportistas son invitados a conversar a la Moneda en la lógica de “negociar por separado”. Este hecho sigue hablando de los intentos del Gobierno por neutralizar la protesta entre los sectores medios.

Frente a los llamados a la Tercera Protesta, se continúa en la lógica represiva y se detiene a la directiva del Partido Demócrata Cristiano. La protesta misma se enfrenta -por primera vez- con toque de queda y apoyo militar al control policial. La represión aumenta en intensidad: balaceras, tanquetas, balines, apedreo a capillas, civiles que disparan y se localizan - en su mayor brutalidad - en los poblaciones.

Entre la Tercera y Cuarta, los anuncios de cambios en la política del régimen se suceden: “nuevo plan político”, “apertura”, “cambio de gabinete”, “vuelven los políticos”. Se concretan también -en estos días el retorno de exiliados. Hay, en el intertanto, carta del Papa y respuesta pública de Pinochet se conversa con Fresno y el diálogo se insinúa. Con todo, la Cuarta Protesta se enfrenta con la espiral represiva en su punto más alto (ocupación de Santiago con los 18.000 militares, y toque de queda, al tiempo que jura el nuevo gabinete encabezado por Jarpa, en medio de anuncios de apertura política.

Durante esta protesta, como se sabe, el ataque a las poblaciones es masivo y deja una dolorosa secuela de muertos, heridos, destrozos, vejaciones, torturas, destrucción de casas, instalaciones, etc. En los primeros días se informa de alrededor de 29 muertos – número – que según algunas fuentes, habría crecido con posterioridad - dada la gran cantidad de heridos - a 84.

A pesar de ello, el Gobierno inicia, a partir del nuevo gabinete, una nueva fase que proclama de “diálogo” y apertura política. En efecto, Seguel es recibido en La Moneda y se inicia luego el diálogo Jarpa - Alianza Democrática, hay nueva lista de exiliados que pueden regresar, fin del estado de emergencia y anuncios de Plebiscito, leyes de Registro Electoral, partidos, y funcionamiento del Congreso.

Enfrentado a la Quinta Jornada de Protesta, el Gobierno ensaya una nueva estrategia de apoyo a la represión policial, oficial: llama a organizarse a los sectores civiles como aparatos paramilitares (de defensa, en lenguaje oficial). Así, durante esta jornada de Protesta la represión cobra nuevamente 16 víctimas, alrededor de 400 heridos y sobre 600 detenidos. Destacan en la represión la participación de grupos de civiles armados y las acciones de violencia contra los sectores poblacionales. Al mismo tiempo, en la medida que la protesta se prolonga por varios días en las poblaciones, juega una estrategia de división interna de los pobladores, anunciando y difundiendo, a través de la prensa, supuestos ataques entre diversas poblaciones.

En síntesis, a pesar que la estrategia de protesta se ha mantenido en el Gobierno recupera un cierto nivel de iniciativa política; recuperación que tiene que ver con su capacidad para redefinir adhesiones en su propio campo: el de la derecha política) como por las debilidades que comienza a hacer evidentes la Oposición. En el momento actual, todo pareciera indicar que el Gobierno busca redefinir un “espacio de oposición política controlable”, dividiendo al bloque opositor: tolera ciertas acciones y ciertos espacios y reprime todo lo que transgrede esas acciones y esos espacios Pueden haber concentraciones pero no marchas, diálogo pero sin tocar el tema Pinochet, estatuto de partidos pero no modificación de plazos; en suma, el Gobierno juega a imponer su propia política de la transición, con Pinochet, fuerzas armadas y constitución del 80.

5. Surgimiento de Propuestas y Organizaciones.

Esta variable es compleja, por cuanto incluye elementos de diverso carácter, cuya relación está dada por ser los principales agentes de generación de propuestas de resolución de la actual situación (ya no solo agentes activos en el marco de la Protesta) La evolución de la variable indica, en primer lugar la explicitación y articulación sucesiva de actores políticos-partidario como generadores de propuesta, con distancias. incluso respecto de la movilización predominante Es así como en un principio es la Confederación de Trabajadores del Cobre CTC y luego el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) quienes hacen planteamientos nacionales demandando un cambio en la situación del país para dejar paso luego a la Alianza Democrática como el interlocutor validado como oposición al gobierno. La inicial politización del movimiento sindical deja paso a una alianza de partidos opositores de amplio espectro. En segundo lugar se percibe el surgimiento de diversas expresiones luego de la Alianza, y que suponen una entrada de la izquierda en la escena pública nacional con autonomía y planteamiento propios. Nos referimos al Movimiento Democrático Popular y al Bloque Socialista La dinámica de articulación de los partidos sin embargo, dista de recoger enteramente lo que surge de las protestas. De allí que son también las insuficiencias de los partidos las que originan un proceso de rearticulación que aún no culmina.

Las propuestas también se multiplican, ya que cada actor surge con su manifiesto debajo del brazo. Sin embargo, las propuestas no provienen solamente de los partidos, también surgen desde la Comisión de Derechos Humanos y el Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo. En términos tremendamente generalizadores puede decirse que los énfasis en las propuestas van cambiando desde el planteamiento de “necesidad de transformar profundamente la situación del país”, a la explicitación creciente de la salida de Pinochet y luego de septiembre al problema de la unidad de las fuerzas opositoras tras una estrate-

gia común donde se colocan los problemas de las exclusiones mutuas, el “diálogo” y la protesta misma. No es el caso de entrar en este texto en profundizaciones acerca de las diferencias y coincidencias de las diferentes propuestas.

El otro elemento relevante es la constitución de actores políticos desde el movimiento social, especialmente desde los sectores que participan activamente en las movilizaciones. En este terreno han surgido algunas iniciativas (como la Coordinadora de Organizaciones Sociales Populares, los Movimientos Sociopolíticos Públicos (Gómez Rojas, Dignidad, y el Comando Unitario Democrático) pero cuya dinámica parece distar mucho de tener capacidad de elevar realmente los niveles de coordinación ya alcanzados. Sea por estar centrados y operar principalmente como coordinadores de protesta, sea porque no se extienden mucho más allá del activo político permanente. A nivel local sí que se han producido coordinaciones de base, especialmente entre grupos poblacionales por zona y a nivel universitario. Lo que no termina de clarificarse es el desarrollo que estas instancias pudieran tener en cuanto actores políticos que operen más allá de la coyuntura. Cabe consignar que también existen dinámicas de coordinación interesantes entre profesionales tanto a nivel de Colegios como a nivel de los profesionales de oposición como entre las organizaciones de mujeres que se han unificado en el MEMCH 83 (Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chilena)

Señalemos, finalmente que del análisis de esta variable se evidencia con claridad la distancia entre “protesta” y “propuesta”. No existe una correspondencia clara a nivel de actores entre ambos planos. Si miramos por ejemplo dos actores principales de la protesta pobladores y jóvenes, veremos claramente su ausencia de las instancias de formulación de alternativas. Por eso es que nadie es dueño, ni jefe de la protesta, tras la cual subyacen orientaciones múltiples. Eso por un lado. Por el otro, no porque alguien emita una declaración o funde un movimiento, se transforma en actor político. Qué propuestas, partidos y organizaciones canalizarán realmente la energía popular de estos meses de protesta es algo que hoy esta en juego

6. *Acción de la Iglesia*

La lectura de esta variable presenta algunas dificultades que tienen que ver, por una parte con la información poco visible que existe acerca de la acción de la Iglesia de base, y por otra, porque la respuesta de la Iglesia a las movilizaciones populares y las protestas no es única. En efecto, como se verá más adelante es posible consignar dos grandes respuestas: la de la Iglesia oficial o Jerárquica y la de la Iglesia en los sectores populares que se compromete en las movilizaciones, y si bien éstas son las “respuestas principales”, habría que anotar quizás una tercera, aquella más tradicional de las parroquias en sectores populares donde ha predominado la pasividad

Respecto de la acción de la Jerarquía, protagonizada principalmente por el nuevo Arzobispo de Santiago Francisco Fresno y la Conferencia Episcopal, ha tendido a crear las condiciones para la “mediación y el diálogo”. Esta acción ha sido avalada por el Papa, que recogiendo aspectos de un documento de la Conferencia Episcopal se dirige en carta pública a Pinochet instándolo a buscar salida a la crisis. Por lo menos hasta la Quinta Jornada de Protesta, la acción de la Iglesia ha sido clara y uniforme en torno a favorecer el diálogo Oposición-Gobierno que permita “un tránsito pacífico y ordenado a la democracia” Al mismo tiempo, en la medida que la Protesta fue ganando en legitimidad pública, la posición de la Jerarquía ha sido la de avalarla pero condicionándola al “no uso de la violencia”.

Por su parte, la acción de la Iglesia en los sectores populares, comprometida en las dinámicas de movilización popular, ha enfatizado en la denuncia pública de la acción represiva del régimen sobre los sectores populares, especialmente poblacionales. Al mismo tiempo, junto a otras instituciones, ha prestado apoyo en la atención de heridos, defensa de los afectados y en la realización de actos de solidaridad y fortalecimiento de la acción popular opositora (ayunos, misas por los caídos, etc.)

En la acción pública más visible han destacado las declaraciones de diversos sacerdotes comprometidos con los sectores populares, que han aparecido como “portavoces legítimos” en la denuncia de los atropellos y violencia ejercida por los aparatos represivos del régimen. En esta misma línea, durante el mes de septiembre un grupo de sacerdotes, religiosas y laicos realizaron una manifestación pública en contra de la tortura frente a un local de la CNI, anunciando que repetirían su acción cada vez que se sepa “se está torturando a una persona”

En suma, la acción de la Iglesia tomada en su conjunto no ha sido uniforme y ha respondido -en una buena medida- a sus propias tensiones internas, articulándose en consecuencia a diversas respuestas frente al fenómeno de movilización popular.

CAPITULO II

LA COYUNTURA DEL PLEBISCITO¹

1.- LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL CHILE DE HOY.

1 Nota de los editores:

Los capítulos II y III recogen las principales reflexiones producidas por los Talleres de Análisis de Movimientos Sociales y Coyuntura, organizados por ECO, entre 1987 y 1992. Estos Talleres fueron una instancia colectiva, coordinada por Mario Garcés, que contó con la participación estable de los siguientes profesionales de ECO: Fernando Castillo, Jorge Jiménez, Susana Mena, Leandro Sepúlveda y Gabriel Salazar. En cada Taller participaron dirigentes, analistas y diversos actores sociales.

NUEVOS ROSTROS Y NUEVAS VOCES

Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N°1, Ediciones ECO, Enero 1988
pp. 3-14.

Viejos y nuevos actores redibujan la imagen del movimiento popular chileno. Enfrentado a una situación histórica adversa, el pueblo vuelve a emerger con nuevos rostros y nuevas voces.

Junto al sindicalismo de tradición clasista, han avanzado en organización y expresión propia los pobladores, las mujeres, los jóvenes, los cristianos, los grupos de derechos humanos, las organizaciones de subsistencia.

En conjunto sus prácticas han enriquecido al movimiento popular, dotándolo de nuevas experiencias y aprendizajes fundamentales para enfrentar los desafíos políticos y sociales del tiempo presente.

MOVIMIENTO SINDICAL

1. Luego de un largo período, que sigue al golpe de Estado de 1973 y que puede ser calificado como defensivo (1973- 79), se verifica en el sindicalismo un doble proceso de recomposición de las estructuras nacionales: la constitución de los llamados “referentes” o cúpulas sindicales, y la recomposición también, de las estructuras de base en el contexto del Plan Laboral. Este último proceso encontró dos momentos significativos en los años 1978-79 en las elecciones de dirigentes de base y en la activación de los sindicatos a propósito de la negociación colectiva. Hacia 1983, estos procesos de reconstrucción orgánica tienden a consolidarse, en la medida que la mayoría de los dirigentes han sido elegidos y se produce la más importante confluencia de los referentes sindicales nacionales en el surgimiento del Comando Nacional de Trabajadores (CNT). Actualmente, existen sobre 360.000 trabajadores sindicalizados, de los cuales aproximadamente la mitad está ligado a alguna estructura de carácter nacional. (Mayores detalles en anexo).

2. El Proceso de reestructuración orgánico, más allá de su significación cuantitativa, encuentra su mayor dificultad para constituirse en movimiento, en la situación de la mayoría de los sindicatos que puede ser calificada como de “bloqueo”. Es decir una situación de límites prácticamente estructurales: legales (Plan Laboral) y económicos (desindustrialización y alta. tasa de cesantía). Esta situación conlleva una actitud básicamente defensiva al interior de la empresa.

Sin embargo, el reconocimiento de esta situación de desventaja de los trabajadores en relación a los empresarios y la normativa legal que la avala es lo que comienza a favorecer el encuentro entre las dinámicas de base y los referentes nacionales. En efecto, comienza a percibirse, más allá de alcanzar un punto más, un punto menos en la negociación, que romper el bloqueo supone recuperar la democracia. Esto fue lo que hizo expresivo la Confederación de Trabajadores del Cobre, a principios de 1983, cuando declaró: “Nuestro problema no es una ley más o una ley menos...”.

3. Para recuperar la democracia en esta etapa, surgen en el sindicalismo dos conducciones alternativas. Por una parte, la de la Central Democrática de Trabajadores (CDT) que diagnostica que la situación actual es el producto del rompimiento de los consensos sociales básicos entre 1970-73 y que postula, en consecuencia, la necesidad de recomponer estos consensos a través de un Pacto Social entre trabajadores y empresarios. La movilización social ocupa un lugar secundario en esta estrategia.

Por otra parte, el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) postula una estrategia que tiene tres elementos básicos: 1) La movilización social, 2) la concertación social, que equivale a reconocer que la fuerza sindical es insuficiente por sí misma para provocar el cambio y 3) el acuerdo político, lo que tiene una dimensión interna, en el sentido de agrupar las distintas tendencias políticas presentes en el sindicalismo y una necesidad más amplia, que apunta a dar apoyo político a la concertación social.

4. La estrategia del CNT que ha alcanzado un mayor desarrollo en los últimos años, encuentra a partir de 1986 -luego del Paro del 2 y 3 de julio convocado por la Asamblea de la Civilidad- ciertos grados de cuestionamiento. Por una parte, en los procesos de concertación social y política tienden a desdibujarse los aspectos más específicos del movimiento y, por otra, la recuperación de la democracia no sólo encuentra mayores dificultades en el contexto nacional, sino que se percibe, además, que la democracia no se ligará necesariamente a una respuesta positiva de las reivindicaciones sindicales.

La nueva situación conduce a que se haga más fuerte la tendencia en el sindicalismo para recomponerse como actor social autónomo.

El CNT sabe, a estas alturas, que no le basta con ser una fuerza convocante o con capacidad de articulación de otros sectores, sino que debe desarrollarse como fuerza propia, como fuerza autónoma. En este contexto, y sin abandonar el sindicalismo la escena política durante el 87 (convocatoria a la concentración de la Avda. Perú, Paro Nacional del 7 de octubre, etc.), el tema de la Central Unitaria adquiere mayor relevancia en las actuales circunstancias

como materialización orgánica, social y política de esta tendencia al auto-fortalecimiento del movimiento sindical.

5. En una mirada más hacia el interior del movimiento sindical y siguiendo su estructuración orgánica, se pueden percibir las siguientes situaciones:

a) En el nivel de los sindicatos de base, su mayor activación se produce en torno a la negociación. En los últimos meses, en este plano, ha aumentado el recurso a la huelga.

Los problemas que más comprometen al sindicato de base son el empleo y el salario. La asamblea se activa “cuando hay despidos” o cuando corresponde negociar salarios. La negociación se realiza cada dos años, siguiendo la normativa del Plan Laboral.

b) En el nivel de federaciones y confederaciones es el lugar donde se produce el encuentro entre la demanda reivindicativa y la demanda política. Aquí se busca establecer la relación entre lo político-nacional y lo reivindicativo. Esta relación representa normalmente una serie de tensiones y dificultades, que van desde los problemas de comunicación entre los dirigentes nacionales y la base, hasta el mayor privilegio de lo nacional o lo reivindicativo concreto que realizan los dirigentes.

c) En el CONFASIN y en el Comando Nacional es donde directamente se aborda el problema nacional; es decir donde prima la estrategia de que “resolver los problemas de los trabajadores pasa por recuperar la democracia”. Los aspectos reivindicativos aquí son abordados como demandas al Estado que se busca acompañar de movilización.

6. En la coyuntura actual, el análisis permite ver que el tema de la Central Unitaria compromete tanto aspectos evaluativos (de lo que ha sido el accionar del sindicalismo desde el período de las protestas hasta hoy) como asimismo sus perspectivas de futuro.

a) En sus aspectos evaluativos destaca la necesidad de superar el rol principalmente convocante. Se reconoce, a este respecto, debilidades -que en diversos momentos- llevaron a que esta capacidad convocante fuera transferida a otros sectores (a los partidos o sectores medios) debilitándose los contenidos propios de la lucha social.

Se reconoce asimismo, que al carecer de fuerza propia, se concurre en una situación de relativa debilidad en una eventual transición a la democracia.

b) En sus aspectos proyectivos se pueden reconocer dos tendencias en el sindicalismo. Una tendencia a ser “actor popular” lo que llevaría al sindicalismo a ubicarse en un arco amplio de alianzas al interior del movimiento

popular. A reforzar al mismo tiempo, aquellos aspectos programáticos que enfatizan en la unidad de los trabajadores.

Otra tendencia es aquella que insistirá en reforzar el carácter principalmente de “actor sindical” reduciéndose a la fracción de trabajadores organizados. Esto podría reforzar distancias y rupturas con los trabajadores desempleados y otros sectores populares.

c) El predominio de una u otra tendencia dependerá, en parte al menos, del debate estratégico (de proyectos sindicales) que acompañe al proceso de constitución de la Central Unitaria, así como de los alineamientos políticos que allí se verifiquen.

Es perceptible, sin embargo, una cierta debilidad -y vacíos significativos- hasta ahora, en el debate, sobre proyecto sindical, lo que tendería a reforzar el peso de la tradición histórica, con toda la carga de aportes y límites que ella representa.

La tradición histórica tendería a reforzar muy probablemente una lógica de acción de tipo reivindicacionista, que asegure alcanzar un mínimo de participación y de reconocimiento socio-político.

COMANDO UNITARIO DE POBLADORES (CUP)

1. Sin lugar a dudas, fue en la “población” donde, con posterioridad al golpe de Estado de 1973, se verificaron las más diversas formas de rearticulación del Movimiento Popular. La Iglesia se erigió en un actor y en un espacio privilegiado para reencontrarse y para dar lugar también a las más variadas iniciativas de solidaridad y de resistencia a la exclusión económica, social y política impulsada por el régimen militar.

A partir de 1978, se pueden distinguir en el sector poblacional, al menos tres líneas de trabajo que orientan muchas de las prácticas sociales y políticas que allí se verifican.

Por una parte, las estrategias colectivas de subsistencia que buscan hacer frente a la crisis y a la exclusión económica, a través de ollas comunes, bolsa de cesantes, talleres artesanales, etc.

Se articula también, en estos años, la estrategia de confrontación directa -que tiene antecedentes anteriores- a través del recurso a la acción propagandística, de denuncia, el mitin, la barricada, etc.

Una tercera orientación de trabajo es aquella que apuesta a la reconstrucción del tejido social. Se enfatiza la relación de “organización” y creación de conciencia, a través de la educación popular.

Hacia 1983, los pobladores emergen significativamente en la escena nacional; se abre el período de protestas nacionales, entre cuyos protagonistas principales se hallan los pobladores. En esta etapa, se fortalece la estrategia de confrontación directa mientras que las estrategias de subsistencia y de reconstrucción del tejido social encuentran dificultades para persistir en la movilización de protesta.

2. El CUP y la búsqueda de una representación sociopolítica.

En el contexto de la protesta, se estructuraron diversos “referentes” que buscaban representar a los pobladores. La situación que éstos trataban de revertir era la ausencia de una representación de los pobladores en las convocatorias y contenidos de la protesta popular. Eran otros los sectores que convocaban y los pobladores los que “hacían la protesta”.

Se trataba, en suma, de constituir una representación que fuera reconocida como “interlocutor válido” por otros sectores sociales y políticos involucrados en la protesta. El paro comunal de Pudahuel de 1984 y el Congreso de Pobladores de 1986 contribuyeron de manera importante a estructurar una representación unitaria de los pobladores: el CUP.

3. La constitución del CUP en términos generales se haya estrechamente asociada a las estrategias del centro y de la izquierda en el período de protestas. Tanto la estrategia de rebelión popular como de ingobernabilidad -ambas basadas en la movilización popular- suponían un movimiento popular urbano altamente orgánico.

Se estructuraron en esta etapa múltiples coordinaciones territoriales, la mayor parte de las cuales retrocedieron junto con la declinación de la protesta popular.

De esta suerte, si bien el CUP ha logrado significativamente grados de reconocimiento social y político en el nivel de las dirigencias sociales y políticas, enfrenta en la actualidad serias dificultades en su vinculación con la diversidad de movimientos de base de las poblaciones. En efecto, la crisis en las estrategias de confrontación directa ha obligado a una suerte de redefinición de estrategias en lo que se refiere a la constitución de un movimiento de pobladores.

4. Hoy en día se valora con mayor fuerza el espacio local comunal como “unidad básica” de constitución de movimiento. Se reconoce que allí hay demandas e intereses específicos de los pobladores. Sin embargo, se reconoce también, que existen suficientes problemas (falta un millón de viviendas) que no podrán ser resueltos al nivel de la comuna. Se requerirá, en consecuencia, insistir en la demanda al Estado central.

El reconocimiento del espacio comunal y de la lucha reivindicativa parcial exige así mismo la formación de dirigentes capacitados no sólo para la movilización, sino con capacidad de identificar los problemas sectoriales y de demandar a las municipalidades.

Se busca establecer en suma, que el movimiento de pobladores no se constituirá en torno a una única demanda central, sino en torno a demandas múltiples y diversas que surgirán en cada comuna.

5. Entre las dificultades del CUP se evidencian hoy aquellas que tienen que ver con su propio origen, una forma de representación que surge más de la concertación política (unificación de los referentes políticos pre-existentes animados por la protesta) que de un proceso de mayor articulación de la base, expresiva de una diversidad de actores poblacionales.

Se evidencia asimismo la necesidad de especializarse -el CUP- en determinados temas articuladores, capaces de expresar mejor a los pobladores (para este año fueron definidos como temas prioritarios la vivienda, el hambre y la salud). Pesa también la ausencia de estrategias más definidas en torno al poder local o comunal, de tal modo que la comuna no sea entendida sólo como una realidad acotada para la definición de demandas; sino como espacio de “constitución de un sujeto social y político” Experiencias como la Fresno o Silva Henríquez pusieron de manifiesto de que se requiere de propuestas y dirigentes no sólo para la confrontación, sino con capacidad de resolver problemas, con capacidad de gestión y de organización superiores a las que cuentan -hoy en día- la mayoría de los dirigentes.

6. El CUP consigna la existencia de unas 3.000 personas agrupadas en instancias de coordinación, 30 a 50 coordinaciones territoriales y alrededor de 200.000 pobladores organizados. Bases sociales y orgánicas suficientes para avanzar en la constitución de un movimiento de pobladores, en una fase en que se redefinen estrategias para poner mayor atención en los espacios locales.

JÓVENES.

1. Las agrupaciones de jóvenes en el ámbito poblacional, mostraron luego del golpe de Estado de 1973, una significativa capacidad de rearticulación trasladándose de espacios: desde los espacios comunitarios poblacionales más abiertos hacia las parroquias y capillas de la Iglesia.

En este nuevo espacio experimentaron un rápido desarrollo en algunas zonas de Santiago, aunque el tipo de actividades que desarrollaban tendían básicamente a la conservación de los grupos. En un segundo momento, a partir de los años 76-77 los grupos juveniles contribuyeron a extender y masificar las actividades solidarias poblacionales apoyando los Comedores infantiles, reali-

zando trabajos voluntarios, etc. A través de peñas, actos culturales, festivales se buscaba solidarizar materialmente con las tareas de subsistencia al tiempo que se favorecía el encuentro y la expresividad artístico-cultural de los jóvenes.

Se perciben entonces diferencias entre los grupos “pastorales” (más centrados en las actividades intra-eclesiales) y los grupos “poblacionales” que enfatizan en la idea de “salir a la población” Con todo, ambos tipos de grupos comparten el mismo espacio: el que hace posible la Iglesia. En esta etapa, se promueven los primeros actos de denuncia, vinculados principalmente a temáticas de derechos humanos.

La emergencia de la protesta representa un gran impacto para los jóvenes. Los grupos se politizan rápidamente; muchos de ellos se redimensionan y organizan en función de la tarea central la movilización que los compromete periódicamente (1983 • 86) . Crece el número de militantes y la acción organizada de los partidos. Se produce en esta situación una difícil relación entre partidos y organizaciones juveniles; en algunos casos la organización juvenil se partidiza, en otros defiende la autonomía, como organización social. Con todo, son los partidos los que más “intencionan” y operativizan la acción juvenil.

El Movimiento Juvenil Popular en esta etapa se caracteriza por una politización fuertemente anti sistema, participación activa en la protesta y sus diversas manifestaciones de agitación y propaganda y de enfrentamiento con la represión. Al mismo tiempo, evidencia una débil estructuración orgánica y de coordinación territorial, hegemonismos partidarios y una también débil elaboración política e ideológica de sus demandas y aspiraciones de cambio.

2. Un momento álgido y a la vez crítico de estos movimientos lo constituyó el “año decisivo.” Los jóvenes apostaron a la movilización y al mismo tiempo a un cierto “corto placismo estratégico” es decir tendieron a participar de la idea que era posible provocar cambios sustantivos, de carácter popular en plazos breves. Al no producirse estos cambios y la pérdida de perfil de la Izquierda, los jóvenes más politizados viven hoy una situación de confusión, frustración y desencanto. Los cambios políticos, más bien regresivos, producidos a partir del segundo semestre del 86 han favorecido una vuelta a los espacios más intimistas y gratificantes: la familia, el grupo de amigos, la pareja, etc. Esto no significa sin embargo abandono de las actividades sociales. Así por ejemplo, ha sido notoria la participación de los jóvenes en las “Pascuas Populares” que se han verificado este fin de año en muchas poblaciones de Santiago.

3. En una mirada más amplia al sector juvenil poblacional, se percibe una extendida auto- imagen de “estar fuera del sistema” la vagancia diurna y nocturna (y la calle como espacio privilegiado para estar), y el frecuente recurso a la violencia en actos públicos, como concentraciones, recitales, etc.

Persisten, por su parte, ese conjunto de efectos de la exclusión social y política que compromete a los jóvenes: delincuencia, trabajos en el sector informal, prostitución, drogadicción, ausentismo y deserción escolar y “todo el campo subjetivo, carente de expectativas” Dificultades no sólo para independizarse económicamente de sus familias, sino que para constituir sus propios hogares, alcanzar niveles de estudios superiores, etc.

4. En este contexto de exclusión prácticamente estructural que afecta a los jóvenes, éstos han mostrado no sólo capacidad para encarnar un cierto protagonismo político “de punta” sino que un conjunto de rasgos e iniciativas que refuerzan las dinámicas juveniles de base. Entre estos rasgos se pueden indicar la búsqueda de la auto-dirección y la preocupación por la formación de sus dirigentes, el interés y las iniciativas que buscan masificar su trabajo y establecer nexos con “los volados” el reconocimiento del espacio territorial y comunitario como espacio privilegiado para el desarrollo de iniciativas socio-culturales, su compromiso con actividades que involucran a los niños, como son las colonias urbanas, los espacios de recreación, etc.

5. Entre las dificultades que conspiran para el desarrollo de un movimiento juvenil se puede indicar la represión como una experiencia cotidiana (no sólo en relación a la protesta, sino que a propósito de sus más diversas manifestaciones) y los efectos sociales ya indicados como resultado de la exclusión. Comprometen también sus dinámicas más propias de organización, la disminución de recursos y servicios que se verifica en la Iglesia Católica en relación a los jóvenes, y las formas de politización partidaria que menoscaban la autonomía de las organizaciones juveniles, acentuando el cortoplacismo político.

6. Entre los desafíos de futuro del movimiento juvenil poblacional persiste la necesidad de superar la desvinculación que se produce con la mayoría de jóvenes que no participan de las organizaciones, la recuperación de elementos de identidad (y de propuestas de movimiento juvenil) que no se agotan en la acción política contestataria y la necesidad de desarrollar recursos propios, apelando a la experiencia acumulada en estos años.-

ORGANIZACIONES ECONÓMICAS POPULARES (O.E.P)

1. Se ha hecho claramente perceptible, en los últimos años, un aumento de las organizaciones de subsistencia como son las “Ollas Comunes” y otro conjunto de organizaciones económico populares.

El aumento de este tipo de dinámicas y organizaciones populares se haya en estrecha relación con el deterioro de la calidad de la vida de los sectores populares que tiene como trasfondo la persistencia de la crisis económica.

En el caso de las Ollas Comunes, en el último año (86-87) en Santiago, se pasó de 240 ollas que comprometían a unas 20.000 personas a 335 ollas que alcanza a 35.000 personas. Estas organizaciones han conformado coordinaciones zonales y locales en algunos casos; en otros, centrales de abastecimiento, proyectos productivos afines y programas de formación y capacitación de sus miembros, particularmente de sus dirigentes. De este modo, en la organización de ollas comunes se verifican dos tipos de objetivos: resolver parcialmente la subsistencia y desarrollar espacios propios de participación.

2. En términos más generales - y considerando la diversidad de iniciativas de subsistencia - se puede afirmar que las O.E.P buscan superar dos formas de exclusión: la económica y la socio- política. La primera, mediante el desarrollo de iniciativas y organizaciones que hacen frente a la subsistencia material, la segunda, haciendo de estas organizaciones espacios de participación, de socialización y de formación de sus miembros superando la dinámica estrictamente económica o de subsistencia.

Junto a las ollas comunes encontramos amasanderías, comprando juntos, talleres laborales y de manualidades, artesanías, huertos familiares, etc. En conjunto se pueden distinguir organizaciones de subsistencia y organizaciones productivas, donde uno de sus propósitos específicos es generar un ingreso mínimo.

Se pueden reconocer diversas orientaciones que se traducen en mayores énfasis en la producción, en la reivindicación y en las actividades comunitarias. En este último caso, junto a la especificidad económica de la organización, se desarrollan iniciativas que buscan resolver problemas del barrio, se promueven actividades sociales y culturales, de participación en la movilización social, etc.

3. Respecto de la política, existe desconfianza con la política partidista y también desesperanza en el sentido de no saber “hacia dónde conduce ésta.” En otros casos, se percibe también desinterés, particularmente con la política superestructura! y que opera en el ámbito de “lo nacional.” Ocurre, de este modo, que mientras más fuertes se hacen ciertas tendencias -comunitarias y de subsistencia- existe menor preocupación por lo político partidario.

Por su parte, desde los partidos y organizaciones sociales de vanguardia - como el CUP- estas organizaciones económicas tienden a ser subvaloradas o poco reconocidas en su potencial organizativo y de cambio.

Existe, sin embargo, un cierto reconocimiento - que compromete a diversos actores sociales y políticos - de que estas organizaciones económico- populares no sólo han buscado hacer frente a la doble exclusión económica y política que afecta a los sectores populares, sino que también han constituido

“espacios de repliegue” del movimiento popular poblacional en coyunturas de reflujo y aumento de la represión. Particularmente, en situaciones de Estado de Sitio, que han afectado a las organizaciones “de punta” del movimiento popular poblacional, la Olla Común o el Taller se han convertido en espacios de encuentro y de desarrollo de iniciativas en el ámbito local.

4. Las O.E.P enfrentan diversas tensiones. Entre ellas es de gran significación su dependencia de instituciones de apoyo, sin las cuales sería muy improbable su persistencia y permanencia en el tiempo. Sin embargo, estas organizaciones económico populares se han demostrado bastante celosas de su autonomía. Esta tiende a reafirmarse en el ejercicio de la democracia interna, la rotación de roles, las coordinaciones territoriales, etc. Es decir la autonomía se reafirma en la propia capacidad de gestión y de consolidación de la experiencia organizativa. Por otra parte, en las O.E.P estrictamente productivas, la autonomía se vincula estrechamente a su capacidad de logro económico.

Otra tensión proviene de la incertidumbre de los propios actores sobre el significado de las OEP ¿son una respuesta a una situación de emergencia o tienen una validez más permanente en el desarrollo de un proyecto popular?

5. Respecto de sus proyecciones, antes de cualquier consideración técnica o política apresurada, lo primero que salta a la vista es el crecimiento y permanencia en el tiempo que muestran como tendencia las organizaciones económico populares.

Dos tipos de consideraciones parecen, a este respecto, relevantes: Por una parte, las OEP que se especializan en algún ámbito productivo y con capacidad de logro es decir, asegurar a sus participantes un ingreso mínimo, tienen abiertas sus posibilidades de desarrollo. Tanto por la valoración que realizan de ellas sus propios participantes: dignificación, desarrollo de capacidades propias, etc. como por la persistencia de la cesantía. En este tipo de OEP se verifican, en la actualidad, diversas iniciativas para insertarse en el mercado, incorporar tecnologías de bajo costo, etc.

Por otra parte, favorece también la proyección de las OEP el hecho que cumplan con variados propósitos y objetivos. Es decir la lucha por la subsistencia va asociada y se desarrolla en un marco comunitario lo que conlleva una valoración del espacio territorial donde se busca favorecer la acción colectiva, la educación popular, la participación, la maximización de los recursos, la adquisición de capacidades técnicas, etc.

DERECHOS HUMANOS

1. El movimiento de derechos humanos en Chile tiene su origen con el mismo golpe de Estado de 1973. En un comienzo, producto de la represión

desatada en contra de partidos y organizaciones vinculadas al gobierno de la Unidad Popular la tarea es eminentemente defensiva. En este contexto debe entenderse el trabajo solidario de las Iglesias Cristianas a través del Comité de Cooperación para la Paz y posteriormente, la Vicaría de la Solidaridad, como del mismo modo, la lucha emprendida por los familiares directos de víctimas de la represión. Esta labor ineludible de búsqueda y defensa de los perseguidos por el régimen militar a poco andar es asumido por las distintas organizaciones populares que comienzan a renacer en las poblaciones de Santiago y otras ciudades del país. Así, una lucha emprendida por unos pocos, comienza a transformarse en una preocupación cada vez más colectiva. Fundamental en este proceso resulta el año 1978. Durante este año, la Iglesia Católica promueve la conmemoración del año internacional de los derechos humanos, culminando en un significativo acto en la Catedral de Santiago; es el año de la huelga de hambre de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, lográndose por primera vez que este problema adquiera trascendencia nacional; es el año también de la creación de la Comisión Chilena de Derechos Humanos y el año de surgimiento de los comités de base de derechos humanos.

2. Estas organizaciones representan un hito significativo en la creciente preocupación por el tema. No sólo se trata de solidarizar frente al atropello de los derechos más básicos, sino que también reconocer en la cesantía, en las carencias de viviendas, salud y alimentación que afligen a la población, una violación a los derechos humanos. Los comités emergen de este modo como organizaciones populares cuyo trabajo se orienta fundamentalmente a la denuncia, defensa y promoción de los derechos humanos tanto civiles, políticos como económicos, sociales y culturales en el contexto de su realidad territorial.

3. En términos generales, puede decirse que las organizaciones de derechos humanos han jugado un rol importante en este tiempo, logrando en especial a través de su acción de denuncia, un reconocimiento social. Sin embargo, la actual coyuntura presenta nuevos desafíos que es necesario considerar.

a) en primer lugar en relación a la estrategia del régimen, al respecto, es importante destacar ciertos cambios que influyen significativamente en el panorama político nacional en los últimos dos años. En este período, existe una disminución de la represión masiva, que se convirtió en una característica del período 83-86, entrando en una etapa más “profesional” y “técnica” La represión se hace selectiva, dirigida a grupos concretos y por otra parte, se institucionaliza la “legalidad militar” a través de las atribuciones casi absolutas de los tribunales y fiscales militares.

Por otra parte, la eventualidad del plebiscito del próximo año, minimiza hechos que se creían superados: asesinatos masivos (15 y 16 de junio) desapa-

recimiento de personas (septiembre) y aumento significativo de la tortura y amedrentamientos individuales y colectivos.

b) desde la oposición por otra parte, el tema de los derechos humanos aparece bastante más difuso que en períodos anteriores. La complejidad de los problemas políticos y la imposibilidad de acuerdos para enfrentar la coyuntura, hace romper los consensos en materia de derechos humanos. Ciertos hechos ocurridos a fines del año 87 (firma del compromiso por los derechos humanos de un significativo arco de partidos políticos, la huelga de hambre de dos dirigentes en Valparaíso) pese a su trascendencia, no tiene una traducción en la dinámica política observada en el último año (desde el debilitamiento de la Asamblea de la Civilidad a fines del año 86) y más bien se tiende (quizás por primera vez en estos años aparece tan evidente) a privilegiar el realismo político por sobre los principios fundamentales de los derechos humanos.

Puede decirse que, en términos generales, nos encontramos en un período de gran tensión, donde los derechos humanos (intransables por definición) entran a la cancha de la negociación política.

4. Las organizaciones de base de derechos humanos no están ajenas a este panorama general. El significativo potencial de éstas (solamente afiliadas a la Comisión Chilena de DDHH, existen en Santiago aproximadamente 100 comités de base, alrededor de 2.000 personas), fundamentalmente de carácter ético, corre el peligro de debilitarse considerablemente en el futuro próximo.

5. Esto se ve agudizado por las características propias de este tipo de organizaciones: en general se trata de espacios de participación política partidista, muchas veces negociada o “cuoteada” lo que hace muy difícil constituir una identidad, una especificidad en el trabajo de derechos humanos de carácter más autónomo. De tal modo, estas organizaciones responden a la dinámica generada desde los propios referentes políticos nacionales, y por tanto, se ven expuestas a cambios de acuerdo al escenario político nacional. La eficacia y validez que las organizaciones de derechos humanos han demostrado en estos años, disminuye considerablemente al abrirse un nuevo campo de la acción política (horizonte electoral) y pone en cuestión justamente las orientaciones fundamentales que han animado su acción en este tiempo.

6. Con todo, es necesario destacar que el tema de los derechos humanos trasciende este tipo de organizaciones, se constituye en principios, sentidos, lógicas articuladoras que cruzan a todo el movimiento popular su actual tensión en la coyuntura (negociación en la transición) coloca desafíos fundamentales para la experiencia organizativa popular acumulada todos estos años. Es una problemática que, de cara a otras experiencias de transición, resulta clave para la definición del futuro escenario político social de nuestro país.

MUJERES

1. El origen del movimiento de mujeres es reciente. Si bien existe una experiencia organizativa en los años 30 y 40, donde se realiza una lucha por los derechos civiles básicos de la mujer (derecho a voto), no existió una continuidad de este proceso, reemergiendo solamente con posterioridad al golpe de Estado y debido a los cambios producidos en el país, con contenidos absolutamente nuevos.

2. Uno de los catalizadores fundamentales para el surgimiento de este movimiento, son los cambios socio-económicos que sacuden al país. La crisis económica, que afecta significativamente a los sectores populares, provoca un quiebre en la estructura familiar tradicional (patriarcal, con clara dependencia del hombre para la sobrevivencia material de la familia). Desde los primeros años de la dictadura, la mujer debe salir de la casa en busca del sustento; el efecto socio-cultural que provoca este hecho es de gran magnitud.

3. Paralelamente, la acción de solidaridad y organización en el mundo popular -impulsado en su origen por las Iglesias Cristianas, y fundamentalmente la Católica-, encuentra en la mujer un sujeto privilegiado: las actividades de sobrevivencia y mini productivas (talleres artesanales) representan una alternativa real para paliar los problemas más angustiantes del hogar.

4. Sin embargo, estas experiencias no sólo posibilitan alguna entrada económica para la casa o alimento diario para los niños. Al mismo tiempo, representan la satisfacción de “otra necesidad” en la mujer que muchas veces, se encontraba sumergida: la comunicación y el desarrollo de una identidad propia. Este factor se constituye en uno de los más importantes para el florecimiento y persistencia de organizaciones de mujeres en el mundo popular.

5. Sobre la base de esta experiencia que comienza a acumularse a través de los años, surgen una serie de organizaciones, coordinaciones y otro tipo de referentes que intentan delimitar un discurso coherente y unificador para las “mujeres en movimiento” (Mudechi, Departamentos Femeninos de Coordinadora Nacional Sindical, Comisión Chilena de Derechos Humanos, Movimiento Feminista, Momupo, Memch 83, Mujeres por la Vida, etc.).

6. Estas organizaciones (algunas ya desaparecidas, otras recientes) no están exentas de dificultades: se ven fuertemente condicionadas por la disputa política partidaria -especialmente desde el año 83-, por la dificultad de poder desarrollar un trabajo sistemático más allá de las movilizaciones “clásicas” (Caupolicana-zos; 8 de marzo) y por la disputa sobre los contenidos y perspectivas de la lucha representada en la dualidad género/ demanda democrática. Todo esto lleva a un desgaste bastante importante, que se refleja en la debilidad de un planteamiento femenino en la Demanda de Chile de la Asamblea de la Civilidad 1986).

7. Con todo, lo que aparece como más relevante hoy día es la continuidad de un trabajo de base que posibilite el desarrollo de la identidad de la mujer (maternidad, compartir la experiencia personal con otras, comunicación, trabajo colectivo, etc.) sumado a un trabajo a nivel nacional, en la perspectiva de llenar de contenido igualitario (en lo sexual) la demanda por democracia. Es decir el desafío actual es la conexión entre la identidad parcial de la mujer con la demanda democrática.

8. A la inversa del pasado, en que la lucha por los “derechos ciudadanos” dio al movimiento de mujeres una cierta unidad de objetivos y un claro perfil “nacional” en el día de hoy las mujeres se encuentran tensadas por objetivos múltiples, que pesan más o menos según su específico status social. De una parte, las une la lucha contra la dictadura. Pero la lucha por el socialismo las une algo menos. Mientras que su lucha por consolidar su identidad se hace eco de una multiplicidad de factores sociales y culturales distintos.

La situación anterior complica considerablemente su capacidad para organizarse nacionalmente. Las mujeres de pueblo se organizan fluidamente en entidades de tipo económico y sociocultural. Las de clase media, sobre todo, en movimientos ideológicos, o en coordinadoras anti dictatoriales o semi políticas. La militancia partidaria cruza verticalmente las organizaciones horizontales, fracturándolas o reorganizándolas de otra manera.

CRISTIANOS

1. Las Comunidades Cristianas de Base representan el principal eje de una corriente de Iglesia que se ha desarrollado al interior de las Iglesias Cristianas - principalmente la Católica - en América Latina: la denominada Iglesia Liberadora. En este sentido, no es una experiencia sólo nacional, sino con características bastante semejantes en otras partes del continente.

2. Si bien esta corriente se constituye en Chile con fuerza a partir de mediados de los 70, tiene sus orígenes y antecedentes en los 60: en el proceso de politización y radicalización de movimientos de Acción Católica; en la renovación teológica y pastoral impulsada por el Vaticano II y por Medellín, en el desarrollo de una conciencia crítica y autocrítica entre los agentes de pastoral. A fines de los 60 y comienzos de los 70 se gestaron movimientos que expresaban esos procesos: la Iglesia Joven y Cristianos por el Socialismo. Ellos tuvieron un carácter también contestatario frente a la Iglesia institucional. Las comunidades de base que se comienzan a desarrollar masivamente a mediados de los 70 amplían la corriente, le dan una raigambre más claramente popular y superan la contestación intraeclesial sin perder la actitud crítica frente a la institución.

3. En términos generales, podría decirse que las orientaciones básicas que mueve a esta expresión del cristianismo popular son (a) una apropiación de los contenidos y símbolos principales del cristianismo, traduciéndolos a la experiencia concreta de los pueblos sometidos en nuestro continente. (b) la afirmación del pueblo como un actor que tiene el papel protagónico en la construcción de la libertad humana y (c) la afirmación de la vida y los derechos humanos como principio fundamental de sus prácticas.

4. Bajo estas condiciones, las comunidades cristianas de base se constituyen en referentes organizativos del mundo cristiano popular valoran y participan en otros tipos de experiencias organizativas, y por las características mismas de su desarrollo, poseen una fuerte conciencia antidictatorial, con mucha cercanía a un discurso de izquierda, pero tensionados por la relación con los referentes políticos específicos.

5. Al respecto, existe una significativa politización al interior de estas comunidades, valorando el papel de los partidos en su lucha antidictatorial y por lograr la democracia para el país, pero al mismo tiempo, generándose un grado alto de reserva y distancia, producto de las prácticas manipuladoras, el dogmatismo y la falta de unidad que evidencian estos años. De este modo, las esperanzas por el cambio político y social se vuelven hacia el movimiento popular: esperanzas que se debaten entre una constatación de fragilidad y la valoración pese a todo, de la capacidad de resistencia y recreación de la vida en el mundo popular.

6. A las tensiones ya señaladas se suma, por una parte, la nueva problemática que surge en esta corriente de iglesia frente al Estado. El Estado es experimentado como una amenaza próxima, que persigue a las Comunidades, mientras mantiene una relación diplomática con la alta jerarquía y al mismo tiempo invoca “principios cristianos”. Al mismo tiempo se establece una distancia o lejanía respecto al Estado; los referentes o interlocutores próximos de las Comunidades son más bien las mismas organizaciones poblacionales. Aquí se concentran expectativas pero también grandes incertidumbres ya que, a veces, hablar de “movimiento popular” resulta casi una abstracción: lo que existe son pequeñas organizaciones bastante poco articuladas entre sí. Por otra parte, se vive también una tensión específicamente eclesial respecto a la Iglesia jerárquica. Esta tensión se ha agudizado en la medida en que los sectores conservadores de la Iglesia han ido ganando poder y cerrando espacios de acción y expresión al progresismo cristiano y a la corriente liberadora.

7. Por último, podríamos señalar que, por lo explicado con anterioridad, este movimiento no se constituye sobre la base de una reivindicación inmediata o concreta. Más bien, se trata del desarrollo de una identidad cristiana que incide o intenta incidir fuertemente al interior de la Iglesia y del mundo

popular con un discurso fundamentalmente ético, pero directamente vinculado a la experiencia concreta de este tiempo.

ANEXO: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL CHILE DE HOY

Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N° 2, Ediciones ECO, Agosto de 1988. pp. 32-35

Incluimos en este Segundo Informe, los antecedentes de conformación de los movimientos Estudiantil, Campesino y de Profesionales, recientemente incorporados a las sesiones de trabajo del Taller.

MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El golpe militar de 1973 contemplaba la intervención inmediata de todas las universidades del país y por lo tanto, de las federaciones estudiantiles. A la designación de los rectores delegados sigue la represión a estudiantes y académicos, exoneraciones, cierre de facultades y carreras. Más tarde vendrá un articulado ad hoc, que le da una cara legal a la universidad del régimen.

El movimiento estudiantil universitario es el primero que se comienza a rearticular apoyado principalmente en dinámicas culturales y en la presencia de militantes de partidos políticos.

Este movimiento, será la columna vertebral de los demás movimientos estudiantiles que hoy se expresan. Es el que hegemoniza y presenta las dinámicas políticas y reivindicativas más importantes.

Respecto de los demás movimientos estudiantiles, el de estudiantes secundarios logra dotarse de cierta organicidad, recién hace dos años. Hoy representa parcialmente al alumnado de Santiago, pero su presencia ha ido en ascenso. Vale mencionar solamente, el número de tomas de planteles que se han producido desde el año pasado hasta la fecha. Por otra parte, está un "recién llegado a la historia" el movimiento de estudiantes de los Institutos Profesionales, que cuentan con instancias de coordinación cuyo principal eje lo constituye las reivindicaciones económicas. Carece absolutamente de proyecto, porque no hay ningún partido ni fuerza política, que tenga una opinión acerca de la proyección y del papel que debe jugar en el país, la educación privada.

En los años que siguieron al golpe, los representantes estudiantiles universitarios, fueron designados por las autoridades máximas de los planteles. Luego se incorporaron mecanismos de participación indirectos, que la oposición

-fuertemente tensionada acerca de la legitimidad de tales opciones- comienza a explorar.

Con todo, el movimiento estudiantil logró ser tremendamente masivo. Entre los años '83 y '85 en comparación con otros movimientos, logra una voluminosa cantidad de victorias. En primer lugar la democratización de las federaciones de estudiantes (primero la federación de la UCV a comienzos del '84 luego Concepción, U de Chile a fines del mismo año, la UC a comienzos del '85 proceso que culmina con la Universidad de Santiago -ex UTE- al finalizar ese año) y en segundo lugar una gran capacidad de movilización, con lo que recupera esa capacidad de los estudiantes de ser detonantes de procesos políticos y sociales mayores, pese a ser un sector que no tiene mayor influencia en la estructura productiva del país. Es un período de enfrentamiento claro y directo con los rectores delegados, que personifican la dictadura en la universidad, y que responden con extrema brutalidad.

A partir de Septiembre de 1986 se abre un nuevo período para el movimiento, con problemas que hoy hacen crisis. La dictadura, acusa recibo de la fuerza y potencial de los estudiantes, y varía su estrategia.

Comienza a cambiar los rectores delegados por rectores civiles, y lo hace de tal manera que compromete a algunos sectores que se mostraban descontentos, particularmente sectores académicos. Por ejemplo, en la Universidad Católica, el actual rector Vial, que reemplazó a un ex almirante aparece como designado por la iglesia, y en el caso de la Chile, a la caída de Federici, sube un rector que cuenta con apoyo académico, para continuar con el mismo plan de la desbancada autoridad.

También el problema económico contribuye a fijar este nuevo escenario. El gobierno decide pasar del sistema de crédito fiscal al de crédito universitario, desplazando así la lucha unificada de los estudiantes contra el Ministerio de Educación, a una lucha particularizada de cada federación, contra su respectiva administración universitaria.

A lo anterior se suma el fracaso de las estrategias de protesta, que los estudiantes viven como propio. En las últimas movilizaciones eran prácticamente los estudiantes junto a los pobladores, los únicos que encarnan la protesta, son los que paran y salen a la calle.

Se produce el reflujó, que se procesa como una derrota táctica. Se observa que baja la participación electoral en la mayoría de las universidades y el problema de la unidad adquiere relevancia. Las rupturas y las precarias unidades, disminuyen la capacidad de conducción y de convocatoria de las federaciones.

Sin embargo, continúa desarrollándose movilizaciones especialmente de carácter reivindicativo. Pero son excepcionales y parciales, se suceden de un plantel a otro, y aunque con características similares, no logran articularse.

Pese al reflujo, la situación de la izquierda ha mejorado notablemente en la composición de la organización del movimiento. En un comienzo, las fuerzas de la Democracia Cristiana y la Izquierda iban a la par, hoy es posible contar con más presidentes y vicepresidentes de izquierda, sin perjuicio que la DC hegemonise las federaciones más importantes. También la CONFECH (Confederación de Estudiantes de Chile, que integran todas la federaciones universitarias democráticas) pese a ser todavía un consejo, se ha ido perfilando como actor social importante.

MOVIMIENTO CAMPESINO

1. El campesino emerge en Chile, como movimiento social con fuerza, recién en la década de los 60. Por cierto que hay antecedentes importantes, pero en ese período es cuando se levanta como actor nacional de envergadura. Esto ocurre además, en conexión con el proceso de transformación de las estructuras agrarias que significó la “reforma agraria.”

2. El surgimiento del movimiento campesino tiene lugar en un contexto de “alianza” con sectores urbanos, esto es, con un “bloque social” que agrupan a lo que podríamos llamar el progresismo de la sociedad en esos años. La clase obrera, los estudiantes, los intelectuales, los sectores medios, y evidentemente, los partidos del centro y de la izquierda. Esta alianza con un bloque hegemónico por lo urbano, marca la constitución del movimiento campesino.

En la medida en que la estructura política del país, le asignaba un rol de mucha importancia al parlamento, dado que allí se disputaban y negociaban los grandes conflictos de la sociedad, son necesariamente los sectores urbanos los que asumen la “representación” del movimiento campesino. Las demandas del movimiento se procesan a “nivel central” en el aparato del Estado (parlamento y Gobierno).

En este esquema, el movimiento campesino propiamente tal, juega más bien un rol de fuerza de apoyo a este proceso de disputa y negociación en el aparato del Estado, mediante sus movilizaciones locales.

Este ‘centralismo’ que caracterizó al movimiento campesino, era condición de su eficacia. Eficaz era tener representación en el centro (Santiago) porque ahí se disputaban los intereses del movimiento. Eficaz es tener parlamentarios. De ahí también que la mayoría de los dirigentes campesinos se trasladaron a Santiago. El rol de estos dirigentes era, por un lado, mostrar un cierto “respaldo” del movimiento a una disputa que se daba en Santiago y por otro,

tener buenas relaciones con el aparato del Estado. Una buena organización era la que tenía buenas relaciones. Si coincidían con el gobierno, era la que tenía más poder. Esto se vio en el auge de las organizaciones hegemónicas por la DC, durante el gobierno de Frei y el auge de las organizaciones de izquierda, durante el gobierno de Allende.

3. Otro elemento que juega un rol de importancia, es la relativa homogeneidad del agro en esa época. Dado el punto de vista de la tenencia de la tierra, es una estructura hegemónica por la hacienda. Esto también tendía a homogeneizar al campesino. Teniendo en cuenta por supuesto las diferencias por regiones, sus tamaños, etc. y la relación entre hacienda y minifundio, había sin embargo un ‘tipo de campesinos’ más o menos común.

A partir del golpe de Estado se ponen en marcha 3 procesos que afectan de manera brutal la existencia de este movimiento campesino.

La represión contra organizaciones y dirigentes.

El nuevo marco jurídico legal.

Los cambios en la estructura económica, es decir el neoliberalismo llevado a la agricultura.

4. Estos cambios dan origen a una nueva situación, bastante distinta de la anterior. Se desarrolla un proceso creciente de deslocalización o regionalización (descentralización) de las expresiones del movimiento campesino (en realidad, el movimiento como tal no logra aún reconstituirse). Al no existir condiciones para el centralismo, se empiezan a producir dinámicas, cuya característica principal es su ‘localismo’ es decir dinámicas particulares. A esto se relaciona el proceso de diferenciación o heterogenización del campesino, como producto de los cambios en la estructura económica y del nuevo rol de la agricultura en la economía del país. Se producen así diferencias entre regiones y sectores del campesinado (tanto en el ‘campesinado’ propiamente tal, es decir pequeños productores, como entre los asalariados). De este modo, hoy resulta imposible, desde un punto de vista analítico, hablar del campesinado de manera unívoca. Hoy analizar la situación del campesinado, significa analizar una serie de situaciones particulares (por ej. Cooperativas del Sur huilliches de Osorno, Mapuches de Cautín y Malleco el Valle Central donde hay más fuerte desarrollo del capitalismo agrario moderno y se produce una ‘masa temporera’). Surgen también nuevas formas de organización, las asociaciones gremiales, a nivel de regiones o localidades.

5. En esta nueva situación surgen y se desarrollan organizaciones; o más bien se rearticulan organizaciones históricas, con algunos cambios. En un primer momento, se trata básicamente de mantener la subsistencia de la organi-

zación, luego se logra un cierto nivel de desarrollo. Pero en este nuevo contexto, estas organizaciones de tipo nacional cumplen más bien un rol de una cierta representación genérica de intereses frente al resto de la sociedad, pero no es representación real del movimiento, porque ese movimiento no existe y cuando ha habido expresiones de movimiento, ellas han sido locales o regionales. Este análisis no excluye por supuesto que en el futuro, bajo condiciones democráticas, la franja de dirigentes de estas organizaciones pueda jugar un rol de importancia en la articulación de demandas y proyectos campesinos.

6. Las expresiones de movimientos campesinos en esta etapa han sido escasas:

- Los Mapuches, con cierta fuerza, entre el 80 y el 83, con posterioridad a lo que es la dictación de la ley de división de las comunidades. Se produce allí una situación de agitación y demanda. En este contexto surge Admapu.

- Otra expresión son las cooperativas en Llanquihue y Chiloé, rearticuladas en Fecosur (Federación de Cooperativas del Sur) entre el 79 y 83. Se genera actividad y capacidad de convocatoria.

- Otro ejemplo es lo que ocurre con parceleros de la Reforma Agraria en la zona de Linares: por primera vez se reúnen alrededor de 1.000 campesinos en un teatro de Linares y el año pasado realizan una marcha de 1.500 campesinos a raíz del problema de la fiebre aftosa. En el caso de Linares, ha jugado un papel importante la Iglesia local.

7. Respecto a los “temas” campesinos, se puede constatar también un cambio desde temas nacionales a temas más corporativos: antes los temas eran el problema de la tierra y la reforma agraria y el de la sindicalización; hoy son los temas predominantes el crédito, la comercialización, es decir, lo que corresponde a demandas de pequeños agricultores. Respecto al problema salarial, no existen demandas constituidas a nivel social lo que hay son reivindicaciones que dicen relación con los trabajadores temporeros.

MOVIMIENTO DE PROFESIONALES

Actualmente en el mundo profesional hay una enorme diversidad, que por un lado crea tensiones, y por otro dificulta la articulación, los intentos de movilización, y el pensar en la existencia de un movimiento social en él.

Las diferenciaciones al interior del mundo profesional provienen, en primer término, de las distintas inserciones que tienen en el trabajo, cuestión que en el pasado le dio una cierta coherencia al mundo profesional. Antes, la mayor parte de los médicos, de los ingenieros, de los arquitectos, de las enfermeras y matronas, eran funcionarios del Estado, en alguna de sus reparticiones o instituciones.

Los cambios ocurridos durante el régimen presente han significado que este factor de homogeneidad relativa haya desaparecido, por lo cual hoy hay una gran diversidad al interior del mundo profesional, y dentro de cada profesión igualmente.

Por otro lado, en las distintas profesiones, y más en las llamadas liberales, hay una diversidad enorme de clases. No solo en el sentido de origen de clase, sino también en cuanto a compromiso de clase, predominando francamente los sectores de derecha en muchos de los grupos profesionales.

A pesar de la situación anterior los Colegios Profesionales (CP) lograron un grado de unidad y concertación muy grande alrededor de los años 80 u 81 en torno a la cuestión del cambio de estatuto de los CP cuando el gobierno impulsa las Asociaciones Gremiales, le resta a las CP las atribuciones fundamentales, que eran las de control de las remuneraciones, del control ético, y de la colegiatura obligatoria.

Entonces se produjo una reacción absolutamente homogénea de todos los CP para rechazar esa modificación.

Esto dio margen para que en las nuevas sucesivas elecciones de todos los CP estos fueran recuperados paulatinamente por la oposición.

Sin embargo esta tendencia unificadora no se consolida ni a nivel de CP -que en cierto modo han tenido un cierto viso de movimiento- ni menos en la Federación de Colegios Profesionales que nunca ha sido algo que se parezca a un movimiento.

Esta unidad en torno a los CP significó que, a pesar de haber dejado de ser obligatoria la asociación a ellos -por ejemplo en el caso del Colegio Médico (CM) - el 80% de los médicos estén colegiados, lo cual es un porcentaje muy alto considerando que no tienen beneficios especiales o comparativamente a otros sectores organizados. Tomemos el mundo médico para ejemplificar el proceso.

Ese espíritu antidictatorial que generó el asunto de las asociaciones gremiales versus colegios profesionales, llevó a una posición de mucha combatividad, de mucha participación liderada por la oposición de centro izquierda, la cual funcionó unida por bastante tiempo, hasta el año 86. Bajo ese liderato, a partir de las reivindicaciones propias, de la defensa de los derechos laborales, de las remuneraciones, pero pasando también por las políticas de salud, por la defensa de los derechos humanos, se llega a concitar una movilización muy grande, y quizás precoz.

Hace 4 años se levantó un Pliego de los Médicos de Chile, que contenía todo, el paso a la democracia, el no a la impunidad, como también las reivindi-

caciones propias. La lucha tras ese pliego significó que el año 86, el CM fuera capaz de hacer 7 paros entre enero y septiembre, que culminaron en dos paros esencialmente políticos, los del 2 y 3 de julio y el de septiembre de ese año.

Durante ese proceso de avance hubo lógicamente, una politización de las demandas propias. Pero también una excesiva partidización del trabajo dentro de los CP. Tal partidización fue hegemonizada por la DC, y la izquierda fue bastante instrumental a ella. Al llegar la crisis política del 86, se producen grandes crisis en los CP de las cuales no se han recuperado mayormente hasta hoy.

NOTAS PARA UN ANÁLISIS ESTRUCTURAL: LAS ACTUALES FORMAS DEL PODER, EL CENTRO POLÍTICO Y LA EXCLUSIÓN POPULAR

Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N° 1, Ediciones ECO, enero de 1988, pp. 19-22

La comprensión de los diversos movimientos sociales actuales y especialmente de sus perspectivas próximas y futuras encuentran su explicación en profundos factores estructurales, menos fáciles de ver que los presentes en la coyuntura inmediata, pero no por ello menos, determinantes de sus posibilidades de desarrollo.

En este capítulo nos preguntamos acerca de los efectos de los cambios económicos sobre el movimiento popular, los vínculos entre estos cambios y la actitud de las fuerzas armadas, así como respecto de las transformaciones del Estado y la viabilidad de una alternativa del centro político.

1. LA SITUACIÓN ECONOMICA.

El modelo económico liberal que se ha impuesto a la sociedad chilena desde 1973 no representa sino una nueva y más extrema forma de la hegemonía que, por mucho tiempo, ha ejercido el capital financiero mercantil por sobre el capital propiamente productivo, y el librecambismo de base monetarista sobre el social productivismo de proyección desarrollista. Fue también el modelo económico dominante entre 1830 y más o menos, 1930. La versión actual no es sin embargo, más exitosa y eficiente que las del pasado. En especial, ha sido menos desarrollista y ha creado tensiones sociales aún más profundas que las anteriores.

a) Históricamente, la hegemonía del capital financiero-mercantil ha sido en Chile el principal factor de que exista una enorme masa social marginal y

semiexcluida del sistema económico. Hoy ha tensado en extremo la situación de esa masa social

b) La Junta Militar ha gobernado para imponer dictatorialmente la racionalidad librecambista, monetarista y financiero-mercantilista. Su objetivo fundamental ha sido alcanzar un equilibrio económico tal que: i) asegure el funcionamiento automático de las leyes del mercado internacional, y ii) la estabilidad de los signos monetarios.

Luego de casi 15 años sus resultados son más bien pobres: i) la inflación promedio se mantiene dentro de las tasas históricas del siglo (evaluadas por el FMI como desequilibrantes) ii) ha expandido la deuda externa hasta un nivel que hacia 1990 llegará a triplicar el PGB del país (indicador de insolvencia e inestabilidad estructural, para la banca mundial) iii) si bien ha reducido el déficit del presupuesto fiscal y el peso del Estado en la economía nacional en un 40% mantiene un presupuesto militar de los más altos de América Latina (y destinado a frenar los movimientos sociales internos).

c) La dictadura económica no ha ido acompañada de un desarrollo industrial que se autosostenga en el largo plazo y que absorba significativamente la gran masa marginal. La mayor producción destinada a la exportación es básicamente primaria, y además, fuertemente sujeta a las grandes variaciones de esos precios internacionales (frutas, vinos, etc.). En general, el tipo de aumento de la producción puede ser calificado como precapitalista, lo que en lugar de desarrollar la clase obrera industrial ha generado la multiplicación del peonaje estacional (jornaleros). Antes de 1930 el efecto desarrollista fue mucho más significativo pues permitió el surgimiento y consolidación del sector industrial chileno. Hoy puede estimarse que es un modelo técnicamente agotado y con severos síntomas de deterioro. El mismo capital financiero-mercantil no ha logrado estabilizarse ni tener consecuencias desarrollistas. Se dedicó a obtener ganancias máximas de tipo especulativas en el corto plazo, entró en crisis y desarticulación en 1982-83, y obligó al Estado a venir en ayuda de él para evitar su colapso total. Así, el modelo carece incluso de su esqueleto central.

d) El modelo liberal actual, sin embargo, no está en crisis total, catastrófica, y en bancarrota a corto plazo, pues, pese a su incapacidad central para producir desarrollo tiene una fuerte elasticidad frente a la crisis. Esa elasticidad proviene i) del comportamiento relativamente favorable del sector exportador (sobre todo del cobre, que genera divisas para el Estado y neutraliza así la crisis del capital privado) ii) del apoyo táctico de la banca internacional (Chile, ejemplo de ortodoxia liberal) iii) de la cohesión interna y eficacia represiva de las fuerzas armadas escudadas hoy -a diferencia del pasado tras la doctrina de la seguridad nacional, es decir de su capacidad de proyección política a

largo plazo, iv) la reactivación relativa de la economía norteamericana en la fase Reagan . Estos factores han permitido al modelo remontar la crisis 82-83 y proyectarse a futuro indeterminado. Hay agotamiento del mismo, pero no crisis catastrófica.

2. LAS FUERZAS ARMADAS Y EL CAPITAL MERCANTIL FINANCIERO

¿Por qué las FF.AA. se jugaron por un modelo financiero- mercantil y no por uno nacional desarrollista? La asociación entre las FF.AA. y el capital mercantil financiero no es un hecho nuevo en la historia. Ya desde comienzos del siglo XIX los intereses de los mercaderes y banqueros -que se sitúan en el mercado internacional y en contacto directo con potencias extranjeras- constituyeron una racionalidad geopolítica más atractiva para los militares que la de los empresarios productivos propiamente tales, cuyos intereses se situaban más en las localidades productivas y en una posición subordinada al Estado.

a) Las FF.AA. chilenas definieron su racionalidad geopolítica cuando Chile se conectó con la hegemonía económica de Inglaterra, y no la han abandonado nunca -salvo excepciones puntuales-. Su esencia ha sido siempre el capitalismo mercantil-financiero de dimensión internacional, y no el productivo de base nacionalista. Y eso ha significado promover la hegemonía de ciertos grupos económicos y la penetración del capital extranjero.

b) Esa vocación geopolítica librecambista fue reforzada por la reestructuración liberal del capitalismo mundial (FMI, GATT) después de la segunda guerra mundial, y luego por la guerra fría. De ahí que los militares chilenos hayan aceptado rápidamente las críticas norteamericanas al Estado empresarial y social -benefactor chileno después de 1938, el que fue estimado como un obstáculo tanto para la fluidez del comercio exterior chileno como para el desarrollo y la estabilidad política del país.

c) Eso explica también que las FF.AA. hayan elegido, desde 1973, a los Chicago Boys como su equipo económico asesor y no a otros. La política Chicago-FMI ya tuvo su crisis rotunda (82-83) pero no llegó a la catástrofe debido a la recuperación de la economía internacional, y los principios liberales se mantuvieron después del 83 pues se creyó que la “stagflacion” había sido superada, hasta ahora cuando menos.

d) Lo anterior indica que las FF.AA. no han sido un mero instrumento de una supuesta poderosa burguesía mercantil-financiera chilena. En realidad, esta burguesía ha sufrido varias crisis periódicas. La asociación de las FF.AA. no es tanto con los grupos económicos y con el capital extranjero como con la racionalidad geopolítica librecambista.

Es bajo este tipo de asociación que se está produciendo actualmente la incorporación de algunos altos oficiales al capital productivo exportador (industria de armamentos especialmente) y al comercio de todo tipo. Este sí es un fenómeno nuevo que conviene examinar en mayor profundidad.

3. EL PROBLEMA DEL ESTADO

a) Después de cada crisis importante, el Estado chileno ha sido reestructurado según la lógica, los intereses del capital mercantil-financiero (y de sus socios extranjeros). Realmente el Estado chileno nunca ha sido estructurado según los principios del nacional-desarrollismo en sentido estricto.

b) Entre 1932 y 1973 se realizó un gran esfuerzo por agregar funciones desarrollistas (la CORFO, por ejemplo) y social-benefactoras (Ministerio del Trabajo, Previsión, CORA, etc.) a la estructura del Estado surgido en 1925, que era de carácter puramente político-formal y librecambista. El mayor de estos esfuerzos por crear un Estado desarrollista lo realizó la U.P (área estatal de la economía). Eso generó la hipertrofia y el agigantamiento de los aparatos de Estado, a un grado que lo convirtió en un poderoso factor inflacionario y de frustración económico- social

c) Después de 1973 las FF.AA. fieles a su concepción liberal, desmantelaron el Estado Empresarial y el Social Benefactor. Con ello dejaron a los movimientos reivindicativos, que durante 40 años habían hallado allí un interlocutor accesible a sus demandas, sin interlocutor y enfrentados a un “vacío” estatal. El Estado fue reducido, fundamentalmente, a su función policíaco-represiva y de protección sobre los principios “liberales” impuestos - no en base al desarrollismo económico mismo sino mediante una acción dictatorial - a la sociedad chilena. Identificado de esta forma a un liberalismo de carácter principista y abstracto, el Estado se vació de contenidos propiamente social y por lo mismo, de carácter nacional. El Estado fue escamoteado por los militares a la nación.

d) En la medida en que el Estado no puede ser otra cosa que una construcción social y una proyección político- institucional de los sectores sociales vivos que componen la Nación, la acción de los militares no ha hecho otra cosa que devolver a la sociedad y a los movimientos sociales su derecho y su capacidad para reconstruir y re proyectar el Estado. Esta vez, desde sus mismas bases. Pues es la nación la matriz del Estado y no a la inversa.

El problema consiste, entonces, en evaluar i) cuán irreversible es el “escamoteo estatal” perpetrado por los militares y ii) cuánta puede ser la efectividad de los movimientos sociales (o sea, del conjunto real de la nación) para reconstruir desde sí mismos el Estado verdaderamente “nacional”.

Respecto a lo primero los militares parecen haber redefinido su mentalidad en el sentido de proyectarse a sí mismos como una clase política suprasocial capaz de operar hegemónicamente en el largo plazo. Aquí y en el aparato armado que manejan, parece radicar el problema de su “irreversibilidad estatal” más bien que en el mero agotamiento del modelo económico liberal y/o en la ilegitimidad puramente semántica de su accionar dictatorial.

Respecto a lo segundo, los movimientos sociales, y en especial, los propiamente populares, no han tomado plena conciencia aún de la nueva etapa histórica en que se encuentran, ni de las tareas específicamente nuevas que en ella se van perfilando (como la de reconstrucción “social” del Estado, por ejemplo)

4. LAS PERSPECTIVAS DEL CENTRO POLITICO

a) Frente a la situación creada por el libre cambismo militar resulta imperativo promover como salida, alguna forma de nacional-desarrollismo y alguna forma de democracia viable. En verdad, frente a la hegemonía del capital mercantil-financiero, siempre la democracia formal y el nacional-desarrollismo han tenido una fuerte legitimidad histórica. Que hoy parece más evidente que antes. En verdad, la “democracia formal” (un hombre = un voto y no más) es una condición indispensable, para que alguna variante de nacional desarrollismo e industrialización pueda ser implementada. Pues se requiere acceso de los grupos productivistas al Estado, y la activa acción de éste dentro del sistema económico. No hay otro modo histórico de recuperar el tiempo perdido, que suma muchas décadas.

b) Sin embargo, una eventual salida de centro (democratizadora y nacional-desarrollista) encontrará hoy más dificultades que lo que encontró, por ejemplo, en 1938, el tiempo del Frente Popular

i) Hoy a diferencia de ayer no existen compañías extranjeras que lideren un proceso de industrialización, arrastrando tras sí al empresariado nacional en general, como ocurrió en 1934. ii) Tampoco existe un movimiento amplio de opinión que promueva la constitución de un Estado Empresarial y Fabril, ni dentro ni fuera del país. iii) De igual modo, en la actual salida de centro no estarán representados, como en 1939 (constitución del Frente Popular) los sectores populares. El centro actual es una coalición socialmente restringida. iv) Por último, pese a la relativa bonanza del sector exportador y la tasa (histórica) de inflación, el endeudamiento externo del país registra un récord que mina desde ya cualquiera política inversionista de gran magnitud y largo plazo.

c) Así la salida nacional desarrollista actual tiene una alta legitimidad, tanto o más alta que en 1938, pero una probabilidad notablemente inferior de ser más

eficiente que lo que se pudo ser entre 1938 y 1973. Sólo podría serlo eventualmente, en el largo plazo, acaso mayor que el lapso 1938-73 que, como se sabe, no fue suficiente para resolver los problemas fundamentales, ni del capitalismo, ni del movimiento popular. El liderazgo político de centro, en consecuencia, podría alcanzar legitimidad formal por parte de las masas, pero no podrá inspirar confianza acerca de su eficiencia histórica. Y esto relativiza su rol lideral.

5. ¿COMO AFECTA TODO LO ANTERIOR AL MOVIMIENTO POPULAR?

a) A diferencia del período 1938 - 73, el pueblo no será llamado a “participar” en ninguna cruzada desarrollista ni de reforma estructural de la sociedad. Si lo fuera, su participación efectiva sería -al igual que antes de 1970, o quizás peor- más nominal y formal que real, y con más resultados políticos que económicos. Más bien, cabe esperar que continuará siendo convocado, todavía por una o dos décadas más, a consumir conforme la civilización (y el mercado) industrial moderno. Desde hace mucho tiempo, los modelos liberales han monopolizado la oferta de innovaciones consumistas y de innovaciones tecnológicas.

b) No será masivamente integrado al aparato productivo, persistiendo una alta tasa de cesantía. Sus posibilidades mayores de integración serán más bien, al “sector informal” y mercantil de la economía.

c) Recibirá, de todos modos, propuestas de integración formal (a la educación o a la democracia protegida) o ficticia (modernización urbanística de la pobreza) Y mucho, propuestas de vanguardización partidista, en un sentido u otro. Estará expuesto a un activo discurso “nacionalista” e “integracionista” tanto de corte militar como de corte neo democrático y neo-desarrollista.

d) Ante cualquier apertura, será fuertemente estimulado por la izquierda, para organizarse y movilizarse en función reivindicativa frente al Estado; probablemente, extremando las demandas. Si así ocurriera, hallará, detrás de este mismo régimen (“proyectado”) o de uno centrista, la misma activa represión policíaco-militar fuere uniformada y pública, o de grupos paramilitares encubiertos.

e) Todo indica, pues, que no habiendo expectativas óptimas para que los movimientos populares encuentren un adecuado interlocutor estatal, ni una adecuada y efectiva “representatividad” frente al Estado, los sectores populares tendrán que confiar en sus propias fuerzas. A partir de allí pueden plantearse la tarea de iniciar la reconstrucción del Estado y la Sociedad desde las bases, y también, de apoyar/las propuestas políticas de centro y de izquierda que tienen legitimidad histórica frente al librecambismo.

Sin embargo, estas propuestas han caído hoy al punto más bajo de su eficiencia real. Las masas populares, aunque no tengan el lenguaje apropiado para hacer el análisis pertinente, saben, por las reacciones de su piel y de su carne, acerca de eficiencia histórica. Y es ésta, y no otra, la duda que hoy el pueblo siente respecto de estas propuestas.

NOTAS SOBRE EL PROBLEMA ESTRATÉGICO: LOS DILEMAS DEL MOVIMIENTO POPULAR

Taller de Análisis de Movimientos Sociales y Coyuntura, N° 1. Ediciones ECO, enero de 1988, pp. 23-26

Desde 1973, el Movimiento Popular ha sufrido una serie de quiebres y cuestionamientos de su visión estratégica. En la actual situación política surgen diversas proposiciones que orientan su acción y precisan sus metas posibles en el corto y largo plazo.

A) SITUACION Y CARACTERISTICAS DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES

El golpe del 73 no sólo constituyó una desarticulación directa de los movimientos sociales populares obreros, campesinos, pobladores) sino que además introduce un proceso de cambios sociales profundos que van a determinar un cambio sustantivo en las bases de gestación y desarrollo de los movimientos sociales y en sus características. Entre múltiples aspectos que determinan el nuevo “escenario” de los movimientos, se han señalado 2 que parecen ser más sustantivos.

- El cambio en la estructura de clases: la disminución del peso social de la clase obrera (desindustrialización: el aumento explosivo de sectores excluidos, desempleados, semi ocupados, “circuitos informales”) la fragmentación de las “clases medias” en “proletarizadas” y “modernas” etc. El sustrato de este proceso han sido políticas económicas que no sólo han privilegiado el capital financiero, sino que se han orientado explícitamente a producir una “modernización” capitalista. Un aspecto importante de ésta es el intento por eliminar a los “actores colectivos.” En el mercado sólo se encuentran actores individuales) El fracaso de este “modelo económico’ ha sido también el fracaso del intento por ahogar a los actores sociales colectivos. Sin embargo, se ha creado un marco de condiciones nuevas para su desarrollo.

- Desarticulación del sistema político que operó históricamente en parte como sistema de “representaciones” de demandas de los movimientos sociales. Los movimientos históricos tuvieron sus partidos y sus parlamentarios. Eso fue parte de su “base de acción” (orientación al Estado).

La situación de “exclusión” que ha creado la implantación de un modelo rígido de capitalismo financiero, no lleva, sin embargo, a una homogenización del sector “excluido” y de sus actores. Por el contrario, el nuevo marco de condiciones, habiendo inhibido a actores históricos como el movimiento obrero y el campesino, no ha suprimido sin embargo, la emergencia de nuevos actores.

En este nuevo marco de condiciones se ha levantado una polémica sobre la interpretación sociológica y política de los movimientos actuales. No está en duda el hecho de que, a partir de 1973, se desarrollan procesos de rearticulación de actores sociales. Lo que está en discusión es el alcance y significado que se le atribuye ¿se logran constituir realmente actores sociales con características de movimiento?

Se han propuesto así interpretaciones en las que se subraya el carácter puramente “defensivo” de las movilizaciones populares, la ausencia de “propuestas” nacionales; especialmente se ha cuestionado el carácter de “movimiento” de las movilizaciones poblacionales.

Estas interpretaciones no dan cuenta sin embargo de las nuevas prácticas populares, ni de nuevo contexto o escenario donde se articulan los movimientos sociales. En las condiciones impuestas por la dictadura emergen prácticas populares nuevas: democráticas, utópicas y éticas; emergen “intereses” específicos: dignidad de la mujer de los jóvenes; se plantea con nuevas dimensiones el viejo problema de la subsistencia, etc., como se ha visto en la primera parte de este informe. Y se coloca un escenario distinto para los actores más “históricos” especialmente el movimiento sindical a partir de su debilitamiento como clase y sobre todo de la desarticulación del sistema político. No se puede desconocer la situación de atomización o fragmentación del mundo popular ni su debilidad en cuanto a “propuestas” a proyecto popular. Pero, de otra parte, la diversidad de actores constituye una nueva riqueza para el movimiento popular. Las organizaciones populares que surgen van demostrando que no son puramente “defensivas” frente a la exclusión económica y política, sino que tienen capacidad de construcción social constituyen temas, prácticas y relaciones sociales de nuevo tipo. No se agotan en la pura demanda o expectativas, sino que crean desde ya nuevas realidades sociales-culturales. Van acumulando un potencial antisistémico (aunque éste no se exprese en una sola línea coherente En suma, paulatinamente van constituyendo una “alternativa” al modelo vigente de sociedad.

B) LOS DILEMAS ESTRATEGICOS

Desde 1973, el movimiento popular ha sufrido una serie de quiebres de su visión estratégica. Antes de esa fecha, el horizonte estratégico parecía rela-

tivamente claro, y los problemas se reducían al debate acerca de las “vías” o bien la “larga marcha de las instituciones” (reformismo) o bien el desarrollo integral y la acción inmediata del “poder popular” (revolución). Hoy si bien por la urgente necesidad de mantener una lucha defensiva y de resistencia ante la amenaza de destrucción, o bien por la no menos urgente necesidad de derribar una dictadura sin precedentes en la historia de Chile esa claridad estratégica inicial se ha perdido, aplastada en cierto modo por las urgencias de los cortos plazos y por el coyunturalismo político. Sólo podría hoy hablarse de “claridad estratégica” en base a una mantención obstinada y básicamente ideológica de los “principios” que articularon las estrategias “tradicionales”. Los hechos, el cuadro histórico, el nuevo estado del sistema político, la predisposición subjetiva de las masas sociales, la crisis relativa de la teoría marxista, la derrota de una generación de políticos y teóricos, el surgimiento de nuevos movimientos sociales, etc. configuran una “sustancia” estratégica que hace difícil -o cuando menos incómodo- operar con los viejos “principios”. El resultado de ello es particularmente visible en la confusión política de las cúpulas partidarias - sobre todo de las de oposición- y en la escasa representatividad real de las mismas entre los grandes sectores de la “ciudadanía” (status que ha sido también relativizado y confundido).

Es así que el movimiento popular se ve, en el día de hoy incentivado y estimulado por 4 ó 5 “proposiciones estratégicas” distintas, algunas con énfasis en el largo plazo otras en el corto plazo algunas recuperando los viejos “principios” estratégicos, otras tratando de incorporar los cambios producidos y las tendencias históricas nuevas. Se observan, cuando menos, las siguientes proposiciones. Basadas en el corto plazo:

1. Reorganización de los movimientos sociales frente a la dictadura y o el Estado democrático sobre la base de trabajar sus “coordinaciones nacionales” y sus demandas o pliegos nacionales frente al Estado. La maximización de las demandas y la movilización permanente constituirían el mejor método de avance histórico.

2. Preparación de los movimientos sociales como una fuerza social insurreccional, dirigidos por una vanguardia político militar Ruptura institucional, lucha abierta contra el régimen. Descarte de toda negociación. Idea base ya no se puede confiar en la “vocación democrática” ni de los enemigos declarados del pueblo ni de sus aliados de clase media.

Basadas en el largo plazo:

1. Reorganización de los movimientos sociales en función de un nuevo plan de democratización y desarrollo “nacional” Es preciso reconstituir los tejidos sociales, políticos y económicos de la sociedad chilena. Constitución

de orgánicas de movimiento social a efectos de impulsar demandas sectoriales viables, reguladas en función de los grandes planes nacionales.

2. Reorganización de los movimientos sociales en función de su identidad, su poder efectivo real y sus proyectos específicos de largo plazo. Utilización de su capacidad histórica para resolver problemas de subsistencia, fundar sociedad y asociación solidaria. Movilización política progresiva, en función de objetivos profundos (democratización sustantiva, autonomía relativa, etc. Re-fundación de las prácticas políticas tradicionales.

Es evidente que estas cuatro “proposiciones estratégicas” se combinan entre sí de diversos modos secundarios. Los polos de reorganización y de quiebre de los partidos políticos parecen determinarse por la lógica de esas proposiciones y por sus combinatorias posibles. Del mismo modo, ellas parecen estar cruzadas por el dilema conceptual - que bien puede no ser un dilema - de si la lógica de movimiento debe basarse en la noción marxista de “clase trabajadora” o en la noción más integradora y flexible de “pueblo”.

Por de pronto, parece obvio que la claridad estratégica no se recuperará debatiendo en abstracto las ventajas de uno u otro “principio” estratégico. No es cosa de modular los “discursos estratégicos” de un modo semántico o retóricamente distinto. Se requiere, indispensablemente, trabajar de un modo científico los diversos componentes del “horizonte estratégico” la situación estructural de la sociedad chilena actual el estado real del movimiento popular de hoy, tanto en sus niveles políticos como sociales, las fuerzas efectivas y operables con que se cuenta: sociales y económicas tanto como políticas, culturales tanto como ideológicas, la lógica conductual viable (no idealista) la evolución probable de los escenarios, etc.

Los hechos indican, de un modo general que se ha producido un cambio significativo en las relaciones globales entre el Estado y la Sociedad, en Chile, que se podría describir como una reducción y ensimismamiento hermético del Estado, y una recuperación del poder social e histórico de los grandes grupos componentes de la Nación. Confirmando su larga tradición histórica, el Estado chileno permanece enredado en los procesos de su articulación funcional e instrumental a los grandes objetivos de la Nación y sobre todo de los Pobres de la Nación la gran mayoría. Lo nuevo en este sentido es que los sectores populares han tomado conciencia, con mayor claridad de esa tradición lo cual se expresa actualmente -entre otras cosas- en su desconfianza relativa respecto de la clase política” (civil y militar) y en su tendencia a resolver por sí mismos algunos problemas inmediatos y a su alcance.

Estos, - y otros hechos- que no es el caso de examinar en estas Notas, indican que uno de los polos centrales del nuevo “horizonte estratégico” del mo-

vimiento popular chileno es el problema de “los sujetos”; es decir, del carácter autónomo y la capacidad de acción práctica de los distintos componentes sociales y económicos del movimiento popular. Cabe una diferente valorización de los “movimientos sociales” en el sentido de que ha cambiado su posición frente al sistema político del Estado. Su relación con aquél no es, como antes, directa e inmediata. Entre ambos, surge hoy con fuerza la necesidad de operar, viabilizar e implementar el cúmulo de proyectos económicos, sociales y culturales que el pueblo es capaz de desarrollar por sí mismo. El problema se desplaza así a cómo, a partir del desarrollo de esos proyectos, el movimiento popular puede ser capaz de presionar sobre la clase política y el Estado de un modo que le permita viabilizar, al mismo tiempo (pero de modo progresivo y a un ritmo que su acumulación de fuerza social le permita) su gran proyecto histórico de “cambio social”. Además, los movimientos sociales están enfrentados, actualmente a una dualidad de orientaciones, con “tiempos distintos” terminar con la dictadura (democracia en el sentido más genérico y orientación al cambio social. Ambas no coinciden son difícilmente articulables porque presentan tiempos y temas diferentes.

No cabe duda, en todo caso que el estudio y procesamiento del nuevo horizonte estratégico del movimiento popular sólo está comenzando.

¿QUÉ SE JUEGA EN LA COYUNTURA ACTUAL?

Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N° 2, Ediciones ECO, agosto de 1988, pp. 5-8

1. EL “CLIMA PLEBISCITARIO”: EXPECTATIVAS Y TEMORES.

No cabe duda que el plebiscito -a pesar de no estar convocado aún- marca fuertemente la actual coyuntura. Sin embargo, el plebiscito no es solamente el acto electoral y las consecuencias políticas que se pueden derivar desde allí sino que también un tenso “clima” político y cultural que condiciona a los movimientos sociales y a las grandes mayorías populares.

Es un clima que se va agudizando, día a día, en la medida que se acerca la fecha probable del plebiscito, y que también va cambiando, de acuerdo a las iniciativas de las fuerzas políticas (de gobierno y oposición) al cuadro de influencias internacionales y a los acontecimientos más circunstanciales de la vida social.

Uno de los ejes que constituye este clima es un horizonte complejo y difuso de expectativas, que va tomando cuerpo en sectores populares (tanto en organizacio-

nes como entre los no-organizados) Expectativas de que puede o debe “cambiar algo” que signifique un mejoramiento en la deteriorada situación económica de los sectores populares. El triunfo del NO pondría en movimiento ese proceso de cambio. Parte importante del debate político en esta fase pre plebiscito, se ha concentrado en los problemas económicos. Frente a la afirmación de la oposición sobre el alarmante número de “pobres” (incluidos indigentes y pobres, alrededor de 5 millones) los partidarios del régimen esgrimen el desarrollo y la dinámica de la economía, luego del traspíe de la crisis del 82-84. Más allá de las estadísticas, las percepciones predominantes en los sectores populares indican que la situación no ha mejorado con la “recuperación económica del modelo.”

Es evidente que una parte importante de la campaña del régimen se orienta a proyectar la imagen de que la situación de los sectores populares efectivamente ha mejorado y seguirá mejorando bajo la proyección del régimen. Sin embargo, dado el sentir popular que su situación no ha mejorado y su desconfianza instintiva hacia las coyunturas electorales, resulta difícil evaluar hasta qué punto esa campaña está produciendo efectos reales sobre la disposición de los sectores populares a votar por el SI.

El triunfo del NO apunta a que cambie la situación económica (pero también de postergación política, jurídica y cultural del pueblo. Pero esas expectativas no logran tampoco dar cuenta de “cómo” va a cambiar la situación. La oposición política no ha podido trazar un itinerario estratégico que sea plenamente convincente a los ojos del pueblo. Aún asumiendo la confianza y optimismo en que es posible derrotar electoralmente al régimen, no está claro, para los sectores populares, qué pasos siguen a este hecho.

El otro rasgo distintivo del clima plebiscitario es el incremento de la represión y de sus efectos de terror sobre los sectores populares. Esto no es un elemento nuevo. Cada vez que el régimen se ha encontrado en dificultades políticas, ha recurrido a la represión y al terror como uno de los mecanismos que mejores frutos rinde a la dictadura.

Se han multiplicado en los últimos meses las detenciones, allanamientos, amedrentamientos. Los más afectados son los estudiantes, periodistas y sectores populares poblacionales, particularmente las zonas sur y oeste.

La represión obliga necesariamente a un repliegue de la militancia política (especialmente poblacional) y debilita así su acción; difunde por otra parte, un clima de terror e inseguridad en los sectores populares. Por último, gracias al fuerte control de los medios de comunicación, el régimen proyecta un cuadro de convulsión social vinculado a las fuerzas opositoras: la oposición es la causante del caos, de situaciones incontrolables de desorden social.

El carácter “confrontacional” del plebiscito es, de esta manera, escenificado con rasgos dramáticos por el régimen, en esta escenificación preparatoria y concreta, se suceden las amenazas abiertas de mandos militares sobre las consecuencias que tendría un triunfo del “NO”.

2. LO QUE ESTA EN JUEGO EN LA COYUNTURA.

Más allá de este “clima” hay diversos procesos en desarrollo en la actual coyuntura, sobre los cuales existen distintas valoraciones y perspectivas para analizarlos.

La coyuntura actual tiene diferentes significados para los distintos actores sociales y políticos. Dentro de los sectores de gobierno se han dado distintas percepciones, así como también en los sectores de oposición. En el gobierno, durante una fase, algunos comandantes en jefe se permitieron tener interpretaciones divergentes a las del general Pinochet, antes de que su versión y estrategia se impusiera; la ruptura de Renovación Nacional también tuvo relación con este problema. En la oposición también ha habido diferencias sobre el grado de “rupturismo” que implica el triunfo del NO.

Desde el punto de vista de los movimientos sociales, el análisis hecho en este taller nos permite ver dos acentos distintos respecto de lo que está en juego en el plebiscito.

a) Una perspectiva acentúa de algún modo los límites de la eventual transición que se originaría a partir del plebiscito. Lo que está en juego en la coyuntura actual es un cambio de la institucionalidad política (Constitución) o la posibilidad de que ello ocurra en diversos grados. Sin embargo, no parece estar en cuestión un cambio económico y social sustantivo, en la medida en que no hay proyectos de cambio, ni movimiento social articulado, ni propuestas coherentes de los partidos de oposición.

En una perspectiva histórica, se pueden reconocer otras coyunturas políticas parecidas a la actual. En ellas se produjo un relevo de las elites políticas (militares o civiles) sin modificaciones sustantivas de la estructura económica y social. A pesar de ello, todas esas coyunturas llegaron a crear entusiasmos y enardecimientos políticos de gran fuerza, comprometiendo a los sectores populares.

En la coyuntura actual se desarrolla una estrategia opositora que, a partir del reconocimiento (parcial o “táctico”) de la institucionalidad e itinerario del régimen, implica una subordinación de hecho de los proyectos de largo plazo y de los movimientos sociales a la lógica electoral, una lógica electoral que, como es obvio, intenta ganar el máximo de votos, ampliando para esto el arco político hacia la derecha.

La lógica electoral no ha sido ajena al movimiento popular. Al contrario, ha sido históricamente una de sus armas de lucha; pero bajo signos diferentes. La estrategia electoral de la UP en 1970 fue acompañada de fuertes movimientos sociales, reivindicaciones y movilizaciones. Hoy aparece cancelada esta vía, porque la estrategia política - orientada a ganar al electorado potencial de centro derecha - hace que la movilización y las expresiones de fuerza popular sean contraproducentes. Por otra parte, un punto central de esta estrategia es llegar - mediante la victoria electoral - a una negociación con la FFAA. Esa negociación debe dar al adversario, ciertas “garantías” que lo inclinen a negociar hacia el cambio político, las que se verían amenazadas por una movilización popular de envergadura. (Garantías como por ejemplo, respecto al régimen de Propiedad, a la invulnerabilidad de las instituciones armadas frente a la violación de los derechos humanos, a sus estructuras jerárquicas, etc.)

Por lo tanto, la transición diseñada por la estrategia opositora, plantea una senda extremadamente estrecha, que presenta obstáculos insuperables para las aspiraciones o demandas de cambio estructural de los movimientos opositores.

b) La otra perspectiva acentúa las “potencialidades” de la coyuntura y de la transición que podría originarse en relación con los movimientos sociales. Para entender la coyuntura es preciso distinguir entre “escenario” y “fuerzas”. Lo que está primeramente en juego es la continuidad o el fin del régimen actual. Está en juego, entonces, el cambio de escenario sociopolítico: el fin de la dictadura y la transición a un escenario democrático. En ese nuevo escenario se abrirá un espacio importante para la acción de las fuerzas sociales y políticas que serán, en definitiva, quienes definirán el carácter de la transición.

No es la primera vez que se produce esta situación bajo el actual régimen. También en la coyuntura 83-86 estuvo en juego su continuidad y la posibilidad de un nuevo escenario, cuando el conflicto involucró y tensionó al conjunto de la sociedad. La diferencia más notable está en el carácter de la estrategia opositora, la que hoy busca una “ruptura institucional” mientras que en el período 83-86 la única forma de poner fin al régimen habría sido un golpe de estado o una insurrección popular.

Hoy la oposición diseña un proceso de transición en el que tienden a primar algunas condiciones supuestamente - propias de estos procesos - una de las cuales es no poner en cuestión las estructuras económicas y sociales básicas. En este punto se marca también una diferencia importante respecto a la coyuntura 83-86. El supuesto de esta estrategia institucional es que, en un escenario de transición, es más probable que “los poderes fácticos” es decir las fuerzas que mayormente inciden en el período de transición (fuerza mi-

litar fuerzas internacionales, partidos políticos, instituciones como la Iglesia) asuman una actitud proclive o tolerante al cambio, cosa que no ocurre en un escenario de confrontación.

De este modo, las opciones estratégicas actuales suponen hacer política de manera distinta bajo el primado electoral. Pero los movimientos sociales no quedan necesariamente desplazados en este escenario, sino que lo pueden aprovechar.

En este sentido, no resulta adecuado hablar de un “encandilamiento” plebiscitario de los movimientos, como producto del carácter electoral de la actual confrontación política. Lo que más bien ocurre, es un cuadro de creciente de tensionamiento social y de politización. El triunfo del NO significaría una crisis de la dictadura (análoga a las Malvinas en Argentina) que abrirá espacios a la acción de los movimientos. Más allá de esto es posible pensar que si se acentúa el carácter confrontacional del plebiscito el triunfo del NO adquiere más nítidamente el significado de rechazo global de la institucionalidad vigente. Después del NO no hay constitución ni plazos. En esas condiciones, a pesar de la debilidad orgánica y de “proyecto” de los movimientos, se podría producir una “explosión de masas”.

De esta manera, si se distingue “escenario” (con sus formas propias de hacer política) y fuerzas, se puede ver que éstas marcarán el carácter de la resolución del conflicto social. Eso dependerá, por supuesto, del grado de politización de la sociedad.

3. LA IZQUIERDA POLITICA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.

En la coyuntura actual -como consecuencia de la hegemonía del centro político en la estrategia opositora- la izquierda se encuentra en crisis. De hecho la Izquierda Unida no ha sido un actor en la coyuntura, ya que se encuentra conflictuada entre las posiciones del PC. y las del resto de los partidos. Esto ha tenido también consecuencias para los movimientos sociales.

Por esta misma razón en la coyuntura están en juego los realineamientos de la izquierda, especialmente la postura que adopte en definitiva el PC. (y el M I R) en relación al plebiscito. En el ámbito sindical ello podría tener un efecto acelerador en la constitución de una Central Unitaria antes del plebiscito. En relación con lo anterior también están en juego las condiciones de desarrollo del proyecto popular El plebiscito coloca un marco que no se puede obviar y habrá que plantearse en el futuro, cuál es el tipo de izquierda y de proyecto popular que será posible y necesario.

4. LA PROYECCION DEL RÉGIMEN Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES.

Si en el plebiscito triunfa el SI ello significaría la mantención de la crisis social y además una fuerte pérdida de credibilidad de los partidos. El triunfo del SI acarrearía un cierre de los espacios políticos y sociales por parte de un régimen militar consolidado, ahondaría también, probablemente, la distancia entre lo social (movimientos) y lo político (partidos) Los movimientos deberían probablemente “refugiarse” en sí mismos. tratando de asegurar condiciones de subsistencia en un contexto adverso.

5. COYUNTURA PLEBISCITARIA Y ACUMULACION DE FUERZA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Hay un cierto consenso para reconocer una situación de relativa debilidad de los movimientos en la coyuntura actual. Pero también hay distintas perspectivas para analizar y evaluar esta situación de debilidad.

Una de estas visiones enfatiza la falta de autonomía de los movimientos frente a los partidos. Los movimientos viven y reproducen en su interior las tensiones entre opciones partidarias y entre estrategias. El contrapunto “partidos / movimientos” no contiene elementos muy sustantivos y lo que ocurre es que ambos se ven enfrentados a dar cuenta de los problemas del país y de la diversidad de demandas. Otra mirada enfatiza en que la debilidad o desdibujamiento de los movimientos no es atribuible a los partidos, sino a las debilidades propias.

Por último, una interpretación distinta, indica que la coyuntura actual sorprende a los movimientos en una situación de debilidad (o redefiniciones) en su horizonte estratégico. En este sentido, el plebiscito constituye una suerte de paso obligado que los tensiona internamente. Al mismo tiempo, la dinámica de confrontación electoral que favorece el protagonismo de la clase política, conlleva un efecto inevitable de “encandilamiento” que tiende a desdibujar los problemas y proyectos de largo plazo de los movimientos sociales.

A pesar de las distintas valoraciones de la actual coyuntura en relación a los movimientos sociales, se comparte el problema de que ellos deben acumular fuerza bajo nuevas condiciones socio políticas. De este modo, reconociendo el carácter limitado de la transición, los movimientos deberían precisar sus demandas y reformas que comprometen cambios institucionales. Por ejemplo, el movimiento sindical debería precisar sus demandas de cambio en relación al Plan Laboral. Esto es particularmente válido para las primeras fases de la negociación que busquen abrir paso a una transición a la democracia.

Desde una postura más crítica al modelo de transición institucional, se puede indicar también que el movimiento popular requiere acumular fuerza en la actual coyuntura con el objeto de hacer pesar sus intereses más perma-

nentes y modificar aunque sea parcialmente, el carácter principalmente institucional de la transición. Ello implica reconocer sin embargo, que la movilización social sigue una lógica más apegada a los problemas económicos-sociales que a las dinámicas político institucionales.

LA PARTICIPACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL PLEBISCITO

Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N° 3
Ediciones ECO, diciembre de 1988, pp 3-17

Los movimientos sociales de base se tomaron su tiempo en entrar de manera activa en la campaña que llevó a la victoria la opción NO en el plebiscito.

La disparidad de opciones políticas para enfrentar la coyuntura, así como la débil consideración de sus demandas, influyeron en esta demora. Sin embargo, cuando los movimientos se pusieron con la campaña, esto se notó y se manifestó de diversos modos: en su propia politización, en su participación en los Comandos y las líneas de cómputos, como apoderados y también en multitudinarias manifestaciones públicas. Finalmente, aseguraron por cierto el triunfo del día 5.

Sin embargo, hay que decirlo también, los movimientos atraviesan, desde algún tiempo, por una situación de relativa debilidad, que en algunos casos les impidió participar con un perfil propio en la campaña y hacer pesar sus demandas y reivindicaciones sectoriales.

Por otra parte, a la alegría y las celebraciones que acompañaron a la victoria la ha seguido un clima de incertidumbre que ha obligado a los movimientos a recalibrar sus estrategias e insistir en sus reivindicaciones más urgentes.

MOVIMIENTO SINDICAL

Mario Alburquerque
Juan Garcés
Ariel Urrutia

Sin duda, el principal aporte del Movimiento Sindical al Plebiscito y al triunfo del NO, fue la constitución de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT. En el tiempo previo al plebiscito, el movimiento sindical tenía tres opciones: dedicarse a la tarea de la constitución de la CUT, retomar el liderazgo

de la movilización social, o entrar en la cuestión plebiscitaria propiamente tal. La prioridad fue efectivamente la constitución de la CUT, sin embargo, una vez logrado el propósito, le cuesta bastante insertarse en el escenario nacional marcado por el plebiscito. Pese a todo, el movimiento sindical no abandona totalmente sus otras tareas, aunque sí pasan ostensiblemente a segundo plano.

Así, se desarrollan varias iniciativas en el marco de la campaña. Una de las más importantes, es la constitución de un comando por el NO por algunos dirigentes del CNT. Ellos comienzan a visitar industrias, logrando despertar más que nada, inquietudes, ya que no fue un trabajo de mayor cobertura. Luego, ligado al CNT y al trabajo por constituir la CUT se organizan los Domingos Proletarios o Domingos Comunitarios, que se realizaron en la mayoría de las zonas de Santiago. La actividad consiste en la visita de dirigentes sindicales -donde participan las cabezas máximas del CNT- a diversas poblaciones de la capital, con el objetivo de hacer campaña por el NO y educación cívica. «Era la primera vez que dirigentes sindicales llegaban a conversar con la población. Eso provocaba una reacción muy sensible en ella. Ya no era el dirigente que venía a hacer discursos sino a entregar un volante... salía la dueña de casa, salían todos detrás de los dirigentes y necesariamente terminaba todo en una especie de pequeña concentración en la población».

Por otra parte, las federaciones que no estaban ligadas al comando por el NO hacían su trabajo de campaña en forma individual, especialmente, los días jueves, en las industrias. Esta fórmula tampoco arroja resultados orgánicos concretos. De todos modos, es innegable que con estas iniciativas y el clima plebiscitario mismo, se abre en las fábricas y lugares de trabajo la posibilidad cierta de hablar sobre temas políticos.

Estas dinámicas se vivieron de manera diversa en las regiones. Por ejemplo, en la zona-norte (Arica, Iquique, la zona del cobre) los dirigentes forman un comando y tienen una actitud muy decidida de hacer campaña. Ariel Urrutia destaca la labor desarrollada por los dirigentes sindicales comunistas, que asumen la campaña sólo en el mes de septiembre, lo que implica un trabajo intenso hasta el plebiscito. Se logran buenos resultados en algunas zonas como Copiapó, particularmente en localidades aisladas hasta donde había llegado sólo la propaganda oficial. Y agrega que por la premura con que se inició este trabajo, se descuidaron zonas en que se suponía ya existía una mayoritaria preferencia por el NO, como la zona del carbón. «Lota obtuvo un 70 por ciento de votos NO, pero el movimiento sindical no tuvo una participación destacada en la organización de los Comandos o Comités que apoyaron la campaña».

En resumen, se puede decir que las iniciativas sindicales en el marco de la campaña se impulsaron, en general, tardíamente, en forma desigual y con

pocos resultados orgánicos. Y como siempre desligados de las demandas propias. Aunque hay experiencias distintas (ver recuadro). Sin embargo se destacan algunos logros importantes para la dinámica tradicional del movimiento, como es el acercamiento de la dirigencia a las bases, el lograr mayor dinamismo y politización de éstas, y la identificación clara del sindicalismo con la opción NO. Esto último se constata con mayor fuerza luego del triunfo. Un testimonio consignado en una publicación sindical, lo revela: “antes existía una ignorancia muy grande adentro. Qué era lo que se votaba, qué significaba el SI y el NO. Y fue labor de algunos dirigentes más comprometidos con las bases explicarles qué significaba lo que sucedía. Después (del triunfo) lo único que se percibe es el contento de la gente. Cambió el ánimo. Ese día fue una gran dicha, cuando llegué a la fábrica, se me acercaron unos viejitos que me decían “ganaste” y me daban la mano”. (Boletín Vida Sindical N° 38, de la Confederación Unidad Sindical).

Como ya se había adelantado, la CUT tiene dificultades para insertarse nuevamente en la coyuntura, pese a llamar a los trabajadores y a toda la población a votar y manifestarse por el NO en el voto político que emana de su constitución. Pero la CUT ni crea canales orgánicos para desarrollar esta tarea, ni está en condiciones de impulsar la movilización social y política. Es indicativo de ello, que la acelerada concentración programada para fines de septiembre, no se realice. Después del plebiscito, el ánimo en el movimiento sindical no es muy distinto al del resto de los sectores populares.

También el movimiento sindical tenía muchas expectativas de cambio. “Con el triunfo del NO pensábamos que se producirían cambios, si no inmediatos, al menos en el mediano plazo. Y no se han visto”, explica Ariel Urrutia, lo que produjo una especie de reflujo. Los cambios que sí se han producido vienen del sector oficial, como el cambio del ministro Márquez de la Plata de la cartera de Trabajo. Pero no son cambios producidos por la presión del movimiento sindical. Además el movimiento sindical estaba más preparado para actuar en defensa de un triunfo no reconocido. Al seguir las cosas otro curso, todo ese contingente articulado en tomo a la CUT y su capacidad de presión desemboca en desmovilización.

Más allá del plebiscito, el movimiento sindical y la CUT enfrentan una serie de dificultades y requieren acomodar, al menos, su acción. “El movimiento sindical enfrenta un problema más o menos complicado -explica Mario Alburquerque-. Su fuerza actual se ha desarrollado fundamentalmente en torno a su capacidad de convocatoria política. Ha sido un símbolo de la convocatoria a los trabajadores o, dicho de otra manera, está “llamado a llamar” a la lucha contra el régimen, desarrollando por otra parte, un rol de negociación con los partidos y otros sectores del entorno democrático”.

Sin embargo, hoy, concuerdan los expositores, es necesario que el movimiento, y en especial la CUT se centre en los problemas de los trabajadores, en la demanda específica y que la asuma como corresponde. “El asunto es -agrega Alburquerque- cómo logra el movimiento sindical desarrollar su fuerza política de manera diferente a la anterior, porque, probablemente, el sindicalismo va a ser menos convocado a jugar un rol en la democratización”.

La debilidad del mundo sindical es patente. Para demostrarlo basta el sólo hecho que no ha sido capaz de recuperar a sus dirigentes máximos -Bustos y Martínez- que continúan relegados. Una de las posibilidades de remontar esta situación es implementando la constitución de la orgánica de la CUT en regiones y zonas. Para Urrutia es vital aprovechar los meses de verano pensando y diseñando formas de acción que permitan avanzar orgánicamente de marzo en adelante. Pese a la claridad que existe en torno a la situación de debilidad, no resulta fácil despojarse de las formas y roles heredados de los tiempos del CNT. Notable es que las discusiones en la CUT siguen centradas en si se hace o no el paro, y cuál sería su objetivo. Finalmente, como salida de consenso, en el mes de noviembre de este año, se realiza una concentración pública que resulta un rotundo fracaso.

El movimiento sindical enfrenta además a dos actores que adquieren un nuevo carácter en este tiempo post plebiscitario: los empresarios y los partidos políticos. Los empresarios están preocupados por la actitud que vaya a tomar la CUT. Requieren de precisiones acerca del significado de una huelga cívico-nacional y de los alcances que puedan tener las reivindicaciones el día de mañana.

Es claro que la concertación entre trabajadores y empresarios, tal como se está dando hoy, es producto e iniciativa de los propios empresarios. «Pero sería interesante que en esta concertación, que para mí es más bien una conversación -señala Urrutia- fuéramos nosotros los trabajadores quienes tuviéramos la sartén por el mango y no al revés”.

Por distintos motivos -que incluyen desde la relegación de Bustos y Martínez, la privatización de las empresas estatales que van quedando, la derogación del Plan Laboral, hasta la situación económica de los trabajadores- el sindicalismo debe y espera mantener un diálogo con los partidos de oposición. Ya a pocos días del Plebiscito era evidente que esta relación se tensaba. El mismo Manuel Bustos reclamaba desde Parral, la necesidad ética y política de que los partidos consideren a los movimientos sociales tanto en el diseño de sus programas como en las negociaciones y concertaciones que impulsen. Ante este panorama, la CUT se ve obligada a emplazar a los partidos para que se pronuncien sobre algunos temas. Como indica Juan Garcés: “Se demanda a los partidos, pues el sindicalismo, los trabajadores, votaron por ellos en el plebiscito porque querían cambios. Y cambios no ha habido y los partidos no

dicen nada, preocupándose de la campaña electoral, de los programas y precandidatos, mientras los trabajadores siguen en la misma».

Todo indica que la demanda sindical hacia los partidos se incrementará en el futuro, pues son ellos los que serán primero programa y después gobierno. Y la experiencia parece indicar también, que la relación sindicalismo - partidos políticos se desarrolle en el futuro no carente de tensiones y presiones.

Testimonio:

“Solos o acompañados es posible hacer cosas diferentes”

Soy dirigente sindical de una empresa del Estado que tiene más de 1.500 trabajadores. Es una empresa pública, cuyo patrón directo es un ministro y su patrón último es Pinochet. Esto produce una connotación muy especial a las demandas porque, una vez pasadas todas las instancias ministeriales, es el propio Estado el que debe responder. Es un enfrentamiento directo con el régimen.

Hoy nos enfrentamos con la privatización de la empresa. Nuestra lucha sindical se centra en una lucha por demandas económicas y la lucha contra la privatización. Con mucha sorpresa, y pese a la carencia de historial de lucha que tiene administración pública caló muy hondo esta idea de defender el patrimonio nacional. Como trabajadores, se sintieron dueños de la empresa, y no en términos individuales sino que como todos los chilenos, ellos eran dueños de la empresa. Y por lo tanto, un servicio público no puede ser vendido, no se puede transnacionalizar. Este discurso, bastante político, se asumió.

Así las cosas se hace más fácil hacer la campaña por el NO. Aunque nosotros no hacemos campaña abierta por esta opción sino hasta el último mes, cuando llamamos directamente a votar NO, resulta obvia la asociación entre nuestra lucha gremial y la lucha contra Pinochet luchar por los derechos de los trabajadores y luchar por el NO es lo mismo.

Poco antes del plebiscito, la empresa también hace campaña abierta por el SI. Algunos adujeron que su acción es la legítima pues los sindicatos hacía meses ya vienen promoviendo el NO. Nuestros cálculos son que el 80% de los trabajadores votó NO, mientras la empresa calculaba un 70%.

Durante este periodo veíamos en el comando de empresas del Estado y en la CUT, un perfil básicamente político, es decir, se daba una dinámica electoral por sobre la demanda sectorial. A diferencia de esto, evaluamos que nuestra campaña tuvo un perfil claramente sindical opositor. Nosotros nos enriellamos en la campaña levantando básicamente la demanda económica y la lucha contra la privatización. En general se logró un fortalecimiento de los

sindicatos en este periodo, se obtuvieron mejoras económicas y se estableció este perfil del que hablábamos.

Después del triunfo hubo una semana de celebraciones en las oficinas, en las casas, en todos lados de la empresa. Pero después comienza a provocarse una sensación -que parece es común a otros sectores- de derrota. De que ganamos, pero parece que Pinochet tiene razón y resulta que ganó él. Y esto provoca una cierta modorra política y social.

Nosotros logramos salir de esto cuando el gobierno comunica que no hay cambio en la Constitución y que las privatizaciones van de todas maneras y hasta el final. Ahí se inicia un proceso de discusión y movilización.

Ahí los trabajadores comienzan a mirar a los partidos: si ganamos, si los partidos ganaron ¿cómo es posible que acepten esto? En una reunión de los sindicatos de la empresa se analiza esta paradoja y nos preguntamos ¿qué es posible hacer si estamos solos y no contamos con el apoyo de los partidos? Sin duda hay cierto desencanto hacia lo político.

Es evidente que lo económico pasa a segundo plano y resulta primordial esto de las privatizaciones, la venta del patrimonio nacional y la consiguiente inestabilidad laboral de los trabajadores. De todos modos, la respuesta de los trabajadores resulta sorprendente. “Aquí nosotros nos tenemos que mover. Si no lo hacemos nosotros, no lo hace nadie. Tenemos que emplazar a los partidos, hay que denunciar a los partidos y obligarlos a que se pronuncien. Y si no lo hacen, mala suerte. ¡Somos los trabajadores los que defendemos esta cuestión, solos o acompañados!”.

Hoy día se hicieron 6 marchas en Santiago denunciando la venta de la empresa Eso nos demuestra que hoy, dentro de lo que está pasando, es posible hacer cosas diferentes.

POBLADORES

René Jofré

Margarita Fernández

Juan Carlos Aedo

Entre los pobladores, se ha señalado como un gran logro de la oposición el haber conformado una red de Comandos Comunales, utilizando la misma división administrativa del régimen para oponer a la autoridad, política, un poder distinto en la comuna.

En una mirada de conjunto, resulta difícil precisar la participación del movimiento poblacional en el plebiscito. Por ejemplo, movilizaciones sectoriales

en relación a la vivienda y la cesantía prácticamente no se realizaron. Sin embargo, un logro de la campaña fue que en la mayoría de las comunas de Santiago se sistematizaron las demandas y se crearon pliegos comunales.

Para René Jofré, lo que se hizo en la campaña fue “lo que se sabía hacer”. En este sentido, se puso al servicio de la campaña la experiencia y práctica acumulada por los pobladores en diversos planos. El trabajo cultural se expresó en los murales, en las peñas, en la alegría callejera.

Al servicio de la campaña, se puso también la capacidad de movilización. Esta, al principio, dio lugar a sentimientos encontrados, ya que pesaba la tradición de movilización tipo protesta, es decir más de punta y de enfrentamiento con la represión. Ahora se trataba de realizar un tipo de movilización más integradora y en sintonía con la campaña electoral, que fuera capaz de sumar a la mayor cantidad de gente. En la práctica, en la coyuntura estuvieron presentes las dos formas de movilización. Así por ejemplo, cuando se supo la designación del candidato único de las Fuerzas Armadas (30 de agosto) se verificó una de las mayores movilizaciones tipo protesta.

Respecto de si los pobladores actuaron con un perfil propio durante la campaña, René Jofré indica que: “se quiso dar un perfil propio, de tipo orgánico, creando Comandos de Pobladores por el NO, lo que era bien paradójico en poblaciones que son absolutamente populares... Se quiso dar un perfil orgánico y no cuajó como era dable esperar Pero, sí la campaña tuvo mucho de reivindicaciones, sobre todo con eso de que en la mayoría de las comunas de Santiago se crearon demandas y pliegos comunales”.

Entre los principales logros que obtuvo el sector poblacional durante la campaña se pueden indicar • En primer lugar la participación de la gente, más allá de los activos y politizados. La gente común se atrevió a salir a la calle, a conversar con sus vecinos, a reclamar por su situación. Esto generó un capital que requiere ser canalizado. En segundo lugar surgieron nuevos dirigentes. Entre éstos hay que destacar la reaparición de viejos dirigentes que se sintieron más encontrados con la campaña electoral y los dirigentes jóvenes, que pusieron sobre todo el componente callejero y de movilización pública.

A pesar de los logros indicados, el ánimo de la gente, a más de un mes del plebiscito, es de incertidumbre. En efecto, los Comandos Comunales y la campaña del NO adquirió una gran fuerza en muchas partes y la gente está esperando a ver qué dicen, qué orientaciones surgen de allí; pero como se sabe, la mayoría de los Comandos se han quebrado o han disminuido su accionar.

En relación a las ollas comunes y organizaciones económico - populares, en el primer semestre de 1988, se percibía un clima más bien confuso y una

escasa ligazón de estas organizaciones con los temas políticos nacionales. Según Margarita Fernández, estas organizaciones: “entraron con mucha fuerza en la dinámica plebiscitaria a partir de fines del mes de julio, donde se produce una integración masiva, un proceso de politización creciente al plantearse frente a las alternativas que están puestas en el ámbito nacional. Se ponen también una serie de expectativas si es que en el plebiscito logra el triunfo la opción NO”.

En este proceso de mayor politización, muchas Ollas ganaron en capacidad organizativa, en capacidad de movilización y en la ligazón con otros sectores de la población. No se levantan reivindicaciones propias, pero se plantean frente a las opciones políticas nacionales.

En la coyuntura post-plebiscito, aparte de la alegría y la movilización que se vive en los días inmediatos al 5 de octubre, se empieza a producir luego un clima de incertidumbre respecto del futuro. En las Ollas y Talleres se discute acerca de qué va a ocurrir con estas organizaciones luego del triunfo del NO. Existe una actitud generalizada de exigencia a la Izquierda para que se discutan en conjunto las orientaciones de futuro, así como también, acerca de los temas que las fuerzas políticas van a negociar con las Fuerzas Armadas. Por otra parte, surgen también interrogantes en relación a las formas en que las actuales organizaciones pudieran transformarse. Por ejemplo, si de las Ollas se podría transitar hacia “cocinerías populares”. Y en el caso de los talleres, sobre la posibilidad de ejercer un control más directo sobre los recursos que normalmente canalizan las ONG.

Pesan también sobre este sector y los pobladores de más escasos recursos las represalias que el régimen ha tomado con posterioridad al plebiscito. El cierre de Centros Abiertos, los despidos de trabajadores del POJH y también la represión que no desaparece en las poblaciones. Estos factores influyen en el desencanto y la incertidumbre, y existe el peligro de que se produzca una rápida descapitalización del proceso de politización que se había logrado durante la campaña.

Otro aspecto importante de la realidad organizacional de los pobladores lo constituyen los llamados “referentes”; particularmente el Comando Unitario de Pobladores (CUP).

En este nivel, la etapa previa al plebiscito se vivió muy tensionadamente. Como indica Juan Carlos Aedo “el gran conflicto se genera cuando el PC no acepta la estrategia de la inscripción ni la del No. Ese fue un proceso tremendamente conflictivo que produjo el quiebre de muchas organizaciones de base, coordinadoras, y fue, durante muchos meses “el” elemento de discusión ... Una vez solucionado el problema, ya la cosa cambia y las organizaciones de algún modo u otro, entran a tratar de incorporarse, pero careciendo de una lógica que sea exclusivamente de carácter social, porque los comandos que se

crean a nivel comunal son comandos de carácter político y exclusivamente político. Pero, de un modo u otro, durante todo el proceso plebiscitario las organizaciones se las arreglan para irse relacionando o ir realizando actividades en sus sectores en torno a la campaña del NO”.

Al evaluar en conjunto la campaña, a nivel comunal, hay sectores en que costó mucho que ésta prendiera. Tal es el caso de la Zona Oeste de Santiago: Cerro Navia, Quinta Normal, Lo Prado. En cambio, en sectores de Santiago como de provincias donde antes no ocurría nada o casi nada, la campaña adquirió un impulso extraordinario.

El problema de los referentes, así como de los dirigentes de éstos, según Juan Carlos Aedo, se reveló como un problema muy serio durante la campaña: “Creo que asistimos al ocaso de las cúpulas en el plano poblacional. Creo que ninguna de las cúpulas poblaciones fue capaz de ponerse a tono o administrar algún sector o territorio en actividades propias de la campaña. Ni el CUP ni los referentes por separado”. Esta situación obliga, hoy día, a discutir sobre el rol que puedan jugar los dirigentes y referentes poblacionales en la situación post- plebiscito.

Finalmente, respecto del estado de ánimo de la gente, en la coyuntura que sigue al plebiscito, Juan Carlos Aedo indica que se vive entre la duda y la frustración: “La gente no entiende cómo es posible que Pinochet no haya caído”. Por otra parte, se mantienen los problemas históricos que han enfrentado los pobladores: el problema de la vivienda, la salud y el hambre.

La democratización de las Juntas de Vecinos

Una orientación compartida hoy, en el campo poblacional, es la necesidad de democratizar las Juntas de Vecinos. Al respecto se han venido verificando diversas experiencias y estrategias, tanto desde los partidos políticos como desde las instituciones de apoyo y desde las propias organizaciones populares.

Para René Jofré estas diversas estrategias pueden ser caracterizadas del siguiente modo: los que actúan con “el Código en la mano” apegados a la legislación vigente; los que juegan una estrategia de copamiento y de choque: se bota a la directiva y se la gana para la oposición, dejando para después el problema de qué hacer con la directiva. Por último, están quienes buscan generar un proceso de participación vecinal para alcanzar con fuerza real el control de la directiva de la Junta de Vecinos. Esta estrategia se topa con la dificultad de que existe una escasa tradición histórica de participación en este tipo de instancia.

Para Margarita Fernández, existe una escasa vinculación entre las Ollas Comunes y el proceso de democratización de las Juntas de Vecinos. El debate está más presente en otras organizaciones poblacionales y la mayor dificultad estriba en que no se encuentra un camino de articulación entre las organizaciones y coordinadoras pre-existentes y la democratización de las Juntas de Vecinos.

Juan Carlos Aedo, finalmente indica que la democratización de las Juntas de Vecinos es un elemento muy importante de considerar para el futuro del movimiento poblacional. Entre los problemas que él reconoce está el de la forma en que los pobladores acceden a este tipo de organización:

“Yo conozco la experiencia de ollas comunes de la zona sur que, cuando se les plantea este problema de la democratización de las Juntas de Vecinos, todo el mundo lo entiende como una acción de carácter individual, no ven ellos cómo colectivamente podrían insertarse dentro de una Junta de Vecinos democratizada, y eso es realmente un tremendo problema, porque pareciera que sí uno les dice “democratice su Junta de Vecinos”, en el fondo, les está diciendo: mire, desarme su organización y métase a la Junta de Vecinos. Que una Junta de Vecinos es una cosa distinta para pelear por otra cosa”.

PROFESIONALES

Sergio Soto

Juan L Castro

En los últimos años, el Colegio Médico y el Colegio de Profesores han tenido un papel destacado en la lucha por la redemocratización del país. Durante los años 1986 y 1987 participan activamente en la Federación de Colegios Profesionales, en la denuncia del régimen sobre aspectos referidos a su profesión (situación de la enseñanza y la salud pública, política de privatización, despidos, etc.), y en la elaboración de propuestas para un futuro régimen democrático (particularmente, en la asamblea de la Civilidad en 1986).

Sin embargo, en el período previo al plebiscito, y producto de la dinámica interna de cada uno de estos Colegios, su presencia y participación en la campaña del NO tuvieron características diferentes y que, seguramente, influirán de manera importante en su desarrollo futuro.

El Colegio de Profesores enfrenta el plebiscito con una tensión adicional: qué énfasis darle a la organización, más profesional o más sindical. En efecto, recién el año 87 se produce la unificación del gremio a través de la incorporación de la AGECH al Colegio, lográndose por primera vez desde el año 73, una organización única del magisterio como lo había sido el SUTE (Sindicato

Único de Trabajadores de la Educación). La creación de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en agosto de este año, coloca este problema de énfasis diferentes con mucha fuerza. La decisión de participar como Colegio en la CUT significa que el gremio interactúa en los dos ámbitos pero con un claro énfasis en el último. Por el momento, el Colegio de Profesores continúa participando en la Federación de Colegios Profesionales, pero de manera mucho menos protagónica que hace dos años.

En la campaña plebiscitaria, el profesorado de oposición creó un comando propio, aparte pero ligado al mismo Colegio. Esto se debe a que al interior del Colegio de Profesores existe una presencia bastante fuerte de sectores adictos al régimen (cerca de un 40% de los dirigentes a lo largo del país). De no ser así la campaña, se habría generado una serie de conflictos gremiales y, eventualmente, la cancelación de la personalidad jurídica de acuerdo a las leyes políticas del régimen.

Las tareas más importantes desarrolladas por el comando de profesores por el NO fueron, en una primera etapa, un trabajo de sensibilización del profesorado, alumnos y apoderados, acerca de las demandas concretas del sector y los problemas existentes a nivel nacional y local en materia educacional.

En un segundo momento, la preocupación fundamental fue la preparación de apoderados y vocales de mesa para el acto eleccionario. Al mismo tiempo, se desarrolló una campaña para traer observadores extranjeros desde distintas organizaciones mundiales de maestros en la perspectiva de apoyar la tarea de fiscalización del proceso el día 5 de octubre.

En términos generales, puede decirse que la experiencia arroja un saldo positivo; el comando logró participar en la campaña del NO con un perfil propio colocando en todo momento las preocupaciones más sentidas por el profesorado chileno.

En otro nivel, quizás más importante, se logró ganar espacios y organizar a los profesores en varias ciudades donde antes no existía representación como oposición, y particularmente en Santiago, organizar comandos al interior de varias escuelas municipalizadas, lugares donde es muy difícil realizar un trabajo gremial debido al control existente.

En resumen, puede decirse que la participación en el plebiscito de la manera como se hizo, permitió ganar madurez política a los sectores democráticos del Colegio, evidenciándose un potencial que necesariamente deberla ser trabajado en el futuro.

El caso del Colegio Médico tiene características diferentes, tanto por su situación interna como por el rol que desempeña al interior de la Federación del

Colegios Profesionales (FCP). El Colegio Médico vivía una situación de doble impasse. Por un lado, la incómoda y paradójica situación de tener una directiva de derecha en el Regional Santiago, pese a no tener la mayoría del Consejo respectivo, lo que trasluce los tremendos problemas de la oposición para actuar unidos, y por otro lado, las eternas conversaciones entre el Colegio Médico y el Ministerio de Salud -que llevan ya 2 años- y que fuera de promesas no han dado ningún resultado concreto. Es más, esta situación no ha provocado en el gremio ninguna actitud ni movilización. (Durante el desarrollo de este taller las conversaciones Colegio-Ministerio se interrumpieron definitivamente por la falta de respuestas concretas del organismo de Gobierno).

Dado el lugar que ocupa el Colegio Médico en la FCP su presidencia, la decisión de participar en la campaña se hizo privilegiando ese espacio. La FCP creó un comando de profesionales por el NO, pero, a diferencia del comando de los profesores, éste no fue capaz de desplegar un camino propio, distinto a las dinámicas político-partidistas del momento. El comando surgió básicamente de acuerdos políticos al interior de la Federación, restando así posibilidades a la elaboración de propuestas que tuvieran relación con la especificidad de cada sector que se intentaba representar. Las discusiones en torno a la incorporación del PC a la campaña del NO, y la poca capacidad de jugar iniciativa propia, mantuvieron a este comando entrampado durante largo tiempo.

De hecho, la única actividad pública realizada, fue un acto en un teatro de Santiago muy poco tiempo antes del día 5 de octubre, que tuvo el mismo gran éxito de otras movilizaciones realizadas hacia el final de la campaña.

En todo caso, es necesario destacar que, más allá de las falencias descritas, la participación de los profesionales -en un sentido amplio- en la campaña del NO fue significativa: se asumieron tareas técnicas, básicamente a través de profesionales militantes de partidos; muchos profesionales (particularmente médicos) asumieron la presidencia de comandos comunales o provinciales por el NO; muchos profesionales asumieron las caravanas de vehículos como su modo de expresión y participación, etc.

En resumen, pese a observarse una participación masiva del sector en el período plebiscitario (en general como iniciativa personal o como militante de partido), el sector de profesionales no tuvo un perfil propio. Tampoco existió una capacidad de convocatoria que permitiera que los propios profesionales, tuvieran una dinámica ascendente, definiendo de manera más precisa lo que ellos podían aportar al conjunto de las tareas políticas del momento.

El momento actual

La situación actual de médicos y profesores, como del resto de los colegios profesionales, parece ser de bastante debilidad.

En particular la FCP desde hace bastante tiempo se encuentra inactiva y con muy poca capacidad de realizar propuestas de trabajo que movilice -aunque sea de manera parcial- al conjunto de agrupaciones profesionales existente en su interior.

Esta situación se agrava por el hecho de que al interior de la oposición existen mayores dificultades para elaborar políticas conjuntas. El caso del Colegio de Ingenieros, donde la derecha dominó la directiva en las últimas elecciones, y el Colegio Médico, donde la derecha, pese a no ser la mayoría, controla la directiva metropolitana, son muestras elocuentes de lo anterior.

Por el momento, los Colegios profesionales deberán resolver los mecanismos de rearticulación interna y elaboración de estrategias concretas para enfrentar el próximo año. Así, el Colegio de Profesores se enfrenta a la desaparición de todos los 5° años de educación técnico profesional (lo que significa la reducción del 20% del horario de los profesores en esa especialidad), la rebaja de la subvención a la educación diferencial (de 2.500 millones de pesos a 1.000 millones), la municipalización de jardines infantiles, etc. La tarea, entonces, es retomar la movilización frente a estas políticas gubernamentales, sin perder de vista la necesidad de formular un proyecto educacional para la democracia que, necesariamente, deberá ser discutido con los partidos políticos de oposición.

El año 89 parece ser entonces un año de reacomodo al nuevo escenario político, donde estos actores deberán definir sus preocupaciones más urgentes y la forma en que deberán darlas a conocer al resto del país.

DERECHOS HUMANOS

Elena Berger

Luis Solervicens

Las situación de los Derechos Humanos poco antes del plebiscito experimentó un aparente mejoramiento, tanto por la actitud adoptada por el gobierno como por la postura de la oposición.

En efecto, el gobierno adoptó un conjunto de medidas para mejorar su imagen y para responder a algunos de los requisitos pedidos por la Iglesia Católica, por organismos internacionales y también por los opositores, sin los cuales se consideraba que el plebiscito carecería de toda validez moral y política. Algunas de estas medidas fueron: el retorno de todos los exiliados, el término a los estados de excepción y, como consecuencia de ello, dejar sin efecto la disposición 24 transitoria de la Constitución, que es la que le ha permitido el gobierno adoptar sanciones en contra de sus opositores sin que éstos

pudieran ejercer recurso jurídico alguno, causa ésta, de muchas violaciones a los Derechos Humanos en el país.

Estas medidas, sin embargo, no producen una situación de irreversibilidad en la mejoría de los DD HH, desde el momento en que no cambian en lo fundamental las condiciones que permiten su violación. Se mantienen en la Constitución Política normas que permiten esta violación (por ejemplo el art. 8). Otro aspecto importante en este sentido es la mantención de los aparatos de seguridad y los centros de detención. Un tercer elemento en la situación de DD HH es la incondicionalidad de la justicia militar respecto al gobierno. Esta dependencia de la justicia militar puede prolongarse más allá del 89, respecto del Consejo de Seguridad Nacional. Por último, sigue siendo un elemento determinante de la situación, la impunidad de la que gozan hasta ahora los miembros de servicios de seguridad que violan los DDHH

Por su parte, la oposición, aunque asume el problema de los Derechos Humanos en un plano de declaraciones, aún no está claro de qué manera se va a abordar el problema en una democracia futura.

En la franja política de la opción NO, el tema fue abordado en más de una oportunidad. Sin embargo, no pasó más allá de denunciar las situaciones más graves sin plantearse la manera en que debe superarse el problema para que no vuelva a repetirse en el país.

En suma, la situación del plebiscito nos muestra que se mantienen las condiciones para la violación de los Derechos Humanos y cuya solución será un problema eminentemente político, esto es, va a estar en relación directa con la salida política o la forma en que la transición política se vaya dando. Las organizaciones de Derechos Humanos por su parte han planteado 3 criterios básicos: 1) la búsqueda de la verdad, 2) la necesidad de hacer justicia y 3) la reparación, al menos, en las situaciones más graves.

El movimiento de los DD HH vivió la etapa previa al plebiscito fuertemente tensionado y dividido. Por una parte, la división entre distintas opciones: participar en el plebiscito o abstenerse. Por otra parte la constatación de que el tema de los DD HH no es considerado seriamente por los partidos. Este hecho pesa fuertemente en el movimiento de DDHH. Por ejemplo, tanto en la declaración de febrero -cuando los partidos forman la concertación por el NO- como en la de agosto (principios básicos de la institucionalidad democrática), el problema de los DD HH aparece en un lugar muy secundario y planteado de manera general y vaga, de modo que da la impresión que se trata de un tema incómodo para los partidos.

Además, el enfoque de la campaña por el NO (la alegría ya viene) puede haber sido adecuado para movilizar mayorías poco activas o temerosas, pero a

los ojos de la gente de los DD HH y especialmente de los familiares directos de las víctimas, aparecía como no conciliable con la enorme carga de dolor soportada por años.

De este modo el movimiento de DD H participó en distintos niveles en el plebiscito: los que se abstuvieron, pero fueron observadores comprometidos y los que participaron de distintas maneras. Así, por ejemplo, instituciones de DDHH participaron en campañas cívicas y formación de apoderados. El plebiscito además brindó la oportunidad a distintas organizaciones de DDHH de entrar en interlocución más directa con partidos políticos.

Después del plebiscito se produce una situación crecientemente difícil para el movimiento de DDHH. Se reivindica el problema de los DD.HH. frente a los partidos políticos, porque ellos serán los probables gobernantes (y porque no tiene sentido hacerlo frente a la dictadura) y ello va despertando un escepticismo muy grande. Lo que era una intuición, antes del plebiscito, al parecer se está haciendo realidad, y es que los partidos van a transar en este punto. En las agrupaciones de familiares cunde el sentimiento de irse quedando solos. Por otra parte la nueva situación política exige que las demandas de justicia y reparación se definan más precisamente.

MUJERES

Adriana Muñoz

Clotilde Silva

Durante el último tiempo, el movimiento de mujeres ha estado tensado por la dificultad de articularse y la constatación de una gran diversidad en su interior. A la hora del plebiscito, las mujeres actuaron sin perfil propio y bastante diluidas en las operaciones y acciones políticas diseñadas por los partidos. Los grupos feministas intentaron articularse en torno a algunas tareas específicas para el periodo. Lo que no fructificó -a juicio de Adriana Muñoz- por el intento de hegemonizar el proceso por parte de algunos grupos feministas, y por tratar de desligarlo de la coyuntura política. Pese a este traspie, se logró levantar un listado de demandas (Demandas de las mujeres a la Democracia) que podía servir como instrumento de articulación y la posibilidad de actuar desde y con contenidos propios. Este instrumento tampoco cumplió su cometido, principalmente porque los partidos políticos rechazaron un listado que ya venía “oleado y sacramentado que les pedía solamente su firma y su apoyo”.

Así, las mujeres se quedaron en sus organizaciones populares, en sus movimientos feministas, en sus partidos políticos, demostrando la debilidad de las mujeres para actuar como un movimiento, como un cuerpo social mínimamente articulado.

Sin embargo, desde sus organizaciones se embarcaron en el plebiscito. A pesar de la inseguridad, del miedo y los temores -señala Coty Silva- sobre todo las mujeres del mundo popular desempeñaron un papel bastante destacado y de mucho esfuerzo. Venciendo una serie de dificultades; por ejemplo, cumplieron con el rol de apoderadas. Esta participación responsable fue una gran oportunidad para reafirmar el valor de la mujer popular.

El plebiscito confirmó la importancia de las mujeres como sector social. Importancia que este sector ha ido ganando a través de su lucha diaria por la sobrevivencia, sus manifestaciones callejeras, la lucha por los DDHH, etc. Y si bien existían dudas del comportamiento electoral de las mujeres, el plebiscito demostró la mayoritaria voluntad democrática del sector femenino.

Ahora, después del plebiscito, los sectores populares -y en especial las mujeres- se sienten como “castigadas”. Se han aplicado una serie de medidas, como el despido masivo de trabajadores y trabajadoras del POJH, el intento de cierre de Centros Abiertos, además de acusárselas de “malagradecidas”. Hoy se siente una baja en las actividades, “la gente pensaba que el ritmo iba a ser muy acelerado después del triunfo, que ‘íbamos a seguir en este levantamiento moral para seguir trabajando al tiro sobre otras cosas y, de repente, se diluyó todo”. A dos meses del plebiscito, las mujeres acusan recibo de una situación de cierto desamparo: el discurso que hubo antes del 5 de octubre desaparece, nadie saca la voz para denunciar estos castigos ni para ponerles atajo, “o sea, los partidos en otra, y de nuevo se produce ese divorcio eterno entre la cosa cotidiana -que es desde donde hacemos política las mujeres-, y la cosa estructural”.

Formas de hacer política y legitimidad política

No hay duda que la relación entre el movimiento de mujeres y el sistema político ha sido conflictiva. Aunque se reconoce un acercamiento, la política formal resulta muy ajena, pues el quehacer político de las mujeres está más ligado a lo concreto, a lo local. Para las representantes del sector esta forma hoy día comienza a tener sentido, aunque históricamente no lo ha tenido.

En los sectores femeninos populares este sentido de lo concreto es la forma que adquiere lo político y con dificultad se accede a otros niveles, a lo nacional. “Yo creo que esta situación deriva de lo que han marcado estos 15 años, la tarea inmediata, la cosa solidaria”, señala Coty Silva. Y agrega que, “en todo caso, resulta muy difícil concebirse como un sector o movimiento con poder social, con poder de decisión e incidencia real”.

Si bien el movimiento de mujeres reconoce que esta forma le ha dado visibilidad social al sector, no ha ganado legitimidad política. Para Adriana Mu-

ñoz, esa es la tarea de este tiempo, más aún cuando el periodo que se abre es netamente político. “Los plazos son inmediatos. Sí queremos tener incidencia en este proceso, no tenemos tiempo de ir a la construcción de un movimiento articulado en torno a un eje programático o a demandas”, señala la dirigente.

Definir una estrategia política de las mujeres hoy día en la transición es actuar en el terreno de la política misma. Para lograr esta presencia, el sector se plantea lograr una concertación nacional de mujeres en tomo a algunas operaciones muy concretas: lograr un espacio de la mujer a nivel estatal (Consejo Estatal, Ministerio de la Mujer); incorporar las demandas y propuestas de las mujeres en las bases programáticas de la transición; la incorporación de mujeres al gobierno y ministerios; y, finalmente, promover algunas figuras femeninas en las campañas y elecciones parlamentarias. Es evidente que habrá mucho que remontar para lograrlo. Aunque de hecho hay una plena incorporación de la mujer en el discurso partidario, no es una dimensión constitutiva de la democracia. Los partidos y sus militantes -incluso las mujeres militantes- tienen una concepción cultural más bien tradicional de la mujer. Dramáticamente este no es un atributo exclusivo del mundo partidario, sino también del mundo social que integra con dificultad a las mujeres y considera rupturista los movimientos feministas. La constitución del ACUSO (Acuerdo Social por el NO) no consideró a las mujeres, por ejemplo.

Para aclarar y responder a las dudas que surgen de la iniciativa de incorporarse a la tarea política, Adriana Muñoz aclara que la estrategia propuesta es múltiple. Las mujeres hemos asumido -explica- y es una ganancia, que somos concretas y que hacemos política desde ahí. Sería torpe no implementar y diseñar una estrategia de desarrollo de mujeres como dirigentes sociales a nivel local y donde existe una verdadera apropiación de ese espacio. El 90% de las dirigentes en los barrios, en las comunas son mujeres, hay una enorme participación de mujeres en lo que ha sido la movilización callejera y no es casualidad que el mundo social esté compuesto fundamentalmente por mujeres. Pueden forjarse líderes mujeres que lleguen a ser alcaldesas, como en Brasil. Estos datos señalan los alcances que puede tener una estrategia en esta línea. Sin embargo, en este nivel existen serias limitaciones. Una de las principales, señala Coty Silva, es la falta de elementos para proyectar las acciones que realizan las mujeres. “Es paradójal que, constituyendo las mujeres el mayor grupo organizado del país, no se hayan podido dar un espacio que permitiera articularlas en un movimiento, y en otro tipo de cosas, que las Ollas Comunes no tengan visibilidad de cómo asegurar el alimento básico en una situación distinta a la de dictadura, que los talleres no tengan capacidad productiva ni de autogestión”.

Pero tampoco se trata de que las mujeres desaparezcan del espacio en que se diseña la política, aceptando lo que culturalmente se les ha asignado y que

presupone una especial predisposición femenina hacia lo concreto. Para el sector, es obvio que existe la capacidad de actuar en todos los niveles de la sociedad, también en el político. Sin embargo, está presente la dificultad y riesgo que conlleva hoy actuar en el escenario político: la posibilidad de perder toda la originalidad que posee el movimiento en pos de esta integración. Actuar en política significa hoy, no renegar de la condición específica de mujer e implica asumir la heterogeneidad del mundo social de la mujer.

JOVENES

Sergio López

Antes de explicar cómo participó el movimiento juvenil en el plebiscito, es necesario determinar de qué jóvenes se está hablando. Dentro del movimiento en la zona sur (Stgo.) -explica Sergio López-, “la juventud es fundamentalmente “joven”. La gran masa que participa tiene entre 14 y 20 años; por lo tanto, es un sector que conoce muy poco de lo que significa una vida democrática, lo que es una estrategia y táctica política”, y es explicable entonces que el plebiscito no los haya motivado mayormente.

Pero, cuando se plantea el plebiscito como una forma de participación, los jóvenes se manifiestan reacios a integrarse. Fundamentalmente porque conocen una dinámica de participación diferente, más combativa, y no tienen incorporado una forma de hacer política en términos electorales. Así, en las poblaciones los adultos se incorporaron primero a la campaña y, con mayor retraso y reticencia, los jóvenes: “dentro del sector juvenil, hay mucha gente que no vota. Que puede participar en todo lo que signifique movilización, pero que en la última parte de este evento no tiene participación concreta”.

El expositor agrega que en la juventud se dio una especie de acomodo a la estrategia electoral porque “derechamente no les quedaba otra”, lo que no implica necesariamente abandonar otras vías de solución. “Yo creo que sí fuera por nosotros estaríamos en otra parada; no estaríamos transitando por un plebiscito porque creemos que es lento y no soluciona los problemas de fondo. No soluciona los problemas económicos que nosotros tenemos”.

Con todo, la participación juvenil se fue enriqueciendo en el camino a través de las algaradas, los carnavales que lograron ser muy masivos y de amplia participación. Sin embargo, al evaluar la incorporación de la juventud poblacional a la campaña hay resultados diferentes. Los comandos están satisfechos y, por el contrario en los jóvenes persiste un sentimiento de subordinación y utilización:

“Pienso que uno de los problemas que la juventud poblacional tiene es que no ha logrado generar una demanda común, y que de ahí pueda generar

una estructura representativa para todos los jóvenes. Eso ha implicado que muchas veces, esté presente y en forma mayoritaria en los grandes eventos, pero que no tenga decisión en ellos; que pese a ser protagonista, siempre sea un instrumento de los demás sectores, sea instrumento de políticas, de partidos políticos”.

En el movimiento juvenil existe la percepción que después del plebiscito se ha vuelto a lo mismo, lo que incluye también algunos grados de represión. En lo interno, aunque el plebiscito generó avances en la organización, éstos fueron más bien coyunturales y “después la demanda juvenil quedó donde siempre”. Y en un nivel más global, el que después del triunfo no haya habido cambios de fondo ni se hayan concretado algunas cosas que se planteaban, ha generado frustración e incredulidad frente a los actuales planteamientos políticos. Es más, los jóvenes no reconocen un programa único de ningún sector

El movimiento juvenil vive hoy un período de reconstrucción, el que enfrenta con escasos recursos. “Hay muy pocos sectores que invierten en la juventud, no hay educación, no tenemos espacios donde desarrollarnos. Y por eso mismo cuesta resolver problemas básicos como organización representativa, resolver programa... Necesitamos, por un lado, mayor apoyo con elementos de análisis, y por otro, que se planteen cosas más concretas. También creemos que es importante que se nos tome más en cuenta. Somos protagonistas en la realidad de la historia y somos poco escritos en la historia. Los grandes dirigentes siempre hablan de la juventud en general, pero no hablan de la juventud en particular”.

Expresiones más o expresiones menos, el movimiento juvenil refleja la necesidad de salir de su estado de subordinación actual y que sea reconocido como una fuerza viva e independiente.

CRISTIANOS

Fernando Castillo

En el cristianismo popular hay que diferenciar dos actores interrelacionados: las comunidades cristianas de sectores populares y los agentes de pastoral (sacerdotes y religiosas) que trabajan en esos sectores.

También es necesario considerar las tensiones propias que provienen del marco institucional jerárquico de la Iglesia. En el periodo coyuntural que abordamos, tiene un peso importante la reacción o contestación a la tendencia creciente de conservantismo en la Iglesia (en Santiago particularmente) y a la parálisis de la Conferencia Episcopal, por la pugna entre el obispo Carlos González (presidente de la Conferencia) y el cardenal Fresno.

Un antecedente importante de la participación en el plebiscito fue la carta de los 150 sacerdotes y religiosas en diciembre del 87. En ella descalificaban desde un punto de vista ético, la pretensión del régimen de proyectarse. Esa carta expresaba un consenso en descalificar moralmente al régimen, pero no en cuanto al camino a seguir. De hecho, este actor estaba tensionado entre quienes se inclinaban por la abstención en el plebiscito y quienes estaban por el NO. Esta tensión tuvo repercusiones en las comunidades hasta unos dos meses antes del plebiscito.

En los dos últimos meses antes del plebiscito se vive en las comunidades, al igual que en otros movimientos, una ola creciente de convicción de que hay que participar en el plebiscito y jugarse a fondo por el NO. Esto se realizó a través de distintas formas: en parte, a través de dos programas de educación cívica que ofrecían instituciones ligadas a la Iglesia; en parte también por iniciativas propias que abrían espacios a foros políticos o en programas de educación política.

Más allá de esto, se verificó un proceso de creciente politización en las comunidades, en las que se explicitó una conciencia latente de oposición a la dictadura. Una cantidad significativa de miembros de comunidades se incorporaron a partidos. En ese plano, el PPD sacó cierta ventaja porque aparecía como la vía partidaria más afín y permitía una participación más activa en la campaña y el plebiscito. De igual modo un número significativo de miembros de comunidades se desempeñaron como apoderados de mesa.

En definitiva, las comunidades cristianas tuvieron una participación más definida que los agentes de pastoral que seguían paralizados por las diferentes orientaciones que había entre ellos. Después del plebiscito, más allá de la euforia de los primeros días, se experimenta perplejidad y desencanto, ya que aparentemente no hay cambios sustantivos en la situación del país y no se sabe cómo sigue el proceso hacia adelante.

Por otra parte, se puede constatar un conjunto de demandas desde las comunidades en tres niveles. En primer lugar, la exigencia a los propios militantes de comunidades para que participen con mayor fuerza en organizaciones sociales poblaciones y en partidos políticos, como una manera concreta de incorporarse a un movimiento popular amplio.

En segundo lugar una demanda o expectativa respecto a los partidos en dos sentidos: mantener la unidad (una de las cosas que se valoró en la campaña fue la unidad de los partidos de la concertación) y también que los partidos no hagan política solo “cupular”, sino que asuman las demandas de las organizaciones sociales y abran espacios claros para la participación de ellas en la transición.

En tercer lugar una demanda a la Iglesia jerárquica para que ella no siga asumiendo posturas de equilibrio mental o de distancia respecto al momento histórico, sino que acompañe más decididamente al proceso de transición.

Un punto concreto e inmediato en este nivel es la demanda porque el canal de TV de la U. Católica se abra a espacios democráticos y sociales populares.

Por último, también las comunidades están tensionadas por el problema de la violencia. la muerte de Pablo Vergara y Aracelli Romo ha impactado profundamente a las comunidades. Se ha suscitado una solidaridad espontánea con las familias de estos dos jóvenes. Pero, por otra parte, las comunidades experimentan una creciente desconfianza ya no sólo de las informaciones oficiales, sino también de las direcciones políticas que están detrás de ese tipo de acciones armadas.

ESTUDIANTES

Jaime Andrade

Al igual que otros sectores, el movimiento estudiantil se vio fuertemente tensionado por la falta de acuerdo entre las fuerzas políticas de la oposición frente al plebiscito. Más aún, cuando es característica del movimiento estudiantil la fuerte presencia de las juventudes políticas, particularmente a nivel de sus dirigentes, con todas las tensiones que ello significa.

Si a lo anterior se le suma, las tantas veces analizada variable del escepticismo de los jóvenes frente a la utilización de los mecanismos institucionales del régimen (particularmente: la inscripción en los registros electorales), tenemos un movimiento estudiantil que se incorpora al escenario del plebiscito con cierto retraso,

Al igual que otros sectores entonces, los estudiantes no logran aportar con perfil propio a la campaña, y en la tensión entre sus propias demandas y la demanda política, evidentemente gana esta última. Y así se hacen uno más en la campaña, particularmente hacia el final de ésta, participando en su dimensión más propiamente juvenil: caravanas, desfiles, manifestaciones callejeras, etc. Esta fue la dinámica hasta el plebiscito.

Después se observa una baja inevitable luego del gran esfuerzo realizado y un cierto inmovilismo frente a un nuevo escenario que exige readecuaciones. Lo que ha quedado en evidencia después del 5 de octubre, es la capacidad del régimen de continuar imponiendo su institucionalización pese a la derrota. El movimiento ya tuvo la experiencia: aun cuando cayó Federici, las universidades viven hoy un proceso de institucionalización mucho más consolidado que el resto del país.

Actualmente los universitarios están saliendo de un preocupante periodo de elecciones. “La tónica es que la oposición (victoriosa el día 5) no logra ponerse de acuerdo casi en ninguna Federación, frente a una derecha que actúa con gran pragmatismo y homogeneidad, logrando algunos triunfos significativos: en la Universidad Católica, en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, en la Universidad Diego Portales, en la Escuela de Economía de Iquique, en fin, aumentando significativamente su votación en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción”. Los desacuerdos de la oposición radican principalmente en la dificultad de los jóvenes demócratacristianos para participar en listas que incluyan a sectores de izquierda, especialmente del PC. Esto ha redundado en diversos acuerdos (distintos para cada caso), que contemplan desde la exclusión del PC, listas separadas, hasta la auto marginación de la DC como fuerza política en los eventos electorales estudiantiles.

Así, quedan a la vista en estas elecciones no sólo los problemas políticos para llegar a acuerdos, sino también, una crisis de participación; no son pocas las directivas elegidas con el quórum mínimo, habiendo casos en que éste no se cumple, y siendo una norma la baja votación en prácticamente todas las universidades. Esto tiene que ver con los estilos de trabajo, restringido excesivamente a lo político, y por tanto, cupulares.

Por otra parte, la demanda por el fin de los Rectores Delegados, parece ser un problema no asumido por el conjunto del estudiantado, restringiéndose, como preocupación, al activo de dirigentes.

Quedan entonces muchas tareas para que los estudiantes sean nuevamente actores importantes.

Mientras tanto, hay cierta perplejidad y escepticismo. Además hay un dato estructural: es fin de año, hay que terminar el año académico. Hay que estudiar.

LA COYUNTURA POST-PLEBISCITARIA:

¿QUE PUEDEN HACER LOS MOVIMIENTOS SOCIALES POPULARES?

Taller de Análisis de Movimientos Sociales y Coyuntura N°3

Santiago, diciembre de 1988

El triunfo de la opción NO en el plebiscito abrió finalmente las compuertas de la transición institucional a la democracia.

El general Pinochet fue el gran perdedor de la jornada del 5 de octubre y brotó legítima la alegría por las sombras que con él se retiran. Sin embargo,

heredamos las “proyecciones” económicas y militaristas del actual régimen, que sin dudas limitarán sustantivamente el ejercicio de la futura democracia.

Un tiempo complejo de acomodados en que la clase política civil prepara su ingreso al Estado y los militares cuentan con un año para realizar un repliegue ordenado de sus fuerzas desde los lugares más visibles del poder.

Un tiempo peligroso para los movimientos sociales de base por cuanto ven desafiadas sus capacidades para hacer política sin renunciar a las exigencias que surgen de su propia realidad y que no tienen espacio en los estrechos senderos de la transición institucional a la democracia.

Coyuntura post-plebiscitaria:

¿QUE PUEDEN HACER LOS MOVIMIENTOS SOCIALES POPULARES?

1. Dimensiones históricas de la coyuntura post-plebiscitaria

Este es un momento peligroso

Las coyunturas que tienen una importancia “crucial” no pueden ser evaluadas a través sólo del prisma optimista de las miradas políticas, o en base al puro sentir subjetivo de las masas expectantes. Se requiere, en tales casos, de una mirada histórica o, mejor dicho, de un juicio histórico. No sólo por razones de “objetividad”, sino porque en las coyunturas cruciales, normalmente, la clase popular tiene en juego las condiciones de su existencia, si es que no su propia vida. Corresponde, pues, hacer un diagnóstico que, a la vez que verdadero, sea “social”.

Es cierto: la coyuntura política que se abrió el 5 de octubre de 1988 está tipificada por el comienzo de “otra” rotación de las élites: se retira de los altos escenarios del poder institucional la clase política militar y hace su reentrada en ellos la clase política civil. Eclipse de un gobierno dictatorial y aurora del gobierno democrático. La alegría por las sombras que se van, pero la preocupación por los nuevos problemas que ya vienen. Porque es también cierto que, si bien se nos van el General Pinochet, su escalón militar y su (obsecuente) séquito de civiles, lo que no se nos va es la tenebrosa mole del Estado Librecambista y Militarizado que dejan detrás de ellos. Lo que ellos han llamado las Proyecciones.

Y es por todo esto que, como lo dijo un joven poblador asistente al Taller•

“...este momento es, de una forma u otra, peligroso. Porque es ahora cuando se resuelve o no se resuelve una táctica buena o mala, viable o no viable, implicando un cierto juicio de las grandes masas hacia los partidos políticos”.

Bajo el pesado escenario donde se representa la rotación de las élites en el poder la coyuntura está también tipificada por la necesidad, cada vez más compulsiva, del movimiento popular de definirse políticamente, ya no tanto contra Pinochet, sino contra las “Proyecciones”, de su régimen. Pues esas “proyecciones dictatoriales”, están inundando -siguiendo el cauce relativamente ancho de la transición “Institucional, a la democracia- todo el cuerpo legalizado de la futura democracia. Así infectada, la futura democracia podría, eventualmente, convertirse en una aparentemente legítima matriz política que amparase la reproducción de los gérmenes dictatoriales que se están hoy proyectando al interior de ella. Estamos en el principio, no sólo del esperado régimen democrático, sino también de sus más graves enfermedades. El momento es, pues, crítico y peligroso.

La espectacularidad de la “rotación de élites” que se está representando hoy sobre los escenarios políticos y a la vista del pueblo, tiende a capturar la atención y la imaginación, distrayendo la mente de los cruciales problemas políticos “de fondo” que se tensan bajo los escenarios. “Lo político” tiende a ser definido, así, restrictivamente, por lo que ocurre en la superficie, no por lo que ocurre en el fondo. El enroque entre las élites dirigentes llega a ser más determinante en la caracterización de la “transición” que la democratización efectiva del Estado que el General Pinochet lega a Chile. De este modo tenemos que la “diplomacia del enroque” ha sido la tónica política dominante en la coyuntura que se abrió el 5 de octubre. En los hechos, esa diplomacia ha consistido, de parte de los militares, en ejercitar un repliegue ordenado de sus hombres, desde las trincheras estatales más a la vista, hacia aquellas situadas “entre bambalinas”. De parte de los políticos civiles, en cambio, esa diplomacia ha consistido, sobre todo, en seguir con candidez el itinerario “transicional” programado por la Constitución (fraudulenta) de 1980. La ejecución de esos movimientos cruzados (los militares retirándose desde su derrota del 5/10/88, los civiles avanzando hacia su victoria previsible y su consagración gubernamental de 1989-90) no ha producido otro resultado histórico neto, hasta ahora, que abrir cauce a la proyección de los gérmenes dictatoriales hacia el interior del cuerpo de la futura democracia. De este modo, el tiempo se hace lento, y la coyuntura se alarga. Pues, cuando hay un simple cambio en los equipos, el “juego” se detiene.

Desde el día del plebiscito, la clase política civil chilena se ha concentrado en el juego de consolidarse a sí misma como “clase política”. Es decir re-organizándose en conformidad al “sistema político” fijado por las normas constitucionales de 1980. A ese efecto, ha ocupado su tiempo en realizar movimientos “de adaptación” formal al rayado de la cancha. Así, por ejemplo, ha organizado reglamentariamente sus “partidos”. Los partidos formalmente

establecidos inician conversaciones que, en el fondo, son más electorales que programáticos, pues se trata de llegar “reglamentariamente” a ocupar sillones en el Ejecutivo y el Legislativo de la democracia futura. Se abre una dialéctica parlamentaria para que las fracciones y tendencias de cada partido expresen su fuerza, su mini-proyección y expongan sus candidatos. Se ofrecen y se demandan “consensos” y “compromisos” (con cuenta pasada al futuro gobierno) a todos los sectores con fuerza electoral o/y de presión directa. Todos estos preparativos de adaptación consumen su tiempo. No sólo el tiempo formal y de reglamento (un año, según el calendario constitucional), sino también -lo que es más grave- el tiempo histórico de todos.

La coyuntura post-plebiscitaria consta, por lo tanto, de un primer año de tiempo histórico que estará tomado y consumido por la pax diplomática del enroque (legal) de las élites. Es y será un tiempo político de superficie. De escenarios, formal, legal, parlamentarista y cupular.

Pero eso no sería todo. El carácter asumido por la coyuntura presente tiene su propia proyección e inercia que, a su vez, tomará “su” propio tiempo. Pues, pasado el año de preparativos electorales (y de “adaptación” a la Constitución) vendrá el año o año y medio de preparativos de gobierno, que involucrará una incómoda adaptación a los aparatos y maquinarias del Estado “democrático” legado por el General Pinochet. La clase política civil deberá instalarse en casa ajena, prácticamente arrendada. El flamante grupo gubernamental, deberá hacerlo en el Barrio Cívico de Santiago y los elencos parlamentarios, en el Barrio Almendral de Valparaíso. Habrá que explorar y conocer los resortes públicos y secretos del poder heredado. Deberán nominarse los altos funcionarios, llenar los cargos medios y resistir la avalancha clientelística sobre los bajos. Al mismo tiempo, re-calificando a los funcionarios “viejos”. Será preciso tantear las nuevas políticas, para ver cómo funcionan las máquinas estatales y cómo reacciona la opinión pública civil y uniformada. La clase política civil demandará todavía otro año o año y medio para hallarse a sí misma en el Estado, y la masa ciudadana, comprensiva (así fue en el pasado, durante los primeros años de los gobiernos democráticos), le dará ese tiempo. Tiempo adicional, todavía de adaptación. Tiempo que se restará también del tiempo histórico de todos, sobre todo del tiempo popular.

La coyuntura política post-plebiscitaria tiende a ser pues, una coyuntura larga, de dos años o más, que estará dominada, primero, por una pax diplomática de rotación de élites, y luego por una pax diplomática de comprensión nacional no sólo frente a los problemas de la adaptación, sino al que representará la permanente amenaza de los militares. Esto significa que, muy probablemente, el tiempo político de los escenarios nacionales monopolizará la mayor parte del tiempo histórico disponible (es decir, de las energías intelectuales

y sociales volcadas a la acción) para que las bases populares resuelvan, en tiempo oportuno (no demasiado tarde) una “táctica buena y viable” frente a la proyección de los gérmenes dictatoriales al interior del futuro cuerpo democrático. Infección que ha demostrado ser hasta ahora, imparable, y que afectará de lleno, no a otra cosa que a las futuras condiciones de vida de la clase popular.

2. La situación real de la clase política civil democrática

“Va a haber un juicio histórico, tarde o temprano”.

Durante la fase más represiva del régimen dictatorial (1973-1983), la militancia partidaria no tuvo más alternativa que sumergirse y “abrirse arena para hacer política al interior de los movimientos sociales”. Pero cuando esos movimientos aprendieron a imponer sus espacios internos como escenarios políticos públicos (desde 1983), entonces la militancia partidaria tendió a abandonar la intimidad “comunitaria” de los movimientos para proyectarse más sobre los amplios planos de las problemáticas “nacionales”. Sobre ese nuevo plano, a través de “poderes de convocatoria” y “funciones nacionales de liderazgo”, emergió de nuevo el clásico perfil de la clase política de estirpe democrática. Y fue entonces cuando esa clase comenzó a mirar la “transición” con ojos relativamente constitucionalistas. De la Constitución de 1980, aunque tal vez pensando en la de 1925.

Así, cuando adivino la coyuntura del plebiscito, la clase política civil estaba ya ideológicamente preparada para darle una bienvenida. No ocurría lo mismo en las bases populares. Demostrándose comprensiva (una vez más) con su hija pródiga, la clase popular votó masivamente por la alternativa NO, dando así un victorioso respaldo a los que aparecían como sus “representantes” en el escenario mismo de la “transición”. Con esa comprensiva ayuda, la clase política civil fue catapultada hasta la órbita gubernamental y parlamentaria definida por la Constitución (militar) de 1980.

Así, se puede deducir que la reorganización de la clase política civil ha dibujado, hasta ahora, dos etapas claras: una primera, en que el proceso de reorganización se apoyó directamente en el movimiento social popular, y una segunda, en que el proceso ha tendido a apoyarse en el articulado constitucional establecido por el régimen militar saliente. El paso de una etapa a otra ha significado un cambio en los tiempos (se pasó de las urgencias del tiempo histórico de los movimientos sociales al calendario fijo del tiempo constitucional), y un cambio en la racionalidad política (se pasó de los problemas de fondo y de plazo indeterminado, a las temáticas de escenario público, de plazo fijo). Tales cambios están transformado a “los dirigentes” que luego de

ejercer un liderazgo directo en el seno de las bases, tienden ahora a erigirse en autoridades de Estado, mediatizadas de las bases por un grueso colchón legal e institucional. Tras esa mutación de sus dirigentes máximos, los partidos se han acomodado también, en conformidad. Todo eso ha empujado "a los movimientos sociales -como dijo un dirigente profesional asistente al Taller- a ocupar tal vez su rol antiguo, original (de los tiempos anteriores a 1973)".

Con todo, esa transformación de la clase política civil (de liderazgo directo en autoridad indirecta) es un proceso que no se ha realizado por completo (pese a que los movimientos sociales de base ya han sido conminados a ocupar sus expectantes roles antiguos). Pues los dirigentes democráticos no están aún dentro del Estado. No son una real y efectiva autoridad estatal, por mucho que la parezcan. Y no estarán en plena posesión del Estado hasta, cuando menos, dos años más. Eso los deja en una situación transicional, casi en tierra de nadie, pues, de un lado, están constitucionalmente inhabilitados para conducir o liderar la tendencia popular a transgredir las "Proyecciones" y democratizar efectivamente el Estado legado por Pinochet (podrían ser acusados de rupturistas o caer bajo el Artículo 8° quedando fuera de la carrera de "consolidación"); y de otro lado, no siendo aún "autoridad", no pueden todavía resolver las demandas y reivindicaciones populares desde el Estado, consolidando por ese cambio el "rol antiguo" del movimiento popular. En esa posición transicional, la clase política civil no está en condiciones de ejercer ningún rol histórico efectivo para nadie, excepto para ella misma. Su rol histórico para los demás, o sea, para el pueblo, está reducido a una actividad relativamente formal, casi inocua: celebrar "compromisos" (a cumplir en la época de la democracia) y buscar y ofrecer "consensos" (de acceso electoral al Estado). Así lo dijo uno de los asistentes al Taller:

"...los partidos, en esta fase, y sobre todo en esa fase, están en condiciones de hacer compromiso, que a lo mejor va a costar cumplir después, pero por lo menos es algo que, al enfrentar esta coyuntura de manera positiva, cabe hacer".

La minimización de su rol histórico ha debilitado la clase política civil en, un doble sentido: como Oposición efectiva frente a la dictadura que se va, y como Liderazgo Popular frente a las Proyecciones que se vienen encima. Tal minimización ha generado incertidumbre táctica y estratégica en las bases populares, al paso que ha abierto la posibilidad creciente de un "juicio histórico" de esas bases sobre sus "representantes políticos". Aunque nadie quiere cavar un abismo entre "lo social" y "lo político", lo cierto es que la distancia entre lo uno y lo otro parece haber aumentado, paradójicamente, luego del triunfo en el plebiscito. Esa distancia la perciben -y la proyectan- los militantes de partidos que realizan un comprometido trabajo social en las bases, como también tra-

bajadores sociales que mantienen activas lealtades partidarias. La situación se encarna en ellos como un desdoblamiento de lealtades. La dualización de los discursos lleva a algunos, en ciertas situaciones, a temer que las implicancias de su discurso “social” sean conocidas y criticadas por sus correligionarios políticos, o, a la inversa, que su discurso político-partidario sea rechazado en su comunidad “social” de base. Como señaló una de las compañeras asistentes al Taller.

“Hoy, en el movimiento popular de base se vive una etapa de desconcierto, porque de alguna manera, durante el plebiscito, se construyeron lealtades políticas con quienes dirigieron la campaña del NO, los mismos que después imprimieron al proceso un sello predominantemente electoralista. Hoy día esas lealtades políticas yo siento que están en un momento de revisión”.

El dirigente de profesionales, por su lado, acotó que:

“Los movimientos sociales han dejado el paso a los partidos políticos en lo que es la especialización de lo político. Se asume que hay un terreno específico de los partidos políticos, que es ése. Sin embargo, se da hoy una situación en que los movimientos sociales no se comprometen directamente con la forma y dirección con que asumen los partidos su rol’.

Para un dirigente gremial que tiene militancia partidaria la situación es aún más dramática:

“Yo tengo un partido político. Tengo una militancia, pero me preocupa lo que piensa la gente de abajo. Yo veo a la Izquierda no con un discurso sino con varios. Por un lado vemos a la IU, por otro al PAIS; por un lado vemos -por ejemplo- al MAPU saliéndose de la IU y yéndose al PPD, pero conservando los huevos en la IU, etc. Entonces uno no entiende nada: dejan huevos en todas partes”.

Un representante de la juventud de población resumió la situación así:

“Los partidos políticos están llamados necesariamente, por una ley moral, a defender los intereses de la gente, y si no es así va a haber un juicio histórico, tarde o temprano. Y ahí se va a ver quién es quién en esto”.

Es indudable que la consolidación “estatal” de la clase política civil está deteriorando la consolidación de su “liderazgo orgánico” sobre las bases sociales. Y es claro que este deterioro no podrá ser detenido con nuevos “compromisos” y “consensos” ni con un “discurso social para bases” rápidamente armado a medio camino de la carrera electoral; ni siquiera con una agenda de reformas constitucionales cuya realización dependa (en esta coyuntura) de la voluntad negociadora y pro-civilista del General Pinochet. Aún con la

máxima buena voluntad del mundo, la clase política civil no podrá mejorar su rendimiento histórico neto en esta etapa. Y esto tiene una cierta gravedad, pues de ese rendimiento neto depende su capacidad de servir a los proyectos históricos de fondo del movimiento popular único modo de liderar este movimiento orgánica y eficientemente.

Sacar a Pinochet del sillón presidencial e instalar allí un político civil, no es la única tarea “específicamente política” que los dirigentes de partido tienen que acometer en este período. Hay otras tareas de “gran política” que, no por soterradas son menos importantes. Y acaso sean las únicas importantes para el pueblo. De aquí que, desde las grandes alturas del proyecto histórico popular penda hoy sobre la clase política civil, como una espada de Damocles, la amenaza de un profundo juicio histórico, de carácter estratégico.

3. El General Pinochet y la clase política militar en retirada.

Los acordes de un gran finale

Que duda cabe en octubre de 1988, el General Pinochet experimentó a manos de la ciudadanía una gran derrota electoral, equivalente a una magnitud de once puntos porcentuales (no todo lo grande que merecía la más grandísima dictadura que ha tenido el “democrático” Chile en toda su historia). Esa derrota lo dejó atrapado en su propia trampa: el itinerario de la “transición a la democracia” que su propia Constitución dejó establecido. Estando obligado a ser consecuente consigo mismo, ha tenido que comandar un ordenado repliegue militar al compás (marcial, pero históricamente casi elegante) marcado por los artículos constitucionales. Con sabiduría, previendo un final de este tipo, se autoconcedió -siempre sin salirse del ritmo constitucional- un año de gracia casi una varita mágica, pues, durante ese año (que llena la primera parte de la coyuntura en que nosotros estamos también atrapados), puede y está pudiendo dirigir su propio gran finale. Lo notable de este final es que no tiene por objeto magnificar la efigie misma de Pinochet hasta alturas wagnerianas (lo cual ha generado una desesperación casi operática de su coro de civiles incondicionales), sino, más que eso, afinar los últimos detalles interiores y exteriores de su magna obra: la mini• fortaleza estatal de la democracia post-pinochetista, y la gigantesca “mano invisible” de la economía social de mercado.

¿Alguna duda? El país entero lo está presenciando: Pinochet se mueve en sordina, por los bordes, como un trueno lejano. Pero aquí las privatizaciones llueven a cántaros: ENAP, ENAMI, LAN, EMOS, los canales de Televisión, el Parque Metropolitano (Zoológico incluido), los ferrocarriles del sur etc., mientras se promulga una ley específica para el Banco Central, que por largos años

dejará el manejo del grueso de la economía nacional fuera del alcance de las manos estatales. Por todos lados se ultiman a golpes los restos del Estado Docente y de la educación con sentido social. Se ajusta la justicia militar Se le baja el perfil a los crímenes y escándalos sub-estatales y se preparan leyes adicionales de amnistía para las más recientes hornadas de torturadores. Todo ello mientras se subentiende que el pueblo está todavía engolosinado con la victoria plebiscitaria (“¡Y ya cayó!”), que los -señores políticos” se están disputando los caramelos electorales, y que el resto del mundo mira complacido el nuevo rumbo del proceso chileno (que ratifica las tradiciones democráticas de Occidente).

En honor a la verdad histórica, concedamos el punto: para una Dictadura, ése es un gran finale. Pinochet está cayendo, pero exactamente ¡sobre los políticos, la democracia civil y el proyecto popular!

Insistamos: es un gran finale: después de haber aplastado y reprimido por años a sus enemigos sociales y civiles, ahora está jugando con su ingenuidad civilista y democrática. Ingenuidad que es, en el fondo, ingenuidad histórica. La absurda pugna que atraviesa como espina el centro del más grande Partido de Centro, es un dramático ejemplo de ello.

Están, pues afinando detalles. De un lado, en su mini-fortaleza estatal, asegurando su “indestructibilidad relativa” frente a cualquier embestida democrática de tipo neo-allendista. Extremando su reducción al mínimo posible, a objeto de que la clase política civil herede un Estado despojado de casi todos sus brazos burocráticos de todo tipo y sus piernas “desarrollistas” pues ese Estado tendrá que ser lo más similar posible al más perfecto Estado que jamás soñara Adam Smith, o el Fondo Monetario Internacional. Y por último, asegurando su rango de “fortaleza” represiva; pues, aunque debilitado en su poder económico y en su vocación social, ese mini-Estado mantendrá una alta y eficiente capacidad represiva (que no controlará la clase política civil, téngase por seguro), muy por encima de los promedios del viejo Chile democrático. Sobre todo por el entrenamiento, instrumental y amoralidad adquiridos por los encargados de eso. De otro lado, afinando la indestructibilidad legal de su macro-economía de mercado, sus niveles de eficiencia que ya son altos) y su expansión (que se ha autosostenido).

Aparentemente, las dos grandes “proyecciones” están afinadas. Señores: Pinochet ya puede irse.

4. El desgarramiento del tiempo histórico.

No cabe duda que el tiempo político sobre cuya línea avanza la transición (estatal) a la democracia civil, es el mismo tiempo político sobre el cual retrocede la barca (en retirada) del General Pinochet, y ataca el acorazado de

sus “proyecciones”. Es decir el tiempo político trazado por la inercia y estela histórica de la más grande dictadura (y la más consistente) que jamás haya tenido Chile.

El tiempo social, en cambio, es un trazo que depende de dónde esté y cómo se mueva la clase popular.

Lo dijo un dirigente sindical, en el Taller:

“Desde la CUT desde el Comando de Sindicatos del Estado y desde nuestra Empresa, hemos recorrido a Patricio Aylwin, y después a Onofre Jarpa, y después a Lagos, y después a Maira. Hemos estado en esa ronda, y en todos lados ha sido lo mismo: ¡Puchas, cabros, ustedes son super patriotas, sigan dándole! Y a lo más nos ofrecen de que en el futuro gobierno democrático habrá una ley de expropiación. Pero nosotros les decimos: ¡No, ahora! ¡Esta cosa se está privatizando ahora! ¡Es ahora cuando se está jugando el futuro Estado! ... El movimiento popular en los hechos, en relación a demandas como esa y a sus propias demandas, se está enfrentando solo, mucho más solo que antes, a la dictadura”.

La dictadura ha concluido por desgarrar el tiempo histórico: por arriba atrapó, en el largo y lento plazo de sus “proyecciones” el quehacer y la racionalidad de los “señores políticos” por abajo comprimió, en las urgencias apremiantes del tiempo corto (y al ritmo acelerado de su gran finale), las vastas inquietudes del movimiento social popular. Al desgarrar el tiempo de la historia, creó una Torre de Babel en la oposición. Obstaculizó el entendimiento vertical de sus adversarios. Rompió la necesaria correspondencia histórica entre la “transición a la democracia” y el proyecto estratégico del movimiento popular. Ha trabado así las lenguas y la práctica del discurso estratégico de sus enemigos. El desgarramiento del tiempo histórico es una situación peligrosa. Un desfase que conspira en contra de la marcha del movimiento popular. Es necesario saltar ese abismo.

5. A la construcción de una “política popular” desde las bases.

Entre 1973 y 1983 las bases populares hicieron política, fundamentalmente, resistiendo a la represión, luchando por sus mínimos derechos humanos. Entre 1983 y 1986 las bases populares hicieron política, fundamentalmente, luchando en las calles para precipitar la caída de Pinochet y para abrir espacios públicos de política civil. Eso significaba, todavía, “resistir a la represión”. Entre 1987 y 1988, aceptando las propuestas de la renaciente clase política civil, las bases populares hicieron -recordémoslo: a regañadientes- política electoral; para hacer lo cual no tuvieron que enfrentarse a la represión. Después del triunfo plebiscitario no ha sido necesario enfrentarse a los aparatos

represivos, porque el General Pinochet está más preocupado de consumir su gran finale que de reprimir a oponentes que han concluido por acatar sus leyes y transiciones. Así, en esta coyuntura no existe compulsión aparente para que el pueblo salga enardecido a las calles a combatir la represión y la dictadura. Porque lo que marca el período ya no es tanto la represión (pese al exterminio que se está haciendo de ciertos grupos) como la “proyección”.

¿Cómo, entonces, se hace política popular -o sea, desde los movimientos sociales de base- en esta (larga) coyuntura?

En primer lugar, aceptando la Idea que se puede y es necesario que se haga y desarrolle una política popular, desde “lo social”. Eso significa poner en movimiento una política de bases más compleja -en realidad, más “política”- que el mero enfrentamiento a los aparatos represivos y la simple campaña electoral (con sus comités, comandos y concentraciones). Significa pasar a una fase superior basada en la idea de que se puede y se debe articular “lo social” y “lo político” conforme una fórmula popular (¿por qué esa articulación siempre tiene que hacerse según las formas y condiciones impuestas por los partidos políticos y/o por sus dirigentes?). Con tanta mayor razón en “esta” coyuntura, en que no es el pueblo el que está entrampado en callejones con pocas salidas, sino, más bien, la clase política civil, que está en trámite (precario) de consolidación. Toda la situación sugiere categóricamente que las bases populares deben asumir de hecho su soberanía política de derecho, a efectos de desarrollar.

- a) su propia política constituyente e Institucional;
- b) sus propios programas locales de construcción de poder, y
- c) su propia manera de ser eficiente en la resolución práctica de sus problemas.

El “tiempo social” necesita marcarle el rumbo y el compás al “tiempo político”, y debe intentarlo, si es que no se quiere repetir la “larga espera, del período 1932-73, que finalmente fue infructuosa. Pues no se trata tanto, ya, de resistir a la represión o de repetir los triunfos electorales, como de salirle al paso a las “proyecciones” con un proyecto y una estrategia adaptada eficientemente a la nueva situación que se está viviendo. Que no es ni puede ser igual a la de 1932-73.

En esto, y pese a ciertas dudas imputables todas al peso de viejas tradiciones “militantes”, la gran mayoría de los asistentes al Taller estuvieron de acuerdo. Dijo, por ejemplo, un dirigente gremial:

“Creo que los movimientos sociales deben ser capaces de ir generando expresión y espacio político propios. Es absurdo concebir que los partidos po-

líticos deben ser omnímodos para resolver todos los problemas. Es nocivo para los movimientos sociales que se dé una situación como ésta en este período. Creo que, más que mediatizar las demandas a través de los partidos, debe irse ganando expresión y voz propia de parte de los movimientos sociales”.

Por su lado, el joven poblador acotó:

“Los partidos políticos derechamente no están en la parada. Pero si los partidos políticos no se plantean, las bases populares, por necesidad, tendrán que generar sus propias organizaciones para luchar por sus demandas... En este minuto es como importante que estén medio paradas las movilizaciones, porque esto ayuda a reflexionar el problema y madurarlo políticamente. Así se puede proyectar mejor el futuro de la estructura social y, a lo mejor el de las futuras movilizaciones”.

Una de las compañeras asistentes, precisó:

“A mí me interesa que el movimiento popular acumule fuerza, de manera que pueda construir una nueva sociedad a partir de sí mismo. El sello de esta etapa va a depender del protagonismo político propio que alcance el movimiento popular”.

La segunda forma de hacer política popular es modificando el estilo tradicional de “hacer política” (parlamentarista). Articular lo social y lo político según una fórmula intrínsecamente popular presupone, en gran medida, enmendarle el comportamiento histórico a dirigentes y partidos por igual. Nos guste o no. Vaya o no contra los “principios”, o las “tradiciones”. El asunto es ver si esa enmienda es no, hoy, políticamente necesaria para la proyección histórica del movimiento popular chileno. Pues la política popular tiene menos que ver con cuestiones de principios y más con procedimientos prácticos para poner concretamente los pies en la tierra.

“Hay un estilo de hacer política que ha pecado de sobreideologización. Muchas veces uno mismo, los dirigentes, utilizamos un lenguaje complicado, que asusta y que hace difícil lograr el acceso a la masa... Hemos visto que las convocatorias se hacen desde grandes referentes y que no llegan a las bases. O bien que las bases sobrepasan a las dirigencias en el marco de las movilizaciones”.

A eso, un trabajador social de población agregó que:

“No se puede actuar más con demagogia. Los dirigentes no pueden seguir actuando sin conocer a fondo la realidad de los problemas. La política del pliego global de peticiones no sirve. A nivel territorial de poblaciones, ya no nos sirve. Las cosas, ahora son un poquito distintas”.

“Tenemos que superar la etapa de pura denuncia -dijo un dirigente estudiantil-; uno denuncia los problemas, y como este país está lleno de proble-

mas, podemos estar eternamente en la misma tarea. Tenemos que ser más propositivos, y más concretos en nuestras propuestas. Eso significa un cambio de estilo en el trabajo y en el tipo de discurso, donde la ideología tiene que, no digo desaparecer pero si adquirir una expresión distinta a la de hoy”.

Es indudable que lo que es necesario enmendar en el estilo tradicional de hacer política es algo más que el problema de la “sobreideologización” y del lenguaje o discurso. Ser más concreto en lo propositivo no puede consistir sólo en mejorar las actitudes populistas de los dirigentes “nacionales” y militantes medios, sino en algo más sustancial a la política misma. Pues tiene que ver con el desplazamiento del centro de gravedad de la política desde el Congreso (en Valparaíso) y el Ejecutivo (en la capital) a las organizaciones que pueblan por doquier el territorio popular. Se trata de tomar políticamente en serio esas organizaciones y ese territorio. No por cierto para cooptarlas y engancharlas para el partido político propio o para la próxima campaña electoral, porque eso sería politizarlas de un modo que las vaciaría de su contenido propio, específicamente popular. De lo que se trata es, por lo contrario, respetar y desarrollar su especificidad (económica, cultural, recreativa, poder local, etc.) en la dirección del poder propiamente popular. Y lo mismo vale para las organizaciones gremiales de todo tipo.

Pero, ¿cómo se consigue eso? Sólo hay un camino aparente: que las organizaciones de base defiendan irrenunciablemente su soberanía política. Que hagan la “política popular” que les dicte, exactamente, sus intereses y su realidad. Que construyan y desarrollen su proyecto local y global, perfeccionando la racionalidad que lo articula y la eficiencia en su forma de implementación. Hay que ser buenos empresarios de los proyectos propios. Y hay que traducir todo eso en una política constituyente, de Estado, de institucionalidad. Ningún político puede “bajar” a dictar cómo se hace eso, porque eso lo enseña la realidad propia y la práctica propia. Si un político “baja”, no será para dictar nada sino para aprender e informarse de las determinaciones que el pueblo haya desarrollado en el terreno y haya acordado con hechos. Es así y no de otro modo como se reteje el necesario e indispensable vínculo entre lo social (popular) y lo político (nacional), a fin de que no sea una pura “metáfora” demagógica, como ha solido mostrar la historia.

Apoyar al (entrampado) movimiento político “nacional” no significa aceptar incondicionalmente las fórmulas, tradiciones y decisiones que los dirigentes suelen de hecho imponer a título de que conocen más a lo nacional, y que son portavoces del “interés nacional”. Esa fórmula ingenua y clientelística de resolver las relaciones entre lo social y lo político es una fórmula obsoleta, que se demostró ineficiente para los intereses populares. Apoyar a los dirigentes políticos en el Estado, y sobre todo a los con representación popular

significa, con mucho, crear y desarrollar una real y efectiva “política popular”. Un eficiente poder popular de base. Lo dijo el joven poblador:

“Hay todo un proyecto por delante, que debe ser concretizado. Un proyecto político, y este proyecto político tiene que ser viable, y va a ser viable en la medida en que las masas lo asuman. Si no es asumido de verdad por las masas populares, no va a ser viable”.

La perspectiva, con todo, no es clara. Ni el camino parece tan fácilmente transitable. Al menos, visto desde esta coyuntura. Las tradiciones cuelgan sus fantasmas por todos lados. Los problemas de arrastre, también. De un lado, es preciso continuar apoyando la difícil marcha institucional en que se han encajonado los políticos civiles para llegar hasta el Estado. De otro, hay que saber calibrar las demandas, a quién dirigirlas, dónde proyectarlas, cómo lograr su efectiva satisfacción (no su tramitación). Pues hay que diferenciar las demandas que se dirigen “contra” la dictadura saliente, las que se dirigen contra las “proyecciones”, las que recaen sobre la clase política civil entrante, las que se dirigirán al futuro Estado “democrático” y por sobre todo, las que se dirigen al mismo movimiento popular de base. Pues es preciso entender que, para ser un real protagonista de la historia (de una historia de liberación y construcción de una nueva sociedad), es preciso dirigir el grueso de las demandas contra sí mismo. Nunca ha sido históricamente fértil mesarse los cabellos frente al Estado enemigo o reclamar contra las Murallas de los Lamentos que esos Estados levantan en sus pórticos para disolver en sal las más feroces olas de la historia.

Hay que saber “dirigir” las demandas. Como dijo la compañera de Derechos Humanos:

“El acento va a estar en reivindicar el problema frente a los probables gobernantes. Y aquí yo diría con dos distinciones. Frente a la Izquierda lo vamos a hacer de una manera, y frente a los más probables gobernantes, de otra... Yo creo que también hay otra tarea, y es frente al resto de los movimientos sociales... “.

Hay así un problema de “políticas reivindicativas” que resolver. Pero también hay, ligado a ese, otro: el de elegir a qué nivel se va a operar en cada caso. Pues no se trata de remitir todo, rápidamente, a los dirigentes, para que los dirigentes a las federaciones, y las federaciones a las confederaciones, y las confederaciones a los partidos, para que los partidos al Estado... como antes. Los niveles de acción tienen, hoy que independizarse, según lo exija la situación concreta y la lógica local. No todo tiene que movilizarse siempre en marchas de pesadas “pirámides nacionales” o en concentraciones de 100.000 banderas para arriba. Así lo ha entendido, por ejemplo, el gremio del Magisterio, que preocupado de su situación y atento a su lógica gremial, se siente hoy el “más

explosivo” de los movimientos sociales, hallándose ya en una fase de movilización inicial. En verdad, no es una condición previa el que estén todos los movimientos y todos los niveles integrados del modo más orgánico, fluido y programático posible para iniciar esta acción o aquella. Poner esa condición es atender a las proyecciones más desenfrenadas de la imaginación política, pero no a la realidad. Pues las coyunturas de “movilización nacional” son muy esporádicas, escasas, y nunca aparecen en el momento preciso en que las requieren los movimientos sectoriales. El Paro Nacional es siempre el resultado de un proceso creciente, no un objetivo en sí mismo. Sólo como proceso suma la “fuerza” que se necesita.

En esta coyuntura larga, la mejor forma de hacer política real es, pues, haciendo política popular desde la base. Concreta, pragmática, local, con crecientes perspectivas estratégicas, en proyección de refundar la relación con lo político (nacional) a partir de la imposición de un “estilo” histórico, popular y democráticamente ajustado.

EPÍLOGO

Más allá de esta coyuntura

Esta coyuntura no es favorable para la clase política civil, pese a que está en un proceso relativamente abierto de consolidación y re-ingreso al Estado. No la es porque poco o nada efectivo puede hacer por el movimiento social popular que es, sin embargo, su fuente de legitimidad y de proyección histórica.

Con todo, una vez posesionada (relativamente) de los aparatos formales del Estado, es posible que pueda iniciar un trámite parlamentario de reforma constitucional, a efectos de permitir un mejoramiento de la condición social y material del pueblo. Con un masivo y efectivo apoyo popular (dentro de un estilo renovado), es posible que concluya exitosamente ese trámite. Hay ahí una posibilidad histórica -más o menos similar a la que hubo entre 1932 y 1973- que le da validez a la vía parlamentarista y estatista aceptada por la mayoría de la clase política. Eso hace respetable esa vía y los que transitan desde ya por ella. De aquí brotan ciertas lealtades políticas y deberes “ciudadanos” que cabe razonablemente mantener y perfeccionar.

De otro lado, sin embargo, existe la posibilidad que esas reformas sean bloqueadas por la oposición anti-popular o por los “compromisos” o “consensos” inevitables a que está forzado el Centro Político. En tal caso, del mismo modo que durante el período 1932-73, el movimiento popular se sentirá crecien-

temente obligado a caminar sobre el borde de la legalidad, dudando de sus lealtades políticas, provocando crisis electorales en los partidos, tanteando nuevas fórmulas programáticas y apoyando, incluso, múltiples procedimientos de violencia política contra el “sistema” (o contra las “proyecciones”).

Las lealtades políticas de tipo estratégico podrían, pues, bifurcarse en caminos contrapuestos. Es preciso ser consciente de eso y no incurrir en ingenuidades ideológicas o legalistas. “El momento es peligroso... pero ningún proyecto político será viable si no lo asumen las masas populares”. Esta es la única gran verdad de este período.

CAPÍTULO
III

LA COYUNTURA DE LA TRANSICIÓN
ENAJENADA”

LOS LÍMITES DE LA TRANSICIÓN Y LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRATIZACIÓN DESDE LA BASE

**Taller de Análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N° 5,
Diciembre de 1989. Pp. 11-15**

La estrategia de transición diseñada y protagonizada por la clase política ha colocado a los movimientos sociales en una situación de debilidad. Esto plantea una gran interrogante sobre el carácter de la democracia futura.

Los movimientos deben luchar por fortalecerse para poder ser actores de una democratización efectiva y sustantiva de la sociedad.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES POPULARES Y LA CAMPAÑA OPOSITO- RA

“Todo tiene que quedar solucionado y atado ahora...”.

Pinochet como ya es habitual, ha hecho de portavoz de los principales centros actuales de poder en nuestra sociedad. En efecto, cuando ha indicado que todo debe quedar solucionado y atado ahora, ha expresado los intereses estratégicos de las fuerzas armadas y el capital financiero. Los dos principales núcleos de poder que han hegemonizado los destinos de la sociedad chilena en estos largos años de dictadura.

Así, dejar todo atado y solucionado ahora se ha traducido en medidas concretas: Privatización de empresas, autonomía del Banco Central, activación de los mecanismos de asignación de alcaldes, designación de un nuevo cuerpo de Ministros de la Corte Suprema, Ley especial para las fuerzas armadas y ese conjunto de condiciones, que en el mes de agosto, señaló Pinochet como intransables por parte de la Comandancia en Jefe del Ejército. En pocas palabras tutelaje (o chantaje) militar sobre la futura democracia a partir de la Constitución de 1980.

Un año de gracia para el régimen, después de la derrota del 5 de octubre de 1988, era un tiempo necesario para dejar asegurada su “proyección” de futuro. Y, lo más importante quizás, no sólo sea el uso abusivo de este año de gracia, sino también la desconfianza que han demostrado la derecha económica y los uniformados sobre una eventual representación política de la derecha chilena.

En efecto, en lo que va corrido del año, el régimen no sólo se ha dedicado a dejarlo todo bien atado, sino que ha debido también enfrentar su proyección en términos electorales. Y, en este último terreno, por cierto, no ha cosechado grandes victorias: la derecha, como se sabe encontró serias dificultades para llegar a un acuerdo sobre programas y candidaturas.

Estas dificultades, son expresivas, a nuestro juicio, de la desconfianza que sigue representando el ejercicio democrático para la derecha. Ellos, los principales núcleos de poder económicos y militares, a estas alturas de la historia, confían más en sí mismos que en una presentación política. Esa es la principal razón de que el candidato no fuera finalmente Jarpa, sino Buchi. Un hombre políticamente débil pero incondicional del régimen y de las estrategias de desarrollo que han sustentado los grandes grupos económicos y las fuerzas armadas. En suma, una estrategia que busca asegurar la menor injerencia del Estado en los asuntos económicos y la fortaleza de los aparatos represivos para lo cual se requiere de una gran autonomía e independencia de las fuerzas armadas.

“Atine: Es el tiempo de vivir...”

Bajo esta consigna, en septiembre los jóvenes recibieron a Patricio Aylwin luego de su exitosa gira por Europa. Exitoso fue también el recibimiento que los santiaguinos brindaron al candidato, agolpándose en las principales avenidas por donde Aylwin debía pasar desde el Aeropuerto hasta una concentración preparada por las Juventudes políticas en las inmediaciones del Estadio Nacional.

La campaña del candidato opositor comenzó de este modo, a tomar más aire, alejándose de los interminables conciliábulos internos de la Oposición. Ese largo campo de negociaciones y acuerdo en torno al candidato el programa y las listas de parlamentarios, que tomó prácticamente todo el primer semestre de 1989.

Las elecciones se nos vienen y con ellas todo ese clima de banderas, discursos, concentraciones, declaraciones diarias en la prensa, etc. Un clima que suele animar a los chilenos y convocar especialmente a los militantes jóvenes y a las mayorías populares que encuentran un espacio para expresarse, saludar y exigir a los candidatos, participar de espectáculos artísticos gratuitos y tomarse también alguna revancha con la dictadura diciéndoles que es evidente

que “vamos a ganar” y el dictador -mal que le pese- tendrá que retirarse a sus cuarteles de invierno.

Nadie duda que Aylwin será el próximo Presidente elegido democráticamente por los chilenos. En este sentido, la campana de la Oposición se monta sobre una victoria anticipada: La que le dio la mayoría popular el 5 de octubre de 1988.

Esta ventaja de la oposición sobre el gobierno no sólo se hizo evidente luego del triunfo en el plebiscito, sino que además se ha visto reforzada por el hecho de que la derecha objetivamente se siente perdedora frente a la próxima contienda electoral.

Sin embargo, no todo es optimismo ni se pueden hacer únicamente cuentas alegres. En efecto, la actual coyuntura se mueve en medio de una gran paradoja: la correlación de fuerzas actuales favorece claramente a la oposición en términos electorales, pero le es ampliamente desfavorable (y ha demostrado poca capacidad de influir) en los núcleos principales del poder económico y militar (los llamados poderes fácticos) de la sociedad. De este modo, el problema no es sólo ganar las elecciones de diciembre. Ello, para muchos se da por descontado. El problema es lo que viene después.

Participamos así de una coyuntura larga en el tiempo, en que se superponen los tiempos políticos cortos (electorales) con los tiempos políticos más largos (o sustantivos) que se refieren al carácter y las posibilidades que abrirá la futura democracia.

La Oposición política y los movimientos sociales populares: una relación ambigua de marchas y contramarchas.

Qué duda cabe que la historia de la política chilena reciente ha estado fuertemente marcada por la dialéctica que se ha venido verificando entre lo social y lo político.

Fracasaron las protestas cuando no se articularon estrategias capaces de potenciar y mantener la fuerza y la unidad del movimiento opositor y su extendida base social popular y de clases medias. Fue difícil luego constituir una estrategia electoral plebiscitaria cuando se relegó a un segundo plano a los movimientos sociales. Y cundió el desencanto después del plebiscito cuando los partidos políticos se encerraron bajo siete llaves a dirimir sus diferencias programáticas y de candidatos sin convocar al pueblo a ninguna definición sustantiva en relación al futuro democrático.

El resultado de esta historia es lo que podríamos calificar como la segunda gran paradoja en la que se mueve la coyuntura actual, mirada desde la Oposi-

ción. Esta cuenta -como ya hemos indicado- con una gran ventaja a su favor su certeza en el triunfo electoral del próximo diciembre. Pero carece de base social de poder suficientes para enfrentar de modo efectivo y consistente la transición a la democracia.

En este sentido, el principal déficit que deberá enfrentar la oposición política al actual régimen es el haber renunciado a constituir a los movimientos sociales en una base de poder estratégico. Ello, sin dudas, obedece a opciones y definiciones políticas fundamentales. La izquierda no fue capaz, producto de sus apreciaciones erradas de la realidad y la persistencia en sus viejas estrategias, de hegemonizar la protestas para asegurar una salida popular a la dictadura. El centro político, por su parte, tendió a enfatizar en el carácter político institucional de la transición (privilegiando las más de las veces la negociación) para lo que le era necesario inhibir y asignar un rol secundario a los movimientos sociales.

La transición, de este modo, se la ha buscado viabilizar a través de los canales político-institucionales (programas, candidatos y reformas constitucionales) sin una convocatoria explícita a los movimientos sociales populares para hacer de ellos actores protagónicos del proceso de democratización.

Ello no quiere decir, por otra parte, que no existan actores relevantes de la transición: Ahí están los poderes de facto (económicos y políticos), la propia clase política que hará su entrada en el Estado, los sectores medios y profesionales que serán convocados a cumplir un papel de primera importancia en la futura democratización estatal y finalmente los sectores populares, que jugarán roles diversos (de acuerdo con sus grados de auto constitución como movimiento) en el proceso de transición a la democracia.

Parece evidente, en este sentido, que los sectores medios (políticos, profesionales y técnicos) se constituirán en un actor relevante en la democratización del Estado (parlamento, reorganización administrativa, municipios, etc.). Su rol político será, probablemente doble • por una parte, garantizar los mejores acuerdos en las difíciles negociaciones que habrá que entablar con los militares, los aparatos represivos, los grupos económicos, el poder judicial (y toda la herencia autoritaria que permanecerá incólume en los más diversos intersticios del aparato político administrativo. Por otra parte, hacer gobernable el país en relación con los sectores populares que demandarán redistribución del ingreso y crecientes cuotas de participación en la gestión económica y política del país.

Los movimientos sociales populares, por su parte, desde hace ya algún tiempo han venido experimentando una situación de relativa debilidad. La coyuntura actual no sólo les ha hecho más evidente el rol relativamente secundario que

les han asignado los partidos políticos, sino que han experimentado también en carne propia, los límites de sus proyectos y estrategias de desarrollo.

La debilidad por la que atraviesan hoy los movimientos sociales populares proviene probablemente de un déficit de proyección política de sus prácticas. Dicho de otro modo, de una falta de horizontes estratégicos compartidos que les permitan orientar eficazmente sus capacidades y recursos históricamente acumulados.

Ciertamente que ajustar las estrategias es estrictamente necesario cuando se modifican los escenarios y condiciones socio-política para actuar. Se trata, por otra parte, de un ejercicio eminentemente práctico, o si se quiere político, en el sentido que hay que terminar de saber a través de qué caminos y que formas los sectores populares acumulan poder y son capaces de transformar la realidad, en la misma medida que se han hecho más fuertes.

Desde esta perspectiva de análisis, nos parece que el movimiento sindical avanza cuando hace pública su propuesta de transición a la democracia y enfatiza en el desarrollo orgánico y político de la Central Unitaria. Un fenómeno semejante ocurre entre los pobladores cuando redefinen sus estrategias en función del poder local, y la democratización de los municipios.

Sin embargo, estas afirmaciones y reorientaciones en la política popular distan mucho aún de constituir un cuerpo de ideas, orientaciones, propuestas y programas capaces de unificar las diversas experiencias y prácticas que comprometen a los movimientos sociales populares.

Ello hace que la transición a la democracia se presente, a los ojos del movimiento popular, con una importante cuota de incertidumbre y de interrogantes acerca del futuro.

LA CRISIS DE LA IZQUIERDA EN LA PERSPECTIVA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Taller de Análisis y Movimientos Sociales N° 6. Revista Cal y Canto N° 6, Agosto de 1990, pp.11-14.

Rasgos de la crisis en los Movimientos Sociales Populares

Los problemas o dificultades concretas que enfrentan los movimientos son también elementos constitutivos de la “crisis de la izquierda”. Desde una perspectiva más formal, se podría afirmar que esta crisis se presenta en distintos niveles: es crisis del “socialismo real” que plantea interrogantes muy serias a lo

que ha sido el ideario socio-económico de izquierda; es crisis del pensamiento o teoría socialista (más precisamente del marxismo-leninismo como análisis y como teoría de la revolución): es también una crisis de las estrategias de la izquierda en la lucha contra la dictadura, etc. Pero, de alguna manera todo ello adquiere su concreción en un cuadro nacional, en el que la crisis de la izquierda está indisolublemente unida a sus propias dificultades para establecer una relación fluida y políticamente productiva con los movimientos sociales. Esto responde a lo que podríamos llamar la “esencia” y la “vocación histórica” de la izquierda. Ella nace y se desarrolla en la búsqueda por interpretar políticamente el mundo social popular: sus demandas, sus intencionalidades de cambio social y sus utopías de justicia, libertad e igualdad. Cuando esta relación con el mundo social popular se rompe o se debilita, la izquierda entra en crisis, pierde su brújula, se hace formal (intra sistémica o vanguardista) y se fragmenta en luchas internas.

Este mundo social popular, articulado en movimientos diversos, se enfrenta hoy a determinadas dificultades, que no son otra cosa que las dificultades de desarrollar un proyecto popular sostenido por actores sociales populares. La crisis de la izquierda -más allá de los procesos electorales, de las disputas partidarias o de las perplejidades que provienen de los acontecimientos internacionales- consiste en definitiva, en su incapacidad actual para reconocer y dar cuenta de esas dificultades abriendo horizontes estratégicos a los Movimientos Sociales Populares, M.SP. Desde la perspectiva de los movimientos, se puede afirmar que el fondo de la crisis está en esa ruptura o desconexión, de la izquierda política con la izquierda social. Y ella solamente se podrá superar en la medida en que se restablezca esa relación. Esa relación no es -como se puede ver también históricamente a través de los éxitos y fracasos de la izquierda- de pura representación parlamentaria.

Una de las impresiones que dejan las discusiones del Taller es que, en un cierto sentido, la crisis de la izquierda no tiene repercusiones demasiado directas y fuertes en los MSP. Debilitada o rota la relación entre izquierda política e izquierda social, los movimientos funcionan con autonomía en la discusión de sus problemas, sus análisis y estrategias. Lo que ocurre en las cúpulas de comités centrales y comisiones políticas aparece demasiado lejano, ajeno y, a veces, “bizantino”. Pasada la elección, el distanciamiento se agranda, una vez que los candidatos y agitadores pierden el interés directo por los posibles electores.

Pero esa es sólo una cara del problema. A veces sin percibirlo claramente, los movimientos resienten el vacío que deja la ruptura o debilitamiento de la relación con la izquierda política. Por otra parte, no se puede desconocer que una alta proporción de dirigentes en movimientos sociales son, al mismo tiempo, militantes de partidos de izquierda. Pero, en la opinión de los

participantes del taller, ellos no encuentran en sus respectivos partidos, ni la receptividad ante los problemas que plantea el mundo social de los movimientos, ni los espacios de discusión y reflexión, política y estratégica de esos problemas. “Cuando se habla de la disociación de la izquierda social y la izquierda política, no cabe duda que cualquier dirigente social y militante de un partido ha tenido serios problemas y cuestionamientos desde su partido para poder delinear lo que es un pensamiento político de su quehacer social. No ha habido un entendimiento claro desde los partidos de lo que son los fenómenos propios de las organizaciones sociales. Estas han sido más bien cajas de resonancia, con todos los elementos de utilitarismo que pueden darse, para lograr objetivos partidarios”.

Reflexionando sobre la debilidad actual de las organizaciones juveniles, un joven poblador señalaba que en estas organizaciones se produjo una sintonía con los partidos en las protestas, cuando se trataba de mantener un clima de confrontación con la dictadura. Pero, muchas organizaciones juveniles no se habían formado a partir de esa “plataforma” de confrontación directa, sino a partir de otras aspiraciones (especialmente culturales) y querían hacer también cosas que no estaban directamente vinculadas a la caída de la dictadura. Eso produjo con el tiempo un desencuentro grave con los partidos, para los que la movilización era la única prioridad. Eso significó también un conflicto interno a los militantes sociales y políticos. “El movimiento juvenil empieza a debilitarse y a morir muchas veces y la respuesta de los partidos es tratar de desconocer esta realidad y, en el mejor de los casos, pensar que la muerte de una organización podía significar el nacimiento de otra más combativa. El resultado es que el movimiento, en el fondo, empieza a perder toda característica de movimiento social y se convierte en un bastión”. Es decir, se produce un encerramiento o aislamiento, producto del reduccionismo político con que se aborda la problemática de un movimiento social.

Los partidos no entienden con claridad lo que son las organizaciones sociales. Estas han sido más bien cajas de resonancia para lograr objetivos partidarios.

Pero la desvinculación de la izquierda política con los movimientos, no solamente tiene raíces en el período de la dictadura, por importantes que puedan ser ellas. Se trata también del problema de redefinir estrategias para el período de transición. Ello supone una comprensión de los cambios que se han operado en la estructura social del país, en su cultura, así como también una evaluación de los cambios que significa la transición y del carácter del Estado en este período.

Hoy, en esta coyuntura concreta, se plantea a los distintos movimientos sociales la exigencia de resituarse en un nuevo escenario y redefinir sus estra-

tegias. Todos ellos entienden que una tarea prioritaria del momento es acumular fuerza. Ello aparece como condición necesaria para superar la situación de postergación o subordinación y alcanzar un rol más protagónico en el período de transición. Pero ¿para qué? o dicho en otros términos ¿de qué manera visualizan hoy los movimientos una “política popular” o de izquierda en el período de transición? Es en este punto donde quizás se hace sentir con mayor fuerza • la crisis de la izquierda.

¿Existe -al menos en sus lineamientos gruesos- una política sindical, poblacional o campesina de “izquierda” actualmente?.

“la sensación de ser parte de un proceso electoral, ha sido más cautivante que el proceso de construcción efectiva de soberanía popular”

En cierta medida se puede afirmar que, si bien no hay respuestas claras a esta interrogante, por lo menos se esbozan ciertas líneas de respuesta en las prácticas y demandas de los MSP. Lo primero quizás es la afirmación de la democracia. Esta aparece como condición imprescindible para que se pueda desarrollar un proyecto popular. Sin democracia no hay respeto a los derechos básicos de los actores populares. Pero esta afirmación de la democracia puede quedar atrapada en lo formal. Aquí se vuelve a percibir la brecha entre izquierda política y social. Mientras los MSP, al menos implícitamente, le dan contenido a la democratización en el sentido de participación popular, la izquierda política -en sus distintas vertientes ideológicas- parece vacilar e inclinarse por solución es más formales. Está en cuestión aquí el tema del “poder” y de la compleja relación entre Estado y sociedad civil, la relación entre la estructura institucional, heredada de la dictadura y el desarrollo de un tejido social organizacional que no se expresa en esa lógica institucional, sino en “informalidades” y desarrollos que están fuera de lo legal e institucional.

La Izquierda ¿prisionera del Estado?

¿Cómo se construye un poder desde los movimientos? ¿Cómo ellos acumulan fuerzas? ¿Paraqué lo hacen? Aquí se hace necesario quizás una muy severa autocrítica de los partidos políticos y también de las cúpulas de los movimientos sociales, en el sentido de que probablemente han venido afirmando planteos de desarrollo social y político en una lógica muy formal e institucional. Se ha captado lo que está dado como Estado, poder, institucionalidad, como un dato inamovible y se ha buscado, o bien incidir dentro de esto que está dado introduciendo algunos cambios, o bien cambiarle el signo, sin cambiarle su naturaleza. Pero no se ha cuestionado el hecho de que esta institucionalidad contiene una

lógica de “control social”. La crisis de la izquierda en este sentido, estriba en que ella ha intentado, o bien inscribirse en el Estado (heredado de la dictadura) para flexibilizarlo (o democratizarlo) introduciendo “reformas”, o bien cambiarle el carácter al Estado (con una “revolución”), sin poner en cuestión, en el fondo, el hacer política “desde el Estado”, sin desarrollar lógicas participativas, que coloquen frente al Estado el contrapeso de la “sociedad civil”. En la perspectiva de hacer política desde el Estado “la sensación de ser parte de un proceso electoral ha sido más cautivante que • un proceso de construcción efectiva de soberanía popular”. En otros términos, el problema es no plantearse en serio la posibilidad de construir poder o fuerza fuera del Estado. Esto significa una especie de despilfarro de lo acumulado en la historia de estos años bajo dictadura, “porque no hay ninguna opinión partidaria, ni social, respecto a qué va a pasar con este tejido social articulado en estos años”.

Esto se relaciona con otro aspecto de la crisis de la • izquierda en la perspectiva de los MSP, que aparece probablemente como el más relevante: la crisis de proyecto alternativo al “modelo” de desarrollo capitalista neoliberal. Si se consideran, por una parte, las crisis de los “socialismos reales” implementados desde el Estado, y por otra, la situación de las economías latinoamericanas, surge la impresión de que hoy no hay alternativas al esquema capitalista neoliberal apoyado por el FMI. Los “equilibrios macroeconómicos”, los “ajustes estructurales”, la “orientación a la exportación” propiciados por este esquema, se imponen como receta necesaria para la salud y el desarrollo de una economía. ¿Qué alternativas puede ofrecer la izquierda? Las alternativas “socialistas” aparecen hoy como altamente riesgosas y, más aún, desprestigiadas por los acontecimientos de Europa Oriental. ¿Qué pueden proponer entonces los movimientos en este período de transición? ¿Pueden colocarse objetivos estratégicos • que pongan en cuestión el esquema capitalista neoliberal? ¿No es poner en riesgo la misma democracia, si con ello se puede llegar a una situación de “caos” económico? En los juicios, que comúnmente se emiten frente a estas interrogantes, no se considera que el esquema neoliberal funciona a partir de determinados actores sociales protagónicos, ni tampoco que esos “socialismos reales” no lograron superar una lógica en la que el Estado era el actor principal, casi único.

Este es un problema crucial para los MSP. ¿Es posible una alternativa y cómo? ¿Deben esperar una nueva fórmula a partir del Estado (de la izquierda en el Estado)? ¿O la alternativa se puede ir poniendo a partir de la constitución de nuevos actores y de su participación protagónica en la vida social?

“La transición se abre sin un sujeto popular constituido para democratizar el país. Entonces no es una tarea que esté realizada sino que una de las grandes tareas de la transición”.

La izquierda frente a la crisis

No cabe duda que en la izquierda se percibe hoy la crisis, aunque los análisis de sus causas y aspectos pueden ser muy variados. Intentaremos aquí dar cuenta de lo que apareció con mayor fuerza en el taller, desde la confrontación de esta crisis con la realidad de los MSP.

Un antecedente importante está en las estrategias que en un momento, bajo la dictadura, definió la izquierda o una parte importante de ella, en relación al término de la dictadura. Hasta el año 86, la mayoría de la izquierda pensó que se podía derrotar a la dictadura con la sola fuerza del movimiento popular, si era capaz de lograr unidad y colocar elementos de fuerza. Esta estrategia aceptaba como un supuesto, la posibilidad de lograr un acuerdo claro con el centro político. En esa estrategia los movimientos sociales debían encabezar la movilización. Se suponía también que la gran contradicción estaba entre las fuerzas de la dictadura, contra todas las fuerzas que buscaban cambios democráticos. El año 86 marca un hito importante. Se hace evidente el desentendimiento con el centro político y se constituye un nuevo escenario que hace imposible continuar con esa estrategia. A partir de allí, la izquierda va aceptando paulatinamente, que la salida de la dictadura se va a dar en el escenario institucional creado por la misma dictadura y que lo que hay que impedir es la perpetuación del régimen militar.

El fracaso de la estrategia de derrocamiento significó también una derrota de los sujetos populares que la encarnaban, los MSP. “El proceso de transición se abre, así, sin un sujeto popular constituido para democratizar el país. Entonces no es una tarea que esté realizada, sino que es una de las grandes tareas de la transición”.

Por otra parte, también como resultado de su fracaso estratégico, la izquierda -como partidos políticos- llega a este proceso de transición sin programa propio. Había que decir por ello que en la tradición la izquierda no tiene identidad clara. ¿Qué es ser de izquierda hoy? ¿Es ser crítico del gobierno? ¿Es extremar ciertas demandas que el gobierno no puede satisfacer? ¿O es estar en la vanguardia respecto a propuestas que se pueden construir? Y así como no hay programa tampoco la estrategia política es clara. Esto se relaciona con otro problema: la falta de credibilidad de la izquierda en lo que afirma y propone respecto a los movimientos sociales. “Esto no es consecuencia de que los dirigentes sean perversos, sino de que propusieron cosas que no se realizaron y terminaron en una derrota; y mientras los partidos no asuman eso, no van a recuperar credibilidad”. A esto se conecta también el problema de las “formas de lucha”. Frente a la falta de programa y de estrategia, se produce una situación en que “cada forma de lucha es pertinente. Eso aparece como muy democrático, pero es muy poco eficaz”.

Detrás de estas falencias hay otros problemas de fondo, que dicen relación con la incapacidad de reconocer las transformaciones económicas y sociales que hizo la dictadura. Estamos en una situación internacional, por lo demás en la que el capitalismo está lejos de vivir una crisis, a diferencia de lo que ocurrió en las décadas de los 50 y 60. En esos años el capitalismo en Chile sufrió una crisis profunda, que llevó a divisiones y quiebres significativos •al interior de la burguesía y a una coyuntura de fuerza y auge del movimiento popular. Eso abrió la posibilidad de una revolución socialista; pero también estaba abierta la posibilidad de una revolución capitalista. “Lo que uno tiene que afirmar hoy -sin escándalo- es que ganó la mano la revolución capitalista”.

Por supuesto que ello no significa una consolidación absoluta del modelo capitalista. No se puede descartar una nueva crisis. Más aún, no se puede descartar que la crisis se produzca en un plazo relativamente breve. Pero, la izquierda no puede vivir solamente de la expectación de la crisis y su advenimiento, es decir, esperando el “momento oportuno” para allí ubicarse nuevamente. Más bien, es necesario reconocer que se cerró el ciclo revolucionario de la década de los 60. Con eso se cierra también un ciclo histórico de la izquierda. Hoy asistimos a la recomposición del sistema político, pero también del movimiento popular. Esto abre un nuevo ciclo político de la izquierda. “Por lo tanto debemos pensar cómo vamos a hacer política revolucionaria, socialista y popular, para un ciclo de lucha en este país, que pasa por grandes tareas: la reconstitución de un sujeto popular para la democratización y la constitución de un programa con capacidad de transformación social”.

ANEXO:

MODELO ECONÓMICO: RAZONES Y SINSABORES

ALVARO DÍAZ ECONOMISTA / SUR PROFESIONALES

¿Por qué se expandió la economía chilena después de la crisis del 83?

Hace unos 5 años, la opinión generalizada de la izquierda chilena era que la economía capitalista nacional no crecía. Esta opinión se basaba en la experiencia de los primeros 10 años de dictadura, en que hubo 2 grandes crisis, con elevadas tasas de desempleo, un país que no crecía y tal situación era un producto generado por la dictadura.

Sin embargo, la economía creció luego de la crisis del 82. En el 88 se recuperaron los niveles de producción del 81 en casi todas las ramas. El año

pasado la economía creció en un 10% y para este año se espera un crecimiento del orden de un 3%. Hay 4 factores que explican la expansión del capitalismo chileno:

1. La constitución de un régimen de fábrica o empresa autoritaria

La burguesía logró introducir enormes modificaciones al interior de las empresas capitalistas. Tanto en la industria como en el comercio, en las finanzas como en el campo, se racionalizó la producción y se introdujo un régimen autoritario que no permitió ninguna negociación. Se establece una extrema verticalidad, se generan núcleos de trabajadores estables y un régimen de trabajadores temporeros y empresas subcontratadas. Podemos decir que se estableció una organización del trabajo neotaylorista: una rígida división entre la concepción, dirección y ejecución de la empresa, entre el trabajo intelectual y el manual, un control estricto de los tiempos y métodos con los cuales operan los trabajadores. En definitiva todo el sistema de regulación estatal entre empresarios y trabajadores fue barrido en la primera década de la dictadura y en las dos crisis permitieron impulsar la racionalización en la empresa. La burguesía logró dominar el proceso de producción en una extensión nunca antes conocida.

2. Ajuste a la economía mundial con una década de anticipación:

En nuestro país la economía se ajustó con una década de anticipación, en relación a los restantes países latinoamericanos. La discusión sobre cómo abrirse a la economía mundial se realizó en Chile el 74 o 75, cuando triunfaron los chicanos y se montó un nuevo régimen de acumulación, orientado hacia las exportaciones. Así se fueron desarrollando otros sectores exportadores distintos al cuprífero, tales como la madera, la pesca, la fruticultura. Y Chile logró insertarse en ciertos “nichos” de la economía mundial.

Cuando esto sucedía, desde la izquierda se argumentó que esta fase de acumulación estaba pronta a agotarse, que el mercado mundial iba a entrar en recesión y que se trataba de nuevos “enclaves” semejantes al salitre en el s. XIX.

Pero no fue así, no se agotaron las exportaciones, sino que sostuvieron su dinamismo y la economía nacional mantuvo una dinámica de relaciones de “encadenamiento hacia adelante”. Por ejemplo, en el caso de la pesca, tenemos que ésta se apropia de la industria de autos en Iquique, y las transforma en maestranzas para reparación de embarcaciones y que MADECO fabrica redes. Casos similares podemos observar en la industria de la madera.

3. Alza de precios en los productos de exportación

A partir del año 83, los productos de exportación comienzan a vivir un período de alza en sus precios. Así sucedió con el cobre, la harina de pescado y la madera, con los que se obtienen ganancias extraordinarias. El enriquecimiento de los grupos económicos, no se debe entonces sólo a la caída de los salarios -otro argumento usado por la izquierda- sino también a esta renta diferencial que se obtiene de las ventajas otorgadas por estos precios favorables.

4. El carácter de la regulación estatal

Muy por el contrario de lo que pensó la izquierda y la oposición en general, el Estado dictatorial neoliberal fue tremendamente intervencionista. Es cierto que no controlaba tantos precios como lo hizo el gobierno de la Unidad Popular, pero sí controlaba los fundamentales: el tipo de cambio, las tarifas de los servicios públicos, la banda de precios agrícolas que se inventó y -por la vía de impedir la negociación colectiva, y la sindicalización- se controlaba también el salario.

Otro elemento fundamental fue el traspaso del patrimonio desde el Estado a los grupos económicos, lo que es inédito en el mundo. Se estatizó primero la deuda privada y luego se vendieron 32 empresas estatales -todas rentables- a un bajísimo precio, a grupos nacionales y extranjeros.

El Estado tuvo entonces una potencia tal que pudo reorganizar a la burguesía. No era un Estado débil operando en la economía.

No podemos desconocer que la dinámica de expansión del capitalismo chileno se inserta en la dinámica expansiva del capitalismo mundial. Nuestra expansión capitalista coincide con el crecimiento de la economía de Estados Unidos, aunque este país no sea nuestro único mercado comprador. Sin embargo, el constatar este hecho no debe confundirse con que hemos salido del subdesarrollo. El modelo ha mantenido e incrementado los niveles de pobreza, los bajos salarios y todo lo que siempre se ha dicho de la explotación y expropiación capitalista.

También hay que reconocer que hubo modernización. Que tampoco es sinónimo de democracia y justicia social. Tanto Chile como Corea del Sur se modernizaron a costa de regímenes profundamente autoritarios, y Brasil lo hizo a costa de generar una enorme pobreza. En tales casos la modernización sólo beneficia a segmentos de la población.

¿En qué condiciones encuentra la economía el actual Gobierno?

En primer lugar se encuentra con un capitalismo racionalizado en expan-

sión. Pero el Estado fuerte de regulación económica pinochetista se ha debilitado, porque ahí apuntaron todas las reformas de última hora del gobierno anterior. Buscaron debilitar en particular al ejecutivo, privándolo de sus mecanismos de intervención. Y además debe negociar en el Parlamento, con una derecha fuerte.

Por otro lado se observa un fortalecimiento de los grupos económicos como nunca se había visto. Hay aproximadamente unos 50 grupos que hacen alianzas y que compiten entre sí con gran dinamismo. Es un bloque importante a considerar.

También hay que considerar que se abre un período de expansión capitalista de larga duración, en el que puede haber recesiones y crisis, pero que está creciendo.

El Gobierno se enfrenta ahora con problemas de regulación económica o regulación estatal, ya que están cambiando -y en forma muy gruesa - las correlaciones de fuerza en la economía.

En este plano hay que reconocer un cambio en la configuración de la masa trabajadora. Se observa una expansión de la cantidad de trabajadores, los que son además de nuevo tipo. En 1983 había 450 mil trabajadores industriales, y hoy hay 700 mil. Hay además nuevos sectores de trabajadores temporeros, una especie de semi-proletariado que trabaja en la fruta, en la madera, en la pesca. Hoy existe una nueva clase obrera, lo que cambia también el perfil de las clases populares. No se puede pensar en movilización y políticas populares, sin reconocer este hecho.

También se ha desarrollado un proceso de reconfiguración subjetiva, que se manifiesta, por ejemplo, en un mayor nivel de sindicalización. Se fundó la CUT (agosto 88) con 450 mil trabajadores sindicalizados. Hoy son más de medio millón. En los próximos dos años se estima que alcanzarán los 700 mil y los optimistas piensan en 1 millón. En definitiva, es un proceso de reconfiguración subjetiva lento, pero que permitirá una lucha y negociación distinta, con sindicatos más fuertes y mayor poder de incidencia en el gobierno.

En este mismo sentido, creo que se va a dar una lucha popular en el terreno de las demandas más sentidas, como la educación y la vivienda. La presión irá forzando el Estado a hacer concesiones, aunque quizás no de la magnitud que los sectores populares esperarían.

En este panorama no se puede dejar de considerar a la burguesía. Y hoy la tenemos fuerte, con más confianza en sí misma y con una relación con el Estado que está aún por constituirse. En este terreno, la transición recién comienza.

Política económica de la Concertación: ¿crecimiento y equidad social?

La política económica de la Concertación ha tenido 2 períodos y, a mi juicio, está entrando en un tercero muy crucial. Como ya se señaló, la Concertación se encuentra con una economía que se expande y esto le permite moderar las propuestas. En otras palabras, tranquilizar a Estados Unidos, garantizar la propiedad revisando las privatizaciones y el crecimiento económico y aplicar una efectiva política de “chorreo”.

Una vez en el Gobierno, la Concertación enfrentó una fuerte desestabilización económica y optó por un plan duro para no caer en los excesos inflacionarios tipo Argentina. Tal batalla se está ganando por ahora, pero a costa de la equidad social. Si se analiza con detalle la Reforma Tributaria, el 90% de los ingresos adicionales que se obtengan sólo servirán para impedir el deterioro del gasto fiscal social hoy vigente. Y como es una reforma pactada por 4 años, se puede decir que el Gobierno, en el terreno de la equidad social, no hará grandes cambios. Pero lo que pase en 2 años más, dependerá de la fuerza de los movimientos sociales.

En el tercer momento que ahora se inicia, el Gobierno se enfrenta con el siguiente dilema: Quienes intervienen y toman decisiones económico-estratégicas en el país son los grupos económicos; y para garantizar que ellos inviertan hay que mantener el modelo. En este momento hay 12 mil millones de dólares en proceso de inversión en diferentes áreas. Se piensa que al crecer la torta crecen los salarios y los ingresos de los más pobres, pero esto no es así.

El crecimiento y la transformación productiva no asegura de por sí la equidad social. En este dilema se enfrentan dos grandes opciones:

- aquella que apuesta a la transformación productiva en alianza con los grupos económicos, porque se piensa que son expansivos y por ello sacaría a Chile del subdesarrollo;
- y otra que apuesta a realizar una transformación productiva con un Estado fuerte, con mayor equidad social y sin el protagonismo de los grupos económicos.

En este debate la izquierda es atacada constantemente en sus postulados respecto del rol del Estado. Este es uno de los grandes temas para los próximos años: el rol del sector público en el crecimiento y la equidad social.

CAPÍTULO
IV

TRES CUESTIONES ESTRATEGICAS

I. LA CUESTIÓN DEL “PROYECTO POPULAR”

Pueblo movilizado que no logra convertirse en alternativa nacional. Selección de textos presentados al Encuentro “La educación Popular y los desafíos de la democratización”, septiembre de 1986

LA EDUCACIÓN POPULAR Y LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRATIZACIÓN.

Publicado en Educación y Solidaridad N° 15, Marzo 1987

PRESENTACIÓN a la edición de 1987

Entregamos en el presente número de Educación y Solidaridad el resultado de un Encuentro de educadores populares organizado por ECO en el mes de septiembre de 1986. Dicha reunión fue convocada para someter a discusión un documento elaborado en ECO como texto base para una investigación sobre el tema Educación Popular y Democratización en Chile, que se halla actualmente en curso.

El material que incluimos aquí se compone del documento base (de Gonzalo de la Maza y Mario Garcés), los comentarios realizados por Paulina Saball y Helia Henríquez y luego una síntesis del debate. Con posterioridad al Encuentro el documento inicial ha sufrido múltiples modificaciones, gran parte de las cuales surgieron de las reflexiones y críticas allí realizadas. Sin embargo, hemos optado por publicar lo en su versión original, de manera que se comprendan los comentarios y reflexiones posteriores. En el futuro, cuando la investigación esté terminada, daremos a conocer las reformulaciones. Los comentarios preparados por Paulina Saball y Helia Henríquez han sido reproducidos íntegramente y su versión final fue revisada por sus autoras. El debate, en cambio, se publica en una versión resumida por nuestro equipo, ya que razones de espacio obligaban a hacerlo. Esperamos no haber alterado los contenidos esenciales de lo allí expresado.

Los participantes del Encuentro fueron los siguientes: Juan Carlos Accorsi,

Patricio Castro, Sergio Faiguenbaum, Helia Henríquez, Miguel Hermosilla, Fernando Lara, Pedro Mendizábal, Rafael Pizarro, Paulina Saball, Gabriel Salazar y Lupe Santa Cruz. A todos ellos les agradecemos su interés y su participación. Esperamos, al mismo tiempo, que esta reflexión, colectiva y en desarrollo sea de utilidad a quienes se plantean hoy día los desafíos políticos de la Educación Popular en el Chile de hoy y en el que queremos construir.

Equipo Educación Popular

ECO, Educación y Comunicaciones Enero 1987

LA EDUCACIÓN POPULAR Y LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRATIZACIÓN.

GONZALO DE LA MAZA
MARIO GARCÉS

Este trabajo fue elaborado con la participación de Irene Argurto, Ana María de la Jara y Pedro Milos.

INTRODUCCION

La dinámica de la crisis social y política por la que atraviesa el país se prolonga, comprometiéndonos crecientemente. Son estos tiempos de lucha y proposición, de esperanza y desconcierto, que definen un difícil escenario para los actores individuales y colectivos de la realidad nacional. El horizonte es la democratización por la que se lucha, pero el presente es el de la dilatada crisis y sus secuelas.

Para los educadores populares y su práctica, todo este tiempo ha sido de cuestionamientos, readecuaciones y búsquedas, por cuanto participan de las tensiones y desafíos por los que atraviesa el propio movimiento. Las iniciativas de educación popular se han multiplicado y diversificado, ampliando su radio de acción. Pero al mismo tiempo parece haberse dispersado un cierto sentido político unificador que las animara en el pasado. Materializada su vinculación permanente con la dinámica popular, el problema político que se le plantea a la Educación Popular es su capacidad de aportar al movimiento en lo que es decisivo para éste: su incidencia en la resolución de la crisis y la democratización futura.

Por lo anteriormente expuesto es que partimos de un análisis de la situación del movimiento popular, enfatizando en las determinantes que influyen en la formulación de un proyecto propio (Cap.1). Luego se analizan las condi-

ciones específicas que definen el proceso de democratización en Chile, como marco de la acción popular (Cap. 2).

En el capítulo 3 se realiza una suerte de balance político de la educación popular, revisando la constitución de un sentido político compartido y analizando las dificultades de éste en el período que se abre desde 1983. Por último, en el capítulo 4 se indican algunas líneas de desarrollo de la educación popular en el marco de una pregunta más bien abierta sobre el tipo de aporte que ésta puede realizar al movimiento popular en condiciones de democratización como las que enfrenta Chile.

Este trabajo es una invitación al diálogo y al debate, por cuanto su contenido, si bien supone una opción definida de análisis, no es aún una propuesta de acción para la educación popular. Constituye, en cambio, una propuesta de investigación en el terreno del sentido político de las prácticas educativas en el mundo popular, investigación en la cual el Equipo de Educación Popular de ECO está actualmente trabajando.

1. MOVIMIENTO POPULAR Y PROYECTO.

Hipótesis General

Nuestra hipótesis es que, hasta ahora, la lucha popular se ha centrado fundamentalmente en la movilización que busca afectar a la estabilidad del régimen militar, para poner fin a la dictadura, pero sin lograr recrear las bases de un proyecto popular capaz de unificar el movimiento en un horizonte político compartido que trascienda al actual régimen. Sostenemos, al mismo tiempo, que la constitución de dicho proyecto resulta clave para influir y concursar en el proceso de democratización en sus diversas fases.

LAS DIFICULTADES PARA CONSTITUIR UN PROYECTO POPULAR

En la actualidad concurren dos tipos de dificultades que debilitan las capacidades proyectivas del movimiento popular en su accionar político. Por una parte las debilidades y tensiones del propio movimiento popular en su organización y politización y, por otra, el desencuentro entre las prácticas que se verifican en la base popular y los proyectos nacionales.

Respecto de la primera dificultad se pueden consignar un conjunto de situaciones:

a) Los efectos de la dictadura: aumento de la diferenciación social por transformaciones en los sujetos sociales; dispersión y atomización de las organizaciones; deterioro de la calidad de vida (necesidades básicas insatisfechas);

daños profundos a la subjetividad como producto de la sistemática violación de los derechos humanos (cesantía, represión, etc.), con el desarrollo de estrategias de sobrevivencia que ahondan el deterioro social y humano (prostitución, delincuencia, etc.).

Todo lo anterior produce quiebre de identidades, agudiza conflictos e influye negativamente en las capacidades de reconstrucción del movimiento popular.

b) El cierre de los espacios de negociación e interlocución estatal representa también un serio obstáculo para la constitución de demandas. De hecho, la lucha reivindicativa toca rápidamente techo frente a la negativa del Estado para atender siquiera el derecho a demandar. La capacidad de obtener logros parciales del movimiento popular se ve seriamente afectada.

c) En tercer lugar, la dispersión social y política afecta también a las propias organizaciones: coexisten de hecho diversas organizaciones con orientaciones también diversas que con dificultad encuentran espacios para compartirlas. Por su parte, el predominio de una orientación política centrada casi exclusivamente en la movilización en pos del fin del régimen, deja poco espacio para proyectar las tareas permanentes (del desarrollo de la organización, espacios de encuentro, resolución de problemas inmediatos, etc.).

d) Pesan negativamente también tradiciones políticas de fuertes sesgos organicistas e instrumentales. En ellas el trabajo social y político sólo adquiere sentido en función de la movilización y de la constitución de las orgánicas capaces de aprobar o sumarse a determinados planes de movilización sectorial o nacional. No terminan entonces, de constituirse movimientos sociales autónomos (movimiento de jóvenes, de pobladores, etc.).

e) Finalmente, una mirada más global al movimiento popular y sus dificultades actuales tiene, necesariamente, que enfatizar en la baja densidad organizacional (la que logra desarrollarse lo hace en condiciones más bien precarias y con la amenaza represiva como una constante) y la débil politización (la gente se organiza, pero sus objetivos políticos no son siempre evidentes).

A pesar de este conjunto de obstáculos que dificultan la constitución de un proyecto popular en el seno mismo del movimiento popular, hay que indicar también que desde las prácticas solidarias, la educación popular, el desarrollo comunitario, el trabajo militante, la movilización popular, etc., se constituyen orientaciones y sentidos que dibujan y sugieren proyecto popular.

La segunda dificultad que hemos señalado, para la constitución de una alternativa nacional popular hoy día, se refiere al desencuentro entre las prácticas populares y las alternativas nacionales que surgen, principalmente de los

partidos políticos. Esto se hace más visible en los últimos años, al calor de la protesta y el resurgimiento de la política pública y nacional.

Ya en el curso de las protestas se fue evidenciando una distancia entre propuestas nacionales (transición a la democracia y formas en que esto se puede hacer posible) y la acción popular expresada básicamente como ruptura (simbólica y expresiva) con el régimen militar. Una primera oposición que surge, es aquella entre “movilización-diálogo” y “movilización-ruptura institucional”. Pero más allá de las diferencias de estrategia política (movilizarse, ¿para que?), el fenómeno tiene que ver con la distancia simbólica (la protesta y la acción popular no es expresada adecuadamente por el precario “espacio político-público”) y, por otra, con los contenidos de la transición y la democratización. La elaboración de propuestas para el país no ha puesto en el centro las demandas populares más apremiantes. En Chile, la negociación comienza antes que haya transición; se insiste primero en el pacto social, en la exclusión de sectores, en las atribuciones de la justicia, en asegurarles una salida honrosa a los militares, etc., todo lo cual debilita el movimiento opositor en el sentido que le impide alcanzar consensos básicos (todo esto sujeto a negociación y correlación de fuerzas al interior del propio campo opositor). Todo esto hace que la oposición nacional (la pública, que cuenta con medios para socializar sus propuestas), opere prácticamente en otra esfera (la de la “política”) sin encontrar ni buscar nexos con lo social-popular.

En el marco de esta situación, lo popular tiende a ser visto por determinados sectores más como una amenaza que como sujeto democrático de transformación. Su propia identidad histórica se halla en cierta forma debilitada, tanto por las transformaciones sufridas por el mundo popular, por la derrota de la Unidad Popular y las diferentes lecturas de ella que suscita, como por no contar - como en otras épocas - con un programa capaz de encarar los problemas populares y nacionales. De esta forma, una izquierda sin proyecto se nos presenta hoy más atrincherada en los sentimientos de ruptura del MP y en tradiciones históricas (organicismo y partidismo), que con capacidad de constituir lo popular en propuesta nacional.

La política nacional, en este contexto y de cara al desafío mayor de poner fin al régimen autoritario, deviene prioritariamente en concertación, es decir, impone prácticamente la necesidad de articulación de los diversos actores políticos opositores. Esto, si bien constituye una necesidad práctica, no resuelve los problemas más de fondo que implica la democratización. La concertación es también una forma anticipada de negociación, lo que tiende a reforzar el carácter instrumental de la política nacional, ahondando las distancias con los sujetos populares. El “realismo político” emergente, conlleva un grado de negación tanto de las utopías como de las identidades históricas señalando,

además, los temas del debate nacional. Estos temas son los de la “transición” y no los de la “democratización”. El peligro que esta situación representa para el movimiento popular es terminar siendo orgánico a un proyecto de transición carente de contenidos populares.

2. EL PERIODO DE LA DEMOCRATIZACION

DEMOCRATIZACIÓN: TRANSICIÓN Y CRISIS NACIONAL

Podemos considerar el período actual (86 - 89) como aquel en donde se determinarán los cursos concretos del proceso de democratización del país. Sin que actualmente lo estemos viviendo, la lucha social y política se centra en ese problema, es decir, se lucha por democratizar el país.

Desde un punto de vista popular, la democratización como proceso refiere a dos temas: el término de la dictadura (cómo, cuándo, cuán definitivamente) y a los factores que determinan la participación (inclusión) de las mayorías nacionales en la toma de decisiones respecto de los rumbos de la sociedad (presencia de intereses sociales mayoritarios en la resolución de la crisis nacional y no subordinación a los intereses que defiende el régimen militar bajo otra forma política).

LÍMITES DE LAS ALTERNATIVAS DEMOCRATIZADORAS.

Como se trata de un proceso de democratización realizado en condiciones de crisis profunda, se juegan diversas alternativas de solución de dicha crisis. Hasta hoy se han impuesto las recetas fondo monetaristas que requieren de una institucionalidad represiva. Pero son pensables otras. Ellas se tensan entre dos polos: la restauración de una institucionalidad política democrática capaz de articular consensos parciales (pacto social con exclusiones) y concitar un mayor apoyo internacional y la constitución de sujetos político-sociales fuertes, capaces de estructurar una salida acorde con los intereses de las mayorías nacionales (lo que implica enfrentarse al FMI y a parte de los intereses beneficiados y hegemónicos de este tiempo en la economía).

Cualquier alternativa contará con la herencia de la dictadura en diversos planos, pero sobre todo en el económico (deuda externa, destrucción de la industria, desarticulación de la fuerza laboral, etc.). Será un espacio económicamente restrictivo, que obligará a políticas de concertación social. Es por esta razón que el problema de la inclusión de los intereses populares resulta central en la consideración de la alternativa y consustancial al problema democrático, que no puede ser reducido a la mera restauración institucional. Más aún, la

forma de delimitar el proceso de democratización define los intereses sociales que resultan incluidos y los que quedan al margen. Desde este punto de vista, cabe considerar la “situación de encuentro entre dictadura y democracia” (Delich). Esta situación tiene dos momentos:

i) El de la recomposición política democrática en el marco de autoritarismo, donde se evidencia la brecha entre esta política que resurge y que no encarna las vivencias sociales de los años de dictadura, porque se produce una oposición entre “política y sociedad”. La política buscando encontrar una salida que implica transar y diseñar un escenario de encuentro para la negociación con la dictadura; la sociedad elaborando (a través de la multiplicidad creativa de individuos y grupos, a través de la lucha) el daño recibido y las aspiraciones de liberación no definidas institucionalmente en términos de transición, sino de fin del régimen (vuelta de las libertades, los beneficios).

ii) El de la democratización político-institucional, tanto en su fase de transición como, principalmente, en su fase de reinstalación de instituciones democráticas (elecciones, parlamento).

Es también un momento de encuentro entre democracia y dictadura, por cuanto las instituciones se asientan sobre una estructura económico social heredada del régimen anterior y sobre un cuerpo social dañado, escindido y reprimido, que no realiza un proceso de recomposición en poco tiempo y cuyas posibilidades de democratización reales están en directa relación con el problema económico-social. Los procesos de democratización - el Cono Sur es buena muestra de ello - han sido hasta el momento ante todo un proceso institucional (Lechner).

Y al serlo, no completan la tarea democratizadora manteniendo la escisión entre política y sociedad. En la fase de funcionamiento de las instituciones políticas democráticas, se profundiza el “retorno a la política” como fórmula institucionalizada de enfrentar los problemas, cundiendo la desmovilización de la sociedad civil que había “sobrepolitizado” su accionar durante la dictadura y que, en el momento de la democracia no encuentra reconocimiento en la institucionalidad reconquistada.

LA POSIBILIDAD DE UNA “NEGOCIACIÓN EN LAS ALTURAS”.

Desde el punto de vista político, las condiciones actuales hacen pensar en la alta posibilidad de que, en el momento de dirimirse el conflicto, al menos en el plano institucional, esto se realice a través de una negociación entre el centro político, la derecha y sectores de las fuerzas armadas, en función de asegurar un control sobre una situación de aguda tensión.

La situación actual es que dicha negociación aparece bloqueada por la negativa del régimen a todo intento de descomprimir por la vía de la liberalización política. Pues no encuentra seguridades suficientes en dicha apertura respecto del sistema que ha instaurado y, por otro lado, no se ha desarrollado aún la fuerza capaz de obligarlo a negociar.

La probabilidad de una “salida por arriba” dice relación con la existencia de una dinámica de confrontación creciente en el marco de la ausencia de una alternativa popular unificada y con discurso nacional. Esta dinámica puede llevar a la ruptura institucional en el terreno de la movilización, pero la insuficiente articulación política popular, el carácter cupular de las representaciones sociales, la distancia entre movilización y formulación de propuestas políticas y la falta de proyecto propio, hacen pensar que el conflicto se dirimirá en las alturas, negociación de la cual el movimiento popular no será protagonista, aún cuando haya sido la movilización popular la que le abra las puertas.

El escenario futuro inmediato parece estar dominado por el avance de las posturas más radicales (izquierda), en la medida en que no hayan pasos de apertura, lo que significa, en el actual contexto, mantención y agudización del llamado “equilibrio catastrófico de fuerzas”. Si la opción frente a la movilización es de apertura, entonces tendrá que preverse un aislamiento de los intereses radicales de las masas populares que puede originar, en el mediano plazo, un intento populista.

3. LA EDUCACION POPULAR Y SU APORTE POLITICO. BALANCE

La pregunta:

En las actuales condiciones y de acuerdo con el análisis del MP que hemos esbozado, se hace necesario actualizar la reflexión política sobre el conjunto de prácticas conocidas como de “educación popular” (o EP). Desde una concepción de EP que la entiende como tarea política y no como “preparación para la verdadera política”, es necesario preguntarse por qué estas actividades aparecen hoy día más bien marginales respecto del curso de la política nacional y, por otra parte, qué desafíos le impone a la EP el horizonte de democratización de la sociedad chilena que se está luchando por conquistar.

Gruesamente hemos afirmado que lo que permite conceptualizar a la educación popular como política es entender ésta como lucha hegemónica y ubicarla como aporte a la constitución de sujetos políticos con capacidad de luchar por dicha hegemonía. El concepto usado para denominar este objetivo político es el de “protagonismo popular”. La “renovación” de la política, tal cual se la entendió desde el espacio de la educación popular, tenía su eje en este concepto.

TRAYECTOS DE LA EDUCACIÓN POPULAR: ENTRE LO SOCIAL, LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA.

Lo importante, a este respecto, es que, si bien existió una noción que abarcó lo que podría ser la “concepción política” de la EP, que fue el “protagonismo popular”, esta noción fue formulada en términos vagos y genéricos. En la fase 73-83, un conjunto de experiencias fueron reconociéndose como aportes políticos en esta línea, pero se trataba de una gran diversidad que, enfrentada a las condiciones de la época, lograba consensos generales en torno a estas ideas.

Durante el período 73-83 se produce un crecimiento y consolidación de las prácticas de la EP en Chile. Su sentido político se constituyó “plenamente” en función de una estrategia política que privilegiaba la tarea de reconstrucción y renovación del movimiento popular como lo central. Se fue gestando una propuesta de “reconstitución del tejido social destruido” que operó como norte común de las prácticas educativas. Esta orientación era entendida como la concreción de la meta más general de “constituir un sujeto político popular”.

A partir de la emergencia de la protesta nacional, la hipótesis del protagonismo popular entendida o practicada como mera “reconstrucción de movimiento popular” entra en crisis, por cuanto adquieren centralidad otras dos dimensiones de la política, precisamente aquellas que son fundamentales en el proceso de democratización: la lucha por el fin del régimen militar y la constitución de alternativas políticas nacionales.

En esta situación, lo que se produce, es que ya la educación popular tiene un espacio ganado, con proyecciones políticas, pero no logra resolver unificadamente su sentido político, en términos que no se relaciona claramente con esas dimensiones emergentes y constitutivas de la política nacional de hoy día. Por un lado se buscan respuestas unificadoras (como los Encuentros Nacionales de EP; sobre todo los de 1983 y 1985), pero por otro los desarrollos son muy diversos. Las instancias de encuentro de educadores populares revelan la existencia de preocupaciones comunes y de un cierto lenguaje compartido. Lo que no aparece con nitidez es la proyección política de estas prácticas en ‘una fase donde ya los desafíos del “protagonismo popular” no son únicamente de reconstrucción de movimiento, sino que refieren también al ámbito estatal, por un lado, e involucran una perspectiva de reconstrucción nacional, por otra.

Se producen dos dinámicas paralelas: resurge la “política tradicional”, es decir, los partidos y su papel histórico pasan a dominar ciertos ámbitos del acontecer político, (como la concertación, las convocatorias, la dirección de las organizaciones sociales) haciendo perder importancia a otras dinámicas

más cercanas a la práctica común de la EP (principalmente la organización poblacional y sindical de base, los grupos no directamente reivindicativos: la prensa popular, las dinámicas formativas, el trabajo artístico cultural). Pero, paralelamente a esto, las experiencias de educación popular se multiplican, se diversifican y se especializan.

Es decir, crecen cuantitativa y cualitativamente. Al mismo tiempo pasan a ser actividades reconocidas por una mayor amplitud de sectores que en el período anterior.

Educación Popular y Renovación Política

En primer lugar hay que señalar que todo el movimiento de “ampliación de la política”, de “renovación” de la acción política, del cual la EP es parte, se realizó en condiciones de derrota del movimiento popular. Vale decir que significó una búsqueda de nuevos horizontes para la lucha popular, pero realizada en condiciones de desarticulación, fuerte represión, falta de expresiones populares propias, etc. Esto tuvo por consecuencia que los nuevos hechos y orientaciones políticas tuvieran necesariamente un doble carácter de “renovación” y de “adaptación” a la situación de dictadura. Como el marco ha sido restrictivo y pocas las alternativas posibles, la reorganización popular llevó muchas veces a caminos sin salida, conllevó desarrollos que requerían de otro contexto para continuar, etc. La necesidad objetiva de adaptarse a dichas situaciones, planteó dilemas difíciles de resolver (la acción abierta vs. la lucha clandestina, la radicalidad vs. la masividad, etc.) y en muchos casos condujo a considerar como una “nueva forma de hacer política” aquello que no era más que la inevitable adaptación a una situación que no permitía otra cosa.

Hay que consignar que, durante un período la renovación en su conjunto fue vista por un sector de la izquierda como un fenómeno de adaptación a la situación creada por la dictadura. Se trataba de una izquierda que, muchas veces en los hechos se encontraba cercana al trabajo social popular, pero cuyo discurso no le concedía valor político. Pero no es esa la posición que aquí se plantea.

En el caso de la educación popular este fenómeno tiene importancia por dos razones: en primer lugar porque, más allá de la voluntad de los actores, el mantener un trabajo popular orientado a reorganizar un movimiento, imponía condiciones a las que había que adaptarse y frente a las cuales no existían respuestas previamente codificadas. En segundo lugar, porque la orientación de “reconstruir el tejido social popular, ocultó las diferencias políticas que el “doble carácter” imponía. La reconstrucción del tejido social era una meta lo suficientemente amplia como para aceptar distintas versiones. Representaba un horizonte ideológico que proveía a los avatares

de un discurso común, pero como propuesta política contenía componentes no resueltos en forma unificada. Esos componentes se volvieron fundamentales en el período posterior a 1983 con la emergencia de nuevos datos en la situación política, que hicieron patentes las debilidades políticas de dicha orientación compartida.

Para quienes hemos planteado la posibilidad de fortalecer la educación popular como factor político con relevancia nacional, estos problemas no son nuevos, pero la debilidad de nuestro planteamiento ha estado en considerarlos como meros “problemas” que debían resolverse, sin percibir que se trataba de elementos “componentes” de la EP.

Las debilidades principales de esta orientación compartida pueden resumirse así:

a) Reducción de la noción de “protagonismo popular” al trabajo social de base. En ese sentido el “basismo” era una reacción a un intento burocrático por representar a un pueblo que no se hallaba organizado ni movilizado. Pero, por otra parte, se trata de un fenómeno producto de la situación creada por la dictadura.

b) Linealidad en las hipótesis de desarrollo de tal protagonismo.

c) Dispersión de las experiencias. No hubo, en el período de referencia una constitución de referentes orgánicos ni políticos que expresaran esta línea de trabajo. Si bien es cierto que gran parte de los educadores eran militantes, las rearticulaciones políticas más importantes no se realizaron en función de desarrollar este naciente “protagonismo popular”, sino que en función de otros criterios. Es el caso de las reconstrucciones partidarias.

d) Diferencias internas al interior de los educadores respecto del aporte político.

e) Evolución política de la renovación. También al interior de las tendencias a la renovación política presentes entre los educadores populares, pueden identificarse diferencias que tuvieron una evolución también diferenciada. La principal diferencia se ubica entre esta noción de “protagonismo” que hemos reseñado, y quienes vieron en la renovación política principalmente una revalorización de la democracia política como alternativa a la dictadura militar. La necesidad de ampliar el bloque popular y el énfasis en la profundidad de las transformaciones producidas por la dictadura, llevaron a una concepción donde se postulaba el fortalecimiento de la sociedad civil, el compromiso con el sistema político democrático (alternancia en el poder, pluralismo político y vuelta al proceso electoral). Todo ello asentado en

una fuerte crítica del leninismo, del marxismo y de la tradición histórica del movimiento popular.

El principal punto de encuentro entre ambas vertientes del pensamiento de renovación de la izquierda lo constituía la valoración de los movimientos sociales como factor clave de la política y la constatación de cambios importantes en la realidad, aunque con diferente intensidad. Paradójicamente, la inicial valoración de los movimientos sociales permanece entre los educadores populares mientras el pensamiento de autores como los citados vuelve a una concepción estrictamente instrumental y especializada de la política.

Por otra parte, la tendencia al abandono del marxismo y el énfasis en la democracia como proceso meramente constitucional queda reducido al planteo de grupos intelectuales, sin producir efectos significativos entre las organizaciones o los militantes populares.

f) El carácter más bien “externo” de los educadores. La fuerte presencia de instituciones y profesionales vinculados al mundo popular, junto a la presencia de la iglesia le dieron un carácter de iniciativa de “apoyo” al movimiento, más que expresión del movimiento mismo. Eso fue complementario con el desarrollo de una particular visión de la “autonomía popular” que ha inhibido la auto percepción de los educadores como actor político. Ambos fueron factores importantes para que no se constituyeran articulaciones propias de los educadores durante el período.

LA EDUCACIÓN POPULAR DESPUÉS DE 1983

A partir de 1983 se abre un período nuevo, en el cual las protestas nacionales, como respuesta masiva a la crisis económica y moral en que la dictadura ha sumido al país, pasan a ser el dato fundamental. Sin embargo, la protesta no ha sido unívoca en su sentido político y ha abierto paso a diferentes fenómenos que son los condicionantes de una educación popular más amplia, de alcance nacional, pero con respuestas variadas, y a veces contradictorias, frente a ellos. En primer lugar la protesta abre paso a la recomposición de formas políticas más tradicionales, expresadas en una rápida rearticulación de un campo político superestructural que copó el espacio político público abierto por el régimen y que, con la misma rapidez, se distanció de la realidad social que comenzaba a expresarse masivamente. En segundo término, durante el período se mantiene la movilización masiva en respuesta a convocatorias nacionales y sectoriales, normalmente asociadas a la intención de poner fin al régimen, pero también expresando reivindicaciones específicas de los sectores afectados por la crisis. Por otro lado se constituyen alternativas políticas nacionales que van desde el recambio hasta el derrocamiento y que se estructu-

ran en “referentes” políticos nacionales. Por último es necesario consignar el hecho concreto de la incapacidad hasta el momento de recuperar la libertad y abrir un real proceso de democratización en Chile.

Para la educación popular esta coyuntura ha representado un difícil desafío por cuanto su accionar, ahora reconocido por todos los sectores, no ha marchado al compás de la dinámica de movilización ni de la emergencia de la “vieja política chilena”.

La educación popular, cuya hipótesis del protagonismo popular había tendido a una reconstrucción social más bien lineal y de “largo plazo”, no se adecuó fácilmente a una dinámica de protesta expresiva, multiforme y muchas veces espontánea, que no traducía mecánicamente los grados de avance orgánico del movimiento.

Se ve tensionada por las lógicas contradictorias presentes en el pueblo en el marco de la crisis (las estrategias de sobrevivencia y la lucha directa contra el régimen) y que no han sido capaces de darle aún un camino definido de resolución. Son las debilidades de la acción popular las que justifican las prácticas de educación popular, pero al mismo tiempo las que dificultan su organicidad en este tiempo.

Como hemos señalado, no es la existencia misma de la práctica educativa al interior del mundo popular la afectada en tanto ha ganado espacio y legitimidad -en el sector campesino y poblacional- como un accionar que facilita la reconstrucción de un movimiento que todos perciben como aún insuficiente (organizar sectores nuevos, colectivizar problemas concretos, elevar los niveles de conciencia, permitir el desarrollo personal de sectores muy golpeados por el régimen, etc.). Por otra parte, si bien el contexto sociopolítico ha variado, no se ha transformado totalmente haciendo que las iniciativas que surgieron en el período 77-83 sigan teniendo vigencia o se hayan ido adaptando y reconvirtiendo, (subsiste la exclusión, la represión, los problemas de subsistencia, el abandono de los problemas por parte del Estado, etc.). Por último, los avances del movimiento social y político, expresados en la movilización y en los procesos de politización, si bien no todos están referidos a lo que emerge desde la educación popular, por un lado abren espacios nuevos para la acción (nuevos lugares, nuevos grupos) y, por otro, hay momentos (de reflujo) en que la educación popular cumple funciones insustituibles (que tienen que ver con el rol tradicional de “fortalecer el movimiento”). Lo que si deja colocado como problema el período abierto en 1983 con las protestas, es el del aporte político de estas prácticas en el nuevo contexto.

Tensiones Actuales

El cuadro de dispersión política que actualmente presenta la educación popular, sin embargo, responde a aspectos que es posible determinar y que dan lugar a diferentes opciones dentro de una misma práctica. Es necesario caracterizarlas, por cuanto es posible que dichas opciones, que hoy día marcan diferencias: se conviertan en un campo de disputa en el marco de la democratización. Y esto es producto precisamente, de la vinculación de la-EP al mundo popular y su importancia como factor de construcción del movimiento popular.

Hemos visto que no está resuelta la presencia política popular en el marco de la democratización, tanto porque no se perfila hoy con un proyecto propio, como porque desde otros actores se juegan voluntades diversas para enmarcar los intereses populares subordinándolos. Ambos problemas van a determinar las opciones políticas del movimiento popular en el próximo tiempo. Están marcando, con el sello de la dispersión, la realidad de la EP y probablemente profundicen sus tensiones internas en el futuro.

A modo de hipótesis podemos establecer dos ejes que permiten distinguir los campos de tensión que se han originado en la actualidad. Dichos ejes son: las metas políticas y el aporte específico de la educación popular.

En cuanto a las metas políticas, se pueden distinguir dos polos que tensionan: el polo de fortalecimiento de la democracia y el polo de construcción de poder popular. Con todos los matices y ambigüedades que ambas formulaciones puedan poseer, esta división refiere a la relación entre EP y proyectos políticos. Por un lado se encuentran los diversos proyectos de redemocratización que la entienden como el objetivo supremo y al cual deben subordinarse todas las iniciativas. Como se mira principalmente como un proceso institucional, la EP es vista como un factor de desarrollo de la sociedad civil que puede dar sustento social a esa institucionalización política. Por otro lado están las posturas que parten de la necesidad de una transformación profunda de las relaciones sociales involucrando en ella las relaciones de poder y dominación. El privilegio de una alternativa popular conduce a formular esto como una estrategia de poder popular. En el marco de ésta, la consideración sobre la democracia varía desde las concepciones más instrumentalistas y “etapistas”, hasta las formulaciones que buscan desarrollar una concepción de democracia socialista.

Pero también se da una tensión interna a la EP, que se refiere a la especificidad de su aporte, es decir al grado de constitución de esta práctica. La distinción principal se establece entre quienes asignan un rol específicamente educativo a ciertas prácticas y los que consideran que lo educativo es sólo una dimensión de la acción popular que no necesariamente requiere momentos específicos,

dinámicas propias o educadores dedicados a ella. Estas diferencias se vuelven importantes a la hora de definir quienes son los educadores populares.

Si cruzamos los polos de tensión que hemos señalado, podemos esbozar una tipología, estrictamente tentativa, de los campos en que tiende a estructurarse la educación popular, enfrentada a los desafíos de la democratización:

I. Aporte educativo para el fortalecimiento democrático.

En este primer tipo se ubicarían todos aquellos proyectos que surgen en relación a actividades específicas, normalmente producto de una intervención externa (desarrollos tecnológicos, fomento de expresiones culturales alternativas, modificación de rasgos de la cultura popular, desarrollo personal) y cuyos objetivos están asociados a la dinamización del medio popular, pero no referidos necesariamente a la construcción de movimiento o a una perspectiva de poder político.

II Acción popular para la democracia.

Aquí se ubica probablemente la mayoría de los proyectos que tienen como objetivos generales el desarrollo de la conciencia y la organización populares y están concebidos como apoyo a demandas que surgen del movimiento. Es la lógica de la acción popular y su desarrollo la que los justifica, y sus objetivos tienden a ser definidos como “apoyo”, sin necesariamente plantearse una perspectiva de poder.

III Aporte educativo para el poder popular.

En este campo encontramos tanto iniciativas “externas” como propias de las organizaciones, que están concebidas en función de las demandas del movimiento, pero que suponen una especificidad propia, un aporte permanente a dinámicas que no se desarrollan espontáneamente.

IV Acción popular con perspectiva de poder.

Aquí los límites de lo educativo se hacen difusos, confundiéndose con la experiencia organizacional y de lucha más general. La tendencia es a un predominio de los militantes de organizaciones y menor o nula incidencia de los “agentes externos”.

Es importante señalar que estos campos se configuran como campos de tensión entre los educadores, sin que los límites sean definidos entre uno y otro. Nuestra hipótesis es que esas tensiones irán siendo progresivamente rele-

vantes en la medida en que se avance en el camino de la democratización, en donde se puede producir una disputa en cuanto a definir lo que es “realmente” la educación popular, a partir de estas tensiones.

4. LOS PROCESOS EDUCATIVOS: REFLEXIONES SOBRE SU APORTE AL PROYECTO POPULAR Y A LA DEMOCRATIZACION

Síntesis de lo planteado

Nuestro punto de partida es la dificultad del movimiento popular para constituir una alternativa nacional en el contexto de la crisis del régimen militar. Tras esta dificultad se encuentran obstáculos de diverso tipo, entre los cuales destacamos los efectos de la dictadura sobre el movimiento, que se expresan como baja densidad organizativa y débil politización y el desencuentro entre las prácticas de la base popular y los proyectos que se formulan para resolver la crisis nacional.

La consecuencia principal de los obstáculos mencionados es que se produce una alta movilización popular, pero que no es capaz de recrear las bases de un proyecto popular que unifique y le de perspectiva al movimiento. Esta ausencia de proyecto hace que su incidencia en la crisis actual sea el agudizarla (por la movilización) pero no gravitar decisivamente en su resolución, que requeriría enmarcar la lucha de hoy en una proyección histórica mayor. Esto último es producto del carácter mismo de la crisis, que hemos caracterizado como del régimen, de los actores sociales y de los proyectos históricos convocadores de mayorías.

Por todo lo anterior, el desafío de la formulación de un proyecto popular para la sociedad chilena supone, como aspecto central, capacidad de propuesta para la lucha democrática actual, que vincula la acción de hoy con la construcción sociopolítica de más largo plazo. Como esa capacidad está débilmente desarrollada hemos planteado la mayor posibilidad de una salida política producto de una “negociación en las alturas” más que como resultado de un protagonismo popular capaz de decidir el rumbo de dicha salida, aunque sí condicionándola. Eso pone en el centro el problema de la inclusión de los intereses populares en tal salida, marcada por un sello de cambio institucional más que de transformación socioeconómica.

Respecto de la educación popular y su aporte político hemos señalado que éste se constituyó en nuestro país en un momento político diferente y se ha visto desafiado por la situación actual. En lo principal hemos dicho que la EP fue plenamente “política” en torno a la tarea de reconstrucción del movimiento popular como norte orientador. Frente a la dinámica de profundización de la crisis (movilización anti régimen y surgimiento de propuestas nacionales) la EP

ha sufrido dispersión política (pérdida de un norte común), acrecentando sin embargo su vigencia como elemento de apoyo a la acción popular.

Para los desafíos de la democratización es necesario responder la pregunta por los aportes políticos de la EP, esta vez de cara al desafío mayor: la construcción de un proyecto popular para Chile.

Aportes de la Educación Popular

Hechas las consideraciones precedentes, nos parece que podemos sintetizar en una pregunta el problema del aporte político de la EP en este período. ¿Qué le puede aportar la EP al proyecto popular en condiciones de democratización restringida? Vale decir, no se trata de poner en juego las opciones políticas básicas de la educación popular, pues ellas refieren a la tarea de largo plazo de desarrollo del protagonismo popular. El problema está en analizar cómo se reconvierte dicha búsqueda de protagonismo en una fase histórica concreta que podemos definir como “democratización restringida”. Por otra parte, es necesario especificar el aporte de los procesos educativos. Aunque no adoptamos una definición restrictiva o “profesionalizante” para la tarea de la EP, es necesario acotar sus “alcances y límites” de forma tal de no pedir peras al olmo, ni reducir el problema político del movimiento popular a los posibles aportes de los educadores.

Para el movimiento popular el desafío principal, tal cual hemos venido abordando el problema, consiste en fortalecer - por la vía de la explicitación de un proyecto - al movimiento como actor social y político relevante. Para avanzar en esta dirección se plantea como problema clave el de la articulación entre la lucha por el fin del régimen con los contenidos de la futura democracia. Abordar esta vinculación, que hoy es muy débil, supone al menos dos grandes ejercicios:

- Contribuir a la producción de discursos y propuestas de los diversos actores sociales y políticos populares. Esta tarea requiere de una función político-intelectual consistente en sistematizar y proyectar las experiencias y demandas que estos actores han venido desarrollando en los últimos años. Esta función compromete a los partidos, dirigentes, educadores, intelectuales ligados a los sectores populares, a los educadores, a las organizaciones y a los eventos que ellas realizan. Muchos de esto se hace en la actualidad, sin embargo requiere ser compartido y proyectado con “ideas-fuerza”, como “programa”: como “demanda popular”, como “propuestas” parciales y generales. Ello no constituye una tarea externa al movimiento popular; se trata más bien de potenciar las capacidades ideológicas, técnicas y políticas en los propios actores.

- Redefinir la acción política en un sentido que posibilite fortalecer a los actores populares como sujetos políticos. Para que puedan proyectarse las deman-

das y aspiraciones populares, es necesario que ello se realice en un marco político coherente. Vale decir, supone desarrollar una política que no se limita a la representación partidaria de los “intereses generales”, sino que potencia también las identidades populares como factor político. Esto ha tenido en el pasado una formulación en que se disolvía la función partido en la expresión directa de los grupos populares (en una hipótesis de crecimiento lineal). Lo que se señala aquí es, simultáneamente, el problema de la autonomía de los movimientos sociales y la representación política de los mismos, partiendo de la base que no es posible reducir la una a la otra. En definitiva, se afirma que está planteada como desafío una redefinición de las relaciones entre lo social y lo político que han conducido a bloquear el desarrollo, hasta ahora, de una alternativa popular protagónica.

Ambos ejercicios tienen que ver con la necesidad de reforzar los procesos de identidad política del movimiento popular. El proyecto, a fin de cuentas, permite encarar una doble dimensión de la acción política: reconocerse como actor y poner en juego los sentidos, contenidos y propuestas en relación a otros actores, en este caso de cara al país.

En el corto plazo, lo anterior coloca como objetivos políticos, en primer lugar, asegurar su inclusión en la salida política a la dictadura, pues en la misma medida que dicha salida no involucre la transformación profunda de las relaciones sociales que la dictadura ha producido, se hace necesario para el movimiento garantizar una presencia de sus intereses que amplíen las posibilidades de dicha salida. Esto lleva al segundo objetivo, también del tiempo corto, inmediato, que es el de preservar su autonomía en el marco de dicha salida. La lucha por desplazar a Pinochet implica la concertación amplia y, por lo tanto, la negociación de intereses. Para posibilitar, por un lado dicha concertación y, por otro, la proyección propia del movimiento hacia sus intereses de transformación más profunda de la sociedad, tendrá que conservar y desarrollar una postura propia (expresada como unidad y autonomía política).

La educación popular se enfrenta a desafíos y aportes acotados por la situación del movimiento popular. Es así como se le formula la pregunta de si podrá aportar realmente a la resolución de los dilemas que hemos reseñado. Porque, en definitiva, su carácter político dependerá de cómo se responda a esa pregunta. Está claro que los procesos educativos aportan al desarrollo del actor popular. Que contribuyen a formar grupos, a hacer un trabajo de creación de conciencia social y política, a democratizar la vida interna. Pero, ¿qué le puede aportar esa experiencia a las necesidades de proyección política del MP hoy día? Hay quienes afirman que esa proyección pasa exclusivamente por la política “especializada” y que la labor de EP, por lo tanto, se reduciría al apoyo externo y carecería de horizonte político.

Es un problema de definición de los límites de lo político, pero también de la consideración del aporte -posible de los procesos educativos. El planteamiento que aquí se realiza nos permite indicar desde ya tres procesos en los que es posible ubicar un aporte nítido de la EP y que apuntan al cumplimiento de los desafíos que están planteados para el movimiento popular. Sin duda será necesario completarlos con otros a partir de las experiencias existentes:

- Recuperación de memoria histórica del movimiento.

Este proceso consiste, por un lado, en explicitar y formular desde los sujetos mismos, los rasgos que han definido su propia historia y que han sido silenciados o distorsionados por la historia dominante. Pero es también plantear las vinculaciones y/o rupturas existentes entre los sujetos populares tradicionales y los emergentes, a partir de las transformaciones producidas en los últimos trece años. Este proceso apunta directamente a construir una identidad popular para el Chile de hoy, en que se contengan y representen las diversidades del sujeto popular, en relación a una tradición muy anterior al régimen militar.

- Procesos de comunicación política.

Aquí se trata, fundamentalmente, de aquellos procesos (organizativos, comunicativos, interpersonales, de socialización política) que apuntan a fortalecer la unidad del MP en esta fase. Nos parece que el problema básico aquí es de comunicación política entre sujetos parciales, constituidos en torno a conflictos parciales y meramente unificados en contra de la figura del dictador y por la demanda de “democracia ahora”. Pero no está adecuadamente constituida una comunicación positiva entre los actores que posibilite la articulación de demandas, el reconocimiento de la diversidad del mundo popular, las aspiraciones, etc.

- Elaboración de propuestas.

Un tercer proceso en el que es posible incidir desde la EP es el de levantar propuestas propias de los sectores populares hacia el resto de la sociedad. Involucra los procesos anteriores, pues supone primero un reconocimiento de las propias demandas e intereses específicos a niveles territoriales, locales o sectoriales; en segundo término, un proceso de elaboración al interior de un movimiento más amplio y, por último, una capacidad de proyectar dichos planteamientos hacia espacios más amplios, incluyendo el problema de la incorporación de ellos en plataformas nacionales que incorporan a diversos sectores.

II. COMENTARIOS Y SÍNTESIS DEL DEBATE

COMENTARIO DE PAULINA SABALL

Considero muy pertinente hoy día abordar el tema del sentido político de la Educación Popular. Creo que es un tema permanentemente debatido entre los educadores populares y en los grupos con los cuales trabajamos. A la vez, me parece muy interesante que sea el equipo de ECO quien se plantee esta investigación, en la medida que es un equipo que ha alcanzado legitimidad en el tema a través de las reflexiones y publicaciones que ha aportado durante este tiempo.

Quisiera también decir que mi reacción o comentario es desde mi especificidad y en ese sentido mis comentarios son bastante parciales. Yo soy trabajadora social y mi experiencia en el campo de la Educación Popular ha estado referida principalmente al trabajo con mujeres y circunstancialmente con pobladores.

En este contexto, quisiera relevar tres temas de los que plantea el documento.

Primero, quiero referirme al concepto de política que se propone y sobre el cual me parece necesario debatir. Mi inquietud va por el siguiente lado: siento que de alguna manera en el documento hay un abandono del concepto de política renovada, especialmente en los tres últimos capítulos.

Me parece que durante todo este último tiempo, se ha estado trabajando - y lo expresa bien la primera parte del documento - sobre una concepción de la política que recupere el valor de lo social y cultural: que reconoce los procesos de politización y democratización en un ámbito que va más allá del puro problema del poder y de las alianzas. En este sentido siento que en la primera parte de este documento y en los anteriores de ECO se pone el énfasis y se valoran tanto los procesos de reconstrucción del movimiento popular como los nuevos sentidos que emergen de las prácticas de este período y que a mi juicio, constituyen elementos claves en la formulación e implementación de un proyecto popular. El surgimiento de nuevos actores, la revalorización de la democracia, la carga ética y utópica de estas prácticas, los procesos de recuperación de identidad, las estrategias impulsadas por los propios sectores populares para hacer frente a la crisis, me parece que son elementos que amplían y enriquecen el concepto tradicional de política.

Sin embargo, creo que a partir de la segunda parte del documento se va abandonando este concepto y el problema de la democracia y el proyecto popular quedan referidos sólo a dos problemas: el término de la dictadura y los factores que determinarían la inclusión o exclusión de los sectores populares

en la negociación de una salida para el país. Con ello creo que se dejan de lado los temas levantados anteriormente que, a mi juicio, constituyen el eje central sobre el cual es posible enfrentar el problema de la constitución de los actores y la formulación de su proyecto. Se restringe de esta manera el campo de la política al problema de las estrategias centrándolo básicamente en el poder y función del Estado, con ello se reduce también al actor y su proyecto. Siento así, que el documento cae en el mismo conflicto que plantea al inicio, cual es la disociación entre lo social y lo político, entre la identidad y la capacidad de movilización y entre la capacidad de gestión y la lucha por el poder.

Por otra parte, pienso que con esto, el problema de la democratización queda reducido exclusivamente al fin de la dictadura y la negociación de una salida. A mi juicio la democratización es un proceso que de alguna manera ya se ha iniciado. Ciertamente, no habrá democratización en el país sin el fin de la dictadura, pero hay en curso procesos democratizadores de interés de la sociedad en los cuales es posible reconocer signos que anticipan un proyecto. Me refiero por ejemplo a lo que se ha impulsado en el mundo cristiano, en las comunidades populares y su relación con la iglesia. En el ámbito de la mujer a través del reconocimiento de sus opresiones, su práctica transformadora al interior de la familia y en sus formas de inserción en el ámbito público. Ciertamente estos ejemplos, no se refieren a procesos consolidados, pero constituyen transformaciones importantes a la vez que van generando renovados desafíos.

En el campo de los derechos humanos las prácticas impulsadas por los comités de base e instituciones de Derechos Humanos plantean el desafío de enfrentar el tema de la justicia y la reparación del daño, temas que trascienden y amplían el marco de los desarrollados hasta ahora. Los procesos de toma de conciencia de la mujer plantean nuevos retos que tienen que ver con la estructura de la familia, la legislación vigente, las políticas sociales referidas a la salud, trabajo, etc. Pero son desafíos que se asientan sobre procesos ya iniciados y que tienen un gran valor. Creo que al revisar estos nuevos sentidos de las prácticas de este período, no se puede obviar de ellas la propia intervención de la Educación Popular y su contribución precisamente en el impulso y valoración de ésta.

Segundo, quisiera retomar lo planteado en el documento, respecto del sentido político compartido en las prácticas de educación popular y su crisis posterior a 1983.

Creo que es difícil hablar de un sentido político explícitamente compartido, en las prácticas de educación popular. Creo que desde el inicio es posible reconocer tendencias al interior de las prácticas de educación popular, se me ocurren por lo menos tres: una de ellas es la que concibe a la Educación Popular

como una tarea pre-política, en el sentido de impulsar un trabajo con los sectores populares sólo hasta el momento de producirse el contacto de éstos con la política, ahí acabaría el rol de la Educación Popular. Otra, es la tendencia que pone el énfasis principalmente en la capacitación, que le atribuye a la Educación Popular un sentido instrumental, centrado en el traspaso de conocimientos. Está también aquella que se refiere a la concientización, en el sentido de crear conciencia crítica en los sectores populares en función de que se comprometan con un determinado proyecto. En fin, a lo que quiero apuntar es que no creo que haya habido un sentido único compartido y sin embargo si me parece necesario explicitar cuáles eran y son estos sentidos diversos. Sí me parece que estas tendencias han tenido un peso diferente en uno y otro momento y en ese sentido podría reconocerse mayor hegemonía de una propuesta por sobre otra.

Por otra parte, comparto la idea que la coyuntura del 83 con las protestas y la constitución de referentes políticos nacionales, generan a lo menos desconcierto en la práctica de Educación Popular y principalmente en los educadores populares respecto de su rol. A mi juicio, este desconcierto está referido principalmente a la propuesta - que en su momento adquiere fuerza - que enfatiza en la movilización masiva y plantea como tarea del día el fin de la dictadura. Es el momento en que se debaten en el ámbito de la Educación Popular temas como: la masividad de las prácticas (pequeño grupo y organizaciones masivas), la politización de los grupos (para algunos es el momento de definir un compromiso político partidario).

Con todo, creo que la propuesta de la movilización no produce los efectos esperados; la masividad de las primeras protestas es reemplazada en los años siguientes por movilizaciones parciales impulsadas por sectores específicos: profesionales, universitarios, pobladores, mujeres, etc. Por su parte, creo que se desarrollan iniciativas que logran articular con cierta armonía la práctica educativa y la participación política en las movilizaciones del momento.

En este sentido, me parece que las tareas más permanentes a las cuales está referida la Educación Popular no han perdido sentido; por el contrario, creo que siguen plenamente vigentes.

Tercero, quisiera retomar lo referido al movimiento popular. Creo necesario relevar aquello de los nuevos sectores sociales y políticos que en cierta forma han modificado el rostro del movimiento popular histórico.

Me parece necesario dar cuenta de la heterogeneidad del movimiento popular porque, sin duda no estamos en presencia de un actor único, articulado, homogéneo.

Me parece que estos elementos de diferenciación y complejidad deberán tener peso y presencia en la constitución de un proyecto popular. A la vez,

pienso que tienen un lugar decisivo en la heterogeneidad de las prácticas de educación popular. Aún más, creo que la Educación Popular puede aportar - y de hecho ha aportado - a crear lazos de articulación sin ahogar su diversidad; ello implica reconocer la heterogeneidad y dar cuenta en las prácticas educativas de la especificidad de los actores.

Para sintetizar lo referente a los temas que me sugiere el documento, quiero señalar que veo como aporte sustantivos de la Educación Popular durante este período: el reconocimiento y valoración de nuevos sectores sociales; su contribución a crear lazos entre lo social y lo político. La valoración de la democracia y su aporte al proceso democratizador; la reconstrucción de identidades y sentidos compartidos; su referencia a la ética y los valores que connotan su carga utópica; el impulso y acompañamiento a las iniciativas de enfrentamiento de la crisis que han generado los sectores populares. A mi juicio, constituyen éstos los principales elementos que le otorgan sentido político.

Quisiera agregar tres pequeños comentarios a la investigación propuesta por el equipo de educación popular de ECO.

Primero, me parece necesario y desafiante indagar sobre las prácticas educativas realizadas durante este tiempo, Poder analizarlas tanto desde el punto de vista de lo que hacen como de su conceptualización. Me parece posible visualizar así, las tendencias que están operando, su evolución, su articulación con proyectos políticos y con determinados sectores del movimiento popular y de esa manera poder explicitar cuáles son los sentidos políticos compartidos.

Segundo, me parece necesario abordar el tema de los educadores populares: quiénes son, cómo se vinculan a sus prácticas, cómo se perciben a sí mismos, que adhesiones políticas reconocen, qué sentido a la tarea que realizan, cómo se articulan entre sí. En qué hay que hacer visible a este educador popular, actor un poco ausente en la propuesta planteada.

Por último, creo importante explicitar desde dónde se hace la reflexión planteada por el equipo de ECO. Lo que está detrás de lo planteado ¿es un análisis de las prácticas y proyectos de Educación Popular, o la experiencia y reflexión del propio equipo de Educación Popular; o una reflexión desde la política? Creo que ello facilita la interlocución con la propuesta en el documento.

COMENTARIO DE HELIA HENRIQUEZ

Lo que me parece más importante es que se parta de una valoración que realmente siempre ha estado en la definición de la educación popular pero que no siempre se explicita: el carácter político que tiene la actividad de educación popular.

El primer punto que al respecto señalo, apareció ya en el comentario que se acaba de hacer, y es el carácter excesivamente homogéneo que se atribuye a la educación popular especialmente en la primera parte del documento. Contrariamente a esta uniformidad, me parece que hay diferenciaciones que hacer dentro de lo que entiende por educación popular. De no incluirlas, se arriesga restringir la práctica educativa.

Así, por ejemplo, se enfatiza el papel de los sectores sociales nuevos que integran el movimiento popular y se insiste en la especificidad de nuevos conflictos y contenidos de lucha, y sin hacer casi referencia a los sectores tradicionales, como es el sector obrero. Cabe preguntarse si ello no es indicativo de un sesgo que en tal sentido ha tenido la práctica de educación popular.

Sin pretender adentrarnos en tal tema, me parece que se desliza cierta idea que estrecha, restringe “lo popular”, o dicho en forma más propia me parece que no hay preocupación suficiente por la heterogeneidad de los sectores populares y de sus intereses. Es, por tanto, necesario preguntarse si la práctica de educación popular incluye con cierto rigor esta diversidad.

Igualmente inclusivo de lo popular debiera ser, en mi opinión, una dinámica de articulación, unificación de estos intereses y determinaciones que si bien son disímiles, no son irreductibles por cuanto todos ellos conforman posiciones de subordinación social. La constitución de lo popular como un todo que reconoce un interés general, único, no es un proceso fácil y no lo fue en el pasado, como se sabe. Basta señalar la primacía, durante largo tiempo, del interés de los sectores obreros que estaban ligados a la industria y la franca subordinación de otros sectores, como fue el campesinado o los pobres urbanos. Su incorporación a los proyectos populares fue bastante tardía, como se sabe. De manera que éste es un proceso que siempre es complicado. Ahora, en este período, en esta coyuntura particular de dictadura después de 1973, opera una dinámica de mucho mayor dispersión al interior de los sectores populares, tanto en términos de organización como en términos de acceso a la distribución social de bienes. Pero al mismo tiempo opera también una fuerza en sentido contrario a lo centrífugo: el hecho que todos estos sectores, el conjunto de ellos ha tenido en común la experiencia de profundización de la explotación, del aumento de la subordinación del trabajo. Entonces hay allí, en este movimiento popular tan heterogéneo un elemento que pudiera operar en el sentido de unificar, de demostrar el interés común de la clase. Me parece que es una experiencia que necesariamente la educación popular debe recoger dado su fuerte sentido de unificación y generalización. Ambas visiones, la de la heterogeneidad y, acto seguido, de la unificación del interés común de los distintos sectores, me parecen cruciales para poder definir las prácticas de educación popular, las que, a mi juicio, están más centradas, en este momento, en

lo heterogéneo, en lo particular de cada grupo y menos preocupados de este carácter único. Demás está señalar que este último rasgo es objetivo central en la constitución de un proyecto popular.

Insistiendo en la concepción de “lo popular” que se advierte en el documento, yo pondría en discusión lo que puede llamarse el “origen” de lo popular. Sin que esté explicitado me parece advertir cierto sesgo en el sentido de entender cómo popular sólo a aquello que proviene de las estructuras más elementales de organización, aquéllas donde los sujetos se expresan directamente, cara a cara y sin intermediaciones. Por el contrario, se aprecia una renuencia a reconocer elementos constitutivos de “lo popular” en aquellas otras instancias más amplias, en las cuales no hay una expresión tan directa de los sujetos pero se les atribuye, se le reconoce su representación. Este sesgo, que yo creo advertir en el documento, me parece orientador de buena parte de la práctica de la educación popular. A mi juicio esto significa que esta concepción educativa, así como el concepto de lo popular en que se basa, deja de lado, excluye al ámbito organizativo que no se refiere únicamente a la base.

Quedan así desvalorizadas las organizaciones de segundo y tercer nivel en el plano sindical o propiamente político son - y han sido históricamente - de alta significación como espacios de elaboración del proyecto y demanda populares. Esta estructura orgánica ha sido entendida como términos contradictorios por la educación popular y por tanto, no ha incluido a ambos.

De la situación así descrita puede derivarse otro aspecto importante, cual es que la educación popular aparece, en cierto modo, avalando la dispersión que caracteriza la estructura social y que es, como se sabe un objetivo y un logro de la dominación actual. Al centrar excesivamente su acción en el grupo pequeño, al privilegiar la expresión directa de los sujetos, no tiene suficiente preocupación por implementar formas de recomponer esta atomización social y construir formas o sistemas de relaciones más amplios, de mantener una visión continua de lo global. En otros términos una concepción así no despeja suficientemente los elementos centrales de la sociedad, especialmente lo político.

Pero esta oposición, que la educación popular no ha resuelto, no es sólo orgánica. También se expresa en el plano del conocimiento. Al privilegiar el conocimiento que se refiere a los elementos más cotidianos, más inmediatos, que los sujetos participantes manejan, ha aflojado la referencia a los marcos de conocimiento más globales, que pueden dar cuenta más apropiadamente de los rasgos del conjunto de la sociedad, a pesar de que éstos últimos son, obviamente, necesarios para la comprensión de los rasgos particulares o más restringidos.

En realidad a través de los distintos puntos que he señalado he ido apuntando al mismo objetivo que me preocupa desde hace tiempo y que es la desvalorización que la práctica de educación popular hace de los referentes de análisis más globales a causa del temor de que en tal análisis se disuelvan las demandas y expresiones que definen esencialmente a los actores sociales.

Es cierto que el documento que analizamos reconoce críticamente este ámbito restringido en que se ha movido la educación popular, pero, en mi opinión, no incluye con suficiente fuerza en su crítica, algunas visiones y conceptos políticos que han fundamentado esta práctica.

Así por ejemplo, la idea de “crisis” del proyecto popular, que lleva a descartar casi de plano las proposiciones políticas existentes y las formas a través de las cuales se hacen. Igual o más importantes me parece discutir el concepto de “protagonismo popular”, no tanto en su centralidad y significación sino más bien en la forma como se construye. Especialmente el hecho de privilegiar excesivamente como criterio de validez de lo popular a la expresión directa de los actores y descartar aquellos ámbitos que no se diseñan directamente a partir de la realidad de éstos pero que son espacios donde se desarrolla también el conflicto social, a pesar de que el acceso de los sectores populares sea dificultoso, restringido y a través de representación.

Si bien el problema se formula como el paso a través de niveles que articularían, ha devenido en una diferenciación cuyo tránsito se ve difícil e incluso en una oposición.

Me parece pertinente, entonces preguntarse, por qué lo popular no puede construirse transitando por los diferentes espacios y niveles de la sociedad, recogiendo e interrelacionando los procesos de lucha por hegemonía que ocurren en diferentes espacios conjunta o sucesivamente.

Además de los problemas de esta escisión, me parece lícito preguntarse en qué medida las articulaciones sociales más básicas son realmente expresivas de lo popular, teniendo en consideración el peso ideológico de la dominación y la grave dispersión social.

Por eso es que, a mi juicio, entre las proposiciones más interesantes que se plantean en el documento en análisis, tanto para la elaboración del proyecto popular como para los efectos específicos de la práctica educativa, está la dimensión de la historia.

Sin embargo, la referencia a la dominación general de la sociedad no significa, en modo alguno, despreocuparse por mejorar la forma específica como los

sectores populares expresan su interés en las distintas instancias significativas para la construcción del proyecto popular. La práctica de educación popular aparece como una instancia privilegiada para ello; allí pueden ponerse en juego conceptos muy relevantes para esta elaboración. Así por ejemplo, considerando la importancia que tiene en una sociedad escindida el concepto la dimensión organizativa de participación social es clave; y la educación popular proporciona un marco para construirlo, ponerlo a prueba, sin limitarlo a las formas participativas que se han experimentado en los grupos pequeños, de base, sino que ensayando modos de articulación con los ámbitos donde se generan efectivamente decisiones sociales importantes. Igual cosa ocurre con el concepto de dirección.

Con un sentido similar pienso que la educación popular es también una instancia donde puede avanzarse en la creación de un conocimiento colectivo. En el proceso de capacitación fluye la estructura de conocimiento de la base. Un objetivo interesante es, entonces, recoger tal estructura y vincularla a proposiciones más abstractas. Me parece importante desarrollar una metodología adecuada para realizar este proceso que en el fondo sería un modo de recuperar elementos culturales de la base. No basta, a mi juicio, con que se produzca un intercambio de experiencias - cosa que la educación popular hace - ya que el nivel de concreción es así grande todavía, sino que es necesario una forma sistemática de vincular este nivel al conocimiento abstracto.

El último punto que me interesa destacar es, en la segunda parte del documento, acerca del estatus que se le da a la educación popular. Se entiende a la educación popular como una acción política. Pero, de repente me da la impresión que ésta requiera una orgánica, que la práctica de educación popular se diera o se hubiera dado a partir de ciertos referentes orgánicos a los cuales hoy se echa de menos. Si esto es así, pienso que se establece un límite serio a la posibilidad de orientación que tiene la educación popular en el conjunto del movimiento popular. En éste sentido yo creo que la educación popular es una dimensión de la acción política que desarrollan los sectores populares en sus múltiples y diferentes instancias de organización. El punto esencial en el que la educación popular se reconoce y se identifica es su sentido político, que apunta básicamente a develar las condiciones de dominación, entregando elementos que intelectualmente permitan la comprensión de la situación de subordinación, se representen cursos de acción y se asuma una actitud encaminada a remover esta dominación.

REFLEXIÓN AL CIERRE DEL ENCUENTRO.

MARIO GARCÉS

Está de transfondo un problema que exponía Paulina al principio, como una crítica al documento, que es el problema de la definición de lo político en el sentido que hay, implícitamente, una cierta definición que va transformándose a medida que corre el discurso.

Yo creo que hay una tensión bastante desgarradora en la definición de lo político hoy día y, particularmente para nosotros, en la medida que hay dos componentes de lo político que están tensionados crecientemente. Por un lado el componente nacional y por otro lado el componente de clase popular. Estos dos elementos que quisiéramos ver juntos se desagregan y quisiera ver esta desagregación sobre todo desde una perspectiva histórica porque, a fin de cuentas, también esta definición de lo político tiene una fuerte carga histórica.

Por una parte hay una cierta constitución de lo político antes del golpe que de alguna manera intenta vincular estos dos polos, o que por lo menos aparecen para la mayoría de nosotros como elementos vinculados, a pesar de que uno siempre tenía la sospecha que la nación ha sido expropiada al mundo popular. Yo creo que esa sospecha la teníamos todos e informa nuestra desconfianza con el sistema democrático chileno y los límites que siempre le vimos porque en definitiva la nación venía siempre más constituida desde las clases dominantes que desde el mundo popular.

Yo creo que la dictadura es la expropiación plena por la vía de la exclusión, es decir, si aquí tuvo algo que decir el pueblo de manera integrada, mediada, etc, hoy día ya no tiene nada más que decir, hoy día la nación no la definimos nosotros. Ahora yo creo que la protesta o la reemergencia popular en el país, recoloca este problema de los sentidos nacionales y eso es lo que se insinúa en el documento a propósito de esta pregunta; de qué manera el movimiento popular va a poder incidir en la resolución de la crisis. Por lo tanto la protesta recoloca los sentidos nacionales. Pero, al mismo tiempo esa es una función principalmente política y la política que emerge es la política más tradicional, entonces opera rápidamente ese proceso de expropiación de lo nacional, porque la política deviene en concertación, en relación de fuerzas, en suspicacia, en alianza, etc.

Ese para mí es el diagnóstico, que sin duda interpela, en el caso de la Educación Popular si lo que hemos venido construyendo, esas experiencias, esos nuevos actores, conllevan una capacidad de recrear la imagen de nación o de refundar la nación. El diagnóstico que uno tiene es que en la medida que son otras las cosas dominantes, eso no pasa. Ahí entramos en un problema

bastante desgarrador: quisiéramos que lo local y lo parcial tuviera expresión globalizante, en la totalidad, por lo tanto en la nación, sin embargo la situación que se constituye es la negación de eso.

Creo que hay opciones que hacer y las alternativas no son muchas: si somos o no capaces de recuperar y reprocesar los procesos vividos durante este tiempo y poder verificar en ellos sentidos capaces de refundar el país a partir de los actores populares. Quizás ese proceso quedó a medio camino, es un proceso que uno intuía el año 78, 80, cuando se habló de la renovación; que le cabía al mundo popular un rol nuevo en la recreación del país, en la recreación social y política, que no era puramente vanguardista, que no era parlamentaria que estaba mucho más afirmada en su propia cultura. Yo creo que es probable que esa tarea quedó a mitad de camino pero porque emergió lo otro, porque emergió esta política más tradicional.

Las opciones o las alternativas que yo me imagino son que por una parte en el cuadro que tenemos hasta ahora vamos a convivir con la tensión permanentemente o sencillamente vamos a hacer una opción más radical y vamos a decir: importa más hoy día la constitución de este actor popular a pesar de que sabemos que por lo menos en esta vuelta no tiene capacidad para influir de manera significativa en la resolución de la crisis. Yo creo que esas opciones o esas tensiones están planteadas, el peligro de la segunda opción es que significa un renunciamiento a los aspectos más globalizantes o a los aspectos más nacionales. Sería prematuro quizás decirlo si uno no avanzara un poco en indicar mediante qué proceso se constituyen éstos actores populares y estas identidades populares. En cierta forma cuando yo digo que nos quedamos a medio camino el 80, nos quedamos justamente en esos problemas, en terminar de saber mediante qué proceso se iban a reconstituir estas identidades con capacidad de incidir efectivamente en la nación, ahí nos quedamos cortos y la respuesta vino por otro lado. Porque ahí sí aparecen sentidos más globalizantes, aparecen las orgánicas más inclusivas, los referentes donde lo popular está más mediatizado. Entonces en cierta forma yo diría que ese proceso significó una interpelación tan radical a las prácticas de E. P. que teníamos la premura por alcanzar esos referentes, por alcanzar esas expresiones nacionales con una tarea incompleta, no hecha todavía, creo que vamos a convivir con la tensión entre la clase y lo nacional por un período muy largo.

Para terminar yo diría que hay una pregunta para avanzar en esta segunda dirección, una pregunta bastante fundamental a la E.P. Al ser la E.P. una práctica política, uno tendría que saber si esta práctica política importa alguna novedad o si no importa ninguna, en el sentido que la participación política o la acción política popular tiene historia en el país y hay un largo proceso de constitución de los años 20 en adelante, de fuerte sesgo parlamentarista o

vanguardista, con fuerte demanda sobre el Estado, con representación política. Entonces, es de cara a esa política que uno tiene que interrogarse si la E. P. importa alguna novedad o no. Mi impresión es que cuando uno ha trabajado el concepto de protagonismo, sí importa novedad, una novedad que trasciende la E.P., porque la E.P. aporta a este protagonismo a través de una tarea muy específica, que es la tarea educativa, es decir hace de lo educativo una función política, en el sentido que eso permite el autoconocimiento, constituir saberes, símbolos etc. Pero ese concepto todavía no resuelve otros problemas relativos al ejercicio del poder, a la organización que trascienden a la E.P. y que tienen que ver también con la creación de un universo político de una transformación en la cultura política que es de bastante más largo plazo y que por lo menos en esta vuelta esa vieja cultura política ha mostrado bastante resistencia y capacidad de pervivencia.

GONZALO DE LA MAZA:

Hemos ido rodeando y colocando distintas perspectivas sobre un mismo tema y parece que no son tantos los temas, pero lo que hay son distintas aproximaciones y no está claro el grado de diversidad real, el grado de confrontación que esas cuestiones tienen sobre diversos temas: el tema del sentido político y la posibilidad de hablar siquiera de un sentido político compartido; las características del sujeto popular hoy día y su situación a partir de una dictadura instaurada sobre un cuerpo social con historia; los educadores populares, que es un tema que aparece cada cierto rato, como un agente en algunos momentos más central, en otros de menor importancia pero siempre presente y por último el tema de cómo juegan estos factores en una especie de momento coyuntural del desarrollo de esta historia nuestra o sea, como se puede hacer una reflexión políticamente atingente al devenir de hoy día. Creo que también está en juego la posibilidad de hacer una reflexión sobre la E.P. que sea acotada a la lucha por la democracia en las actuales situaciones y escenarios de futura democratización o si no hay que hablar de la E.P. en un sentido político permanente donde ese elemento no es tan determinante.

Entonces a mí me parece que no cabe un esfuerzo de síntesis cuando los puntos que están tocados aparecen muy válidos por cuanto casi todas las intervenciones de alguna u otra manera van colocando esos tres o cuatro puntos como referencias, pero esas referencias son referencias bastante polémicas y diversas.

Creo que es el estado de la reflexión y eso yo lo veo desafiante para el trabajo que queremos hacer nosotros, pero también para un trabajo de reflexión más permanente que cada uno está haciendo, a cada uno le va tocando y va

tomando sus posturas. Para nosotros es muy orientador el tipo de elementos que se ponen en juego al debatir estos temas, tanto los que se acercan más a lo que se plantea en el documento como los que son más distantes, porque creo que se ubican en torno a pocos temas y en definitiva uno tiene que elegir por donde se mete y tratar de dar cuenta de esa discusión y ver cómo se pueden ir resolviendo. En ese sentido lo veo de una gran utilidad, por lo menos para nosotros, toda esta discusión, hay mucho detrás. Muchas gracias por vuestra participación.

II. LA CUESTIÓN DEL “PROTAGONISMO POPULAR”

MOMENTO POLITICO Y PROTAGONISMO POPULAR

IRENE AGURTO, PEDRO MILOS
EQUIPO DE EDUCACION POPULAR-ECO

Publicado en Educación y Solidaridad N° 4, Octubre de 1983, pp. 4-10

I. Las amplias y variadas movilizaciones populares a que han dado lugar las jornadas de protesta nacional, en lo que va del año; los cambios y vaivenes que resultan de la agudización de la crisis política del régimen; la creciente repolitización de la sociedad y del movimiento popular en particular: el rápido proceso de reconstitución de actores políticos y sus complejas relaciones; son todos hechos que han hecho variar el cuadro de la realidad nacional. El Chile de hoy, 1983, dista mucho del de años anteriores. La realidad ha cambiado y eso supone cambios en los actores, o al menos debiera. Por de pronto la nueva realidad nos arroja un dato que nadie cuestiona: el ha hecho sentir su presencia.

¿Qué importa le asignamos a este hecho?

¿Cómo afecta las orientaciones más permanentes de nuestro trabajo?

¿Estamos frente a un actor popular constituido?

En fin, muchas son las preguntas que obligan a reflexionar en torno a la actual situación. Y cada uno lo hace desde lo que es y desde lo que su práctica -limitada, por cierto- le indica. Lo que queremos intentar es una reflexión y elaboración colectiva a partir de nuestra especificidad como trabajadores sociales populares o educadores populares. Creemos que por el tipo de vinculación que mantenemos con la realidad popular, nuestra percepción de los problemas que hoy enfrenta el movimiento popular tiene una riqueza potencial que hay que aprovechar. Así también confiamos en el aporte político que como trabajadores sociales o educadores podemos hacer a la solución de los problemas populares

2. Ciertamente es que las prácticas de educación popular no han sido ajenas - ni indiferentes a estos cambios: expresión de ello es: la preocupación creciente -desde distintos sectores y en diversas iniciativas- por la relación entre educación y política. O la participación en las movilizaciones y acciones de denuncia. Pero se trata, además, de una presencia que se unifica en torno a ciertos contenidos consensuales entre los educadores populares, construidos en torno a lineamientos estratégicos compartidos. Orientaciones tales como la necesidad de constituir movimiento popular sujeto de su acción, la valorización de las prácticas democráticas como fundantes de una sociedad distinta, etc. son todos “adquiridos”, producto de una acción y una reflexión desde una particular relación con el pueblo. Ellos se ponen de manifiesto como intención, como voluntad y como principios en el momento de resolver los problemas que el movimiento popular enfrenta en su proceso de construcción social y política.

Así en esta coyuntura, los educadores populares comparten un conjunto de preocupaciones que surgen de sus “obsesiones” estratégicas, sin embargo, acusan la falencia de criterios políticos operativos, nítidos, que concreten los objetivos políticos más generales. Esto se hace más urgente aún, cuando se trata de una coyuntura sumamente “veloz” en la generación de nuevas realidades políticas y cuando, además, uno no está por cualquier “política”, sino por una donde el pueblo sea protagonista.

3. La idea de protagonismo popular constituye un aspecto nodal de una política de renovación. En tanto nuestra meta política y utópica es una sociedad socialista construida a partir de la constitución de las clases populares en sujeto histórico y enraizada en las características propias de nuestro país, requerimos de un movimiento popular que incida real y profundamente en el curso de los acontecimientos nacionales.

Así, el protagonismo popular a que se aspira no se agota en la movilización como presencia en la sociedad, sino que esa presencia requiere ser transformada en incidencia. Tampoco se agota en el perfeccionamiento y ampliación de las formas de participación locales, si es que ellas no aseguran incidencia societal. Vale decir, entonces que protagonismo no nos refiere solamente a la capacidad del pueblo de expresar su descontento, su rechazo a la dominación o a exigir determinadas reivindicaciones sino también, y fundamentalmente, a su capacidad de ser actor político, a su capacidad de proponer un orden social distinto.

Esta concepción significa un doble desafío: de poder material -afectar el orden social actual- y de poder hegemónico -como capacidad de creación simbólica a partir de identidades colectivas- Esta forma de concebir la política y de asumir su práctica, significa complejidades mayores que una política

situada exclusivamente en el plano de lo estatal. Una de dichas complejidades es el problema de los actores políticos.

4. Esto nos lleva a preguntarnos por la participación y expresión popular. Una de las formas que ellas asumen -constitución de actor- son los partidos políticos; sin embargo, sabemos que el problema no se reduce a una mayor cobertura de representación partidaria, sino que lo que está en cuestión es la relación partido-pueblo.

La expresión de la realidad multifacética del mundo popular y, por lo tanto, sus diversas modalidades de constitución en sujeto político, requiere una diversidad mayor de canales sociales, socio-políticos y culturales que den cuenta de su complejidad. Complejidad que no refiere exclusivamente a diversidad de situaciones materiales sino también a heterogeneidad ideológica y cultural.

Una política popular que avance en protagonismo, requiere entonces múltiples actores con voluntad de construcción hegemónica. Actores populares que no tienen necesariamente como desafío principal el de transformarse en actores del escenario público nacional-tradicional, pero si -8- el de ampliar el espacio público. O sea, actores con voluntad hegemónica que se traduzca en politización de distintos espacios y ámbitos de la vida colectiva.

Tampoco se trata de optar ante el dilema entre lo nacional y “lo local, sino de buscar la más amplia y diversificada incidencia popular en la sociedad, cuestión que lleve a una modificación -en los hechos- de lo nacional- tradicional y a una superación del localismo (entendido como renuncia a lo nacional).

5. Ahora bien, cuando nos planteamos estas voluntades políticas en relación con los acontecimientos actuales y en particular a partir de las movilizaciones de este año, es que se hacen visibles las falencias que anotábamos anteriormente. Se trata de ese conjunto de problemas e interrogantes que surgen al contrastar esta voluntad de renovación política con las prácticas sociales y políticas que dan vida a un determinado momento histórico. En esta oportunidad lo que queremos es abordar las interrogantes que el actual momento político formula a nuestro quehacer educativo popular; para ello avanzaremos algunos problemas que visualizamos:

A. Las movilizaciones populares se han caracterizado por avanzar desde un cierto espontaneísmo hacia una mayor organización en un tránsito que no ha sido lineal ni carente de problemas. Frente a esta realidad cabe preguntarse por el aporte de las movilizaciones al desarrollo y construcción de movimiento popular, como lo hemos entendido el último tiempo (proceso lento, cualitativo, diverso, amplio, en continuidad y ruptura, a partir- de la

subjetividad popular, etc.) Si pensamos en las características de los sectores que hoy se movilizan, o en hechos tales como una movilización centrada en el ámbito poblacional, en la radicalidad de las acciones de sectores juveniles, en la relativamente débil presencia obrera, o en las acciones de los trabajadores del PEM y POJH si pensamos en todo eso, ¿qué modificaciones introducen en los procesos de constitución y desarrollo de movimiento popular?, ¿en qué aspectos las movilizaciones lo fortalecen?, ¿en cuáles no?

B. La relación partidos políticos-pueblo tiende, en las actuales circunstancias, a reformularse en tanto la “conducción” (tradicionalmente entendida) se ve desbordada por los acontecimientos, o cuando difícilmente algún partido puede atribuirse legítimamente conducción sobre ellos. Nos vemos así enfrentados al “problema” de la heterogeneidad - ideológica, material y organizativa- del mundo popular y a las limitaciones que los actuales causes de expresión popular -principalmente, organizaciones y partidos políticos- tienen para dar cuenta de esta diversidad.

Este problema es reflejo de una carencia mayor cual es la falta de representación nacional del actor popular. Y sin embargo, la acción se sigue desarrollando a pesar de la ausencia de un referente político popular. La pregunta por el cómo participa el germinal movimiento popular en la gestación de alternativas políticas para el país y cómo se construye una instancia de representación popular nacional, continúan pendientes. Se asiste a una crisis de estilos políticos y ausencia de formas alternativas adecuadas a la realidad actual. Y esto se hace más complejo si pensamos que se da un contexto de movilizaciones esencialmente de políticas, anti-dictatoriales, y que no han tenido correlato -por ejemplo- en agudización de las luchas parciales (o reivindicativas).

C. Prioritariamente, la acción-protesta y represión- se ha desarrollado en el espacio territorial, en las poblaciones, y el espacio público nacional sigue siendo -más menos- el tradicional (declaraciones a la prensa, conferencias, tribunales, etc.) ¿Qué conclusiones se pueden sacar de esta constatación? ¿Significa una apropiación y politización del espacio poblacional? ¿Puede interpretarse como un “localismo” ineficaz, como el éxito relativo de una propuesta territorial; o bien, como insuficiencias para incidir en lo nacional?

D. Las movilizaciones de este año han producido una repolitización de la sociedad y, por nuestra parte, la idea de protagonismo la asociamos a conciencia política amplia, no circunscrita a elites organizadas sino producto de la acción y reflexión de una práctica política de masas; ¿qué diagnóstico podemos hacer hoy en términos de conciencia política ‘en el campo popular? ¿Cómo avanzar, desde la mayor conciencia anti-dictatorial que hoy existe, hacia la formulación de un proyecto político popular? ¿Cómo damos cuenta de la ten-

sión entre radicalidad de las acciones y débil conciencia política? ¿se trata de un tipo de ‘conciencia distinto que se genera a partir de dichas acciones, o bien, tal conciencia no existe y las acciones son sólo de politización?

6. Creemos que los que hemos enunciado, son sólo algunos de los problemas o interrogantes que la actual coyuntura nos formula; problemas que son “universales” dentro del campo popular, o sea, válidos para los distintos actores sociales y políticos populares. Sin embargo, cada uno de esos actores, dependiendo de su ubicación, función y concepción, reflexionará e intentará resolverlos de manera distinta o semejante, pero particular.

Nuestra propuesta es simple: que los reflexionemos, que intentemos gestar respuestas de manera colectiva y que lleguemos a compartir desafíos a ser abordados a través de la modificación o afirmación de nuestras prácticas actuales.

Para lograrlo, intentaremos realizar iniciativas que respondan a la preocupación que hemos tratado de fundamentar en estas páginas.

Septiembre 83

A MODO DE SÍNTESIS:

PREOCUPACIONES COMPARTIDAS EQUIPO DE EDUCACIÓN POPULAR-ECO

A pesar de que el tema del Encuentro -protestas y protagonismo popular fue abordado desde una óptica principalmente informativa y hubo poco espacio para una reflexión y debate en profundidad, las intervenciones que en él se hicieron sí permiten destacar ciertas temáticas que preocupan. Problemas que merecen ser discutidos y de los cuales queremos dejar constancia para futuras reflexiones.

El primero de ellos refiere a la distancia que a lo largo de las jornadas protesta se ha ido observando entre actores sociales de base y actores políticos nacionales. Síntomas de este problema serían la “desconfianza de las organizaciones sociales hacia las expresiones superestructurales o cupulares”; el “foso existente entre los partidos políticos y la base social”; los “vacíos de conducción” producidos en torno a la última protesta (octubre) que derivaron en desmovilización; la creciente autonomización de las convocatorias “los pobladores no necesitan ser convocados por nadie” habría dicho un dirigente poblacional metropolitano; etc. Esta distancia o “divorcio” cobra mayor importancia aun si, además, se le reconoce como una distancia entre “quienes protagonizan las protestas y quienes elaboran las propuestas”. Cuestión que no sólo preocupa por las características tradicionales con que tienden a reconstituirse los actores políticos nacionales, o por lo injusto que sería que después

de diez años de autoritarismo y no participación se excluyera a los sectores populares de la elaboración de su propuesta, sino también por la “incapacidad que el propio actor social -sujeto popular- ha mostrado para producir y elaborar propuestas” expresivas de sus intereses y demandas.

Posibles líneas de avance que frente a este primer problema se enunciaron, fueron: aumentar la capacidad dirigente del movimiento; evitar que lo permanente sucumba frente a lo coyuntural, democratizar el debate político; terminar con una “mentalidad organicista” que impide reconocer la existencia de diversos centros de iniciativa informales; ocupación, por parte de los actores populares, de espacios públicos y presencia nacional (“mayores espacios de participación democrática”)

Un segundo problema se centró en las reivindicaciones y su relación con las protestas. Estas, se dijo, nacieron con un fuerte componente político (“salida de Pinochet”) y así fueron asumidas por los distintos actores específicos; luego, con las “tomas”, reaparece la lucha estrictamente reivindicativa la cual también genera movilización y grados de protagonismo. Sin embargo, hoy, se presenta el riesgo de un divorcio entre las movilizaciones nacionales y parciales. Se estima urgente resolver el ‘problema de las formas de articulación entre ambos tipos de expresión popular, ver cómo ellas van sumándose. Frente a la posible despolitización (o “apoliticismo”, o “antipoliticismo”) de las luchas reivindicativas específicas y ante el agotamiento de la expresión mensual de protesta, se hace necesario que las movilizaciones deriven en efervescencia social generalizada en donde las reivindicaciones se van integrando. Aparentemente estaríamos viviendo una paradoja: mientras durante mucho tiempo el problema fue cómo desde la suma de reivindicaciones se accedía a lo político, hoy al parecer, se trataría de relegar lo político a lo reivindicativo.

Este mismo problema se debatió bajo otra formulación, la del tránsito de lo cotidiano a lo político. Una primera visión señaló la existencia de niveles de preocupaciones distintos en la realidad poblacional: existen problemas de necesidades básicas que involucran a todos, problemas de gestión comunitaria que no comprometen a todos y problemas de proyección a lo nacional que comprometen a muy pocos. Así, existe una “vida cotidiana” : de necesidades básicas, una “vida frecuente” de organización comunitaria y una “vida distanciada” de la participación política en las discusiones nacionales. El respeto a estos tres niveles de organización, el contacto entre ellos, sus dinámicas propias, potenciarían el desarrollo armónico entre lo reivindicativo y lo político. Mientras no se desarrolle un primer nivel de “vida social” en la población, luego uno de “vida de necesidades básicas” y luego de “vida comunitaria”, difícilmente se llegaría a un proyecto político asumido por todos. Frente a esta

visión se advirtió del riesgo de caer en un análisis “lineal” de los procesos de participación, desde lo cotidiano a lo político; más allá cuando, en el Último tiempo, la expresión de los problemas cotidianos de los pobladores (desempleo y bajos salarios fundamentalmente) aparece mediada por lo político: el término del régimen.

Un tercer problema, contenido ya en los anteriores. Y formulado más claramente por Espinoza en su ponencia, fue el del “proyecto de los pobladores” entendiéndolo por ello la generación de un proyecto social y político desde la realidad popular y que tenga a los pobladores como sus principales protagonistas. Se trata de avanzar, en un proyecto no solo de reivindicaciones sino que incluya una salida política a la actual situación y que represente más allá de los, pobladores. Un proyecto del conjunto del movimiento poblacional que permita articular coherentemente lo político a lo reivindicativo a través de convocatorias que interpreten a las mayorías nacionales. Un proyecto que sea una propuesta al país. Aparece esto como tarea importante aunque los niveles de concertación no sean los óptimos; se reconoce que la construcción del proyecto poblacional va a partir de las organizaciones que hoy se lo están planteando como preocupación. De allí se propone un rol para los educadores populares: incorporar tal preocupación en el trabajo cotidiano con los sectores populares.

Un cuarto problema, formulado para ser tratado en el Encuentro pero le no alcanzó a ser debatido, refiere al protagonismo de los distintos actores populares. Se dieron cuenta algunas de las ponencias incluidas en esta publicación; sin embargo, queda pendiente la pregunta más particular por las maneras en que las protestas han desarrollado la capacidad protagónica de los distintos actores populares (jóvenes, pobladores, iglesia de base, partidos) Esta inquietud fue reflejada en las intervenciones plenarias.

Por último, otros dos problemas más específicos no alcanzaron a ser profundizados. Uno, el presentado por Fernando Ossandón en torno al escenario de las comunicaciones. Otro, el planteado en relación a la variación de la naturaleza de la represión con el curso de las protestas. La represión, de ser un instrumento eficaz de generación de hechos políticos en orden a redefinir el Estado, de ser “iniciativa del régimen”, ha pasado a ser respuesta al ejercicio de una voluntad de protesta por parte del pueblo. Hoy la represión es provocada por un ejercicio de movilización popular y se la asume y enfrenta como tal. Ambos problemas -protestas y comunicaciones y protestas y represión- siguen presentados para su discusión.

III. LA CUESTIÓN DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

EL TRABAJADOR SOCIAL POPULAR: EL ACTUAL DESAFÍO DE SER ACTOR

HUGO VILLELA

Publicado en *Educación y Solidaridad* N° 3, julio de 1983, pp. 21-48

INTRODUCCIÓN.

La preocupación que ha orientado estas páginas ha sido el constatar una situación que se repite con frecuencia desconcertante:

- La enorme distancia que existe entre las propuestas de estructuración política de alcance nacional y las prácticas y propuestas locales y parciales que consiguen expresar algunos procesos e iniciativas populares.

- La distancia que, en nuestra sociedad, existe entre el plano de la teoría política y el de las micro-experiencias -a veces no tan “micro”- de búsqueda de liberación social.

- El vacío que media entre el intelectual de la teoría, a veces constructor de propuestas políticas, y el intelectual -durante muchos años autonegado- colaborador en la construcción de un “movimiento popular sujeto”.

En política, o. más bien, cuando se intenta una construcción política de alcance nacional, estas “distancias” y estos “vacíos” pueden llegar a sumar negativamente. Tenemos la seguridad de que uno de los modos posibles de acortar la distancia y de llenar los vacíos, es el de sugerir la incorporación de nuevos “actores”.

Postulamos que el trabajador social popular, en su calidad de intelectual referido a procesos populares, ha desarrollado este papel de actor en la construcción de la sociedad, en diversos momentos del desarrollo político reciente. Nos preguntamos por las razones que han bloqueado la explicitación de este rol en los últimos diez años. Y, por último intentamos vislumbrar el desafío para el tiempo que viene.

A lo largo de este trabajo usaremos la expresión “trabajador social popular”. Con ello hacemos referencia a un actor que ha tenido manifestaciones muy diversas para que, dentro de la diversidad, mantiene algunas constantes que 10 caracterizan:

- Una referencia permanente al desarrollo de actores sociales populares.
- Una pertenencia actual o “pasada” a las capas intelectuales profesionales.

Por extracción social y horizonte cultural, pertenencia a los sectores medios. (Al menos mayoritariamente. Los elementos populares son una minoría dentro del conjunto)

- Una práctica social donde lo determinante ha sido la referencia a la “relación educativa”. En este sentido, hablamos a veces del “trabajador social popular-educador popular”.

En el horizonte de esta práctica, muchas veces ha estado presente la percepción de desarrollar una función en que la política, hasta cierto punto, es pedagogía o la pedagogía es política. Trasfondo de un esfuerzo educativo popular.

Por último, antes de pasar a señalar el objetivo un tanto pretencioso de estas páginas, deseo señalar que este trabajo tiene mucho de creación colectiva. No en su presentación actual, pero sí en su gestación. Producto de no pocas discusiones, encuentros y desencuentros con el Equipo de Educación Popular de ECO.

El objetivo de esta reflexión, es llamar la atención sobre la necesidad de que el trabajador social popular:

- Explícite su calidad de actor social y político, jugado durante todo el período.

- Juegue este rol desde su ubicación específica.

- Emerja desde la interioridad de experiencias locales o microsociales para aportar en el plano de las propuestas nacionales.

- Asuma el papel de articulación que de él se espera, desde el conjunto de prácticas dinámicas populares que en este periodo ha acompañado.

Se trata de poner en juego una identidad social, constituida a lo largo de estos años, en este momento de construcción política que demanda la presencia de actores.

Tal vez, para facilitar la lectura positiva de lo que viene, sea necesario apresurarse en anunciar que dicha identidad no se ve ni como suplantación, ni subsidiaria, ni como “voz de los sin voz”, respecto al actor popular. Se visualiza más bien una identidad específica de un sector que, partiendo de hábitos y prácticas intelectuales y políticas, ha permanecido ligado directamente al desarrollo de los procesos populares. La línea de la reflexión que queremos ofrecer, se desarrolla gruesamente en torno a los problemas de identidad de este actor y deseamos abordarlos en tres puntos:

1. El trabajador social popular en la etapa de las ampliaciones democráticas.
2. El trabajador social popular en el período de las reducciones autoritarias.

3. El trabajador social popular• en la construcción de la propuesta de un nuevo orden democrático para Chile.

1. EL TRABAJADOR SOCIAL POPULAR EN LA ETAPA DE LAS• AMPLIACIONES DEMOCRATICAS.

Si se trata de colocar elementos de identidad, es necesario dejar en claro que el trabajador- social popular y su práctica de educador popular, no son un dato producido por el régimen autoritario imperante al estrechar los espacios sociales. En este sentido, el educador popular no es el fruto de la reconversión del educador bajo condiciones autoritarias. Si bien, muchos de sus rasgos constitutivos están condicionados y marcados por el marco político autoritario de estos años, la existencia del trabajador social popular-educador popular, es parte del desarrollo político de nuestra sociedad en los últimos 20 años y estuvo directamente ligado al referente estatal en su lógica de mantener-se como “instancia general válida” frente a los sectores populares emergentes.

Este antecedente histórico nos parece importante porque levanta un rasgo de nuestra cultura política; porque le da perspectivas a las búsquedas de renovación política que, tal vez de modo apresurado, envasan la densidad de una práctica social en la noción de populismo; y porque -de algún modo la historia reciente del trabajador social-educador popular tiene que ver, en forma no casual, con el papel de los intelectuales en los desarrollos históricos que vive nuestra sociedad.

Hecha esta aclaración, sobre las bondades de hacer un poco de historia, pasamos a formular algunas hipótesis descriptivas, que pensamos pueden ayudar a colocar las cosas con alguna perspectiva.

- Los procesos educativos no formales co-existieron y fueron parte de la construcción del movimiento obrero chileno. Si bien en esta etapa, lo educativo era una meta ligada al proceso de constitución de las organizaciones que entran en escena: sindicatos; partidos. Y el educador era un agente que pertenecía al movimiento mismo. No se habla en términos de educación popular pero se esperaba de lo educativo-no formal un aporte en la constitución de “clase”.

- En la década de los 60 y a partir del régimen democristiano (1964) surge la “educación popular” en su versión “concientizadora” y el “educador popular” como “agente externo”.

En efecto, el régimen democristiano inaugura una nueva etapa de construcción social dentro de un proyecto de modernización capitalista que, fundamentalmente, va dirigido a darle cabida dentro del sistema político a nue-

vos sectores sociales que venían demostrando capacidad de actor político y potencialidad de mercado interno para la expansión de la industria. Es el caso de los sectores campesinos y los pobladores.

La modernización capitalista intentada, viene a corregir un proceso anterior que en su apertura democratizante no daba cuenta de los nuevos actores. Bajo el régimen democristiano de “la Revolución en Libertad”, el Estado se estira y reformula para dar espacio a “reformas estructurales” que canalicen en un nuevo proceso de construcción Social, la presión de los “nuevos actores”.

Dentro de esta lógica de construcción social, aparece la “educación popular” en su versión “concientizadora”. Ella parte sustentada en dos soportes:

a) La lógica del “Estado de compromiso” con sus reformas ampliadoras inclusivas.

b) La lógica de las demandas de sectores históricamente excluidos: campesinado y sectores poblacionales.

- El problema es que estas dos lógicas no llegan a encontrarse en una síntesis de construcción social consensual. Los sectores populares excluidos rebalsan las potencialidades del reformismo estatal. La voluntad de construcción social del Estado de compromiso, queda corta en su papel de articulación de demandas. El papel de mediación que jugaba el Estado -para conseguir articular las demandas- implicaba filtrar “demandas e Identidades” en función del “juego democrático”.

- En este contexto estatal aparece un actor nuevo, “estatalmente” reconocido: “el promotor” cuya práctica es la del trabajador social popular. Al interior de este rol, se va definiendo en un contingente amplio, una práctica educativa popular.

Se trata de un funcionario estatal o privado pero ubicado dentro de la lógica estatal. De extracción predominantemente sectores medios- universitaria y perteneciente a las nuevas generaciones.

Este trabajador social -el “promotor”- rápidamente se encontrará atrapado entre dos lógicas. Desde lo individual, se tratará de un conflicto de lealtades: o ser “instrumento - brazo largo” del Estado de compromiso y sumarse a su racionalidad de técnico-político que, en una gran obra de “ingeniería social” -la Promoción Popular- buscaba colocar a los campesinos y pobladores como interlocutores del Estado, dentro del sistema; o apoyar los procesos de constitución de identidad social. Dicho en un sentido amplio, colaborar en la explicitación y constitución de lo que hoy se ha venido denominando “movimientos sujetos”.

Interesa subrayar el papel que entran a jugar agentes externos en este proceso de construcción social, especialmente por la vía de “la relación educativa”.

La “relación educativa” en la práctica del trabajador social, se transforma en uno de los terrenos de confrontación de estas dos lógicas.

Dicha “relación educativa” que, en la lógica de “ingeniería social” del Estado llega a Chile como “un método de alfabetización” -el método de Paulo Freire- contenía en su propuesta global, suficientes elementos de ambigüedad como para: por un lado, satisfacer los requerimientos programáticos de modernización del Estado y ser la clave para abrir el paso de “lo tradicional” a “la modernidad” respecto a masas populares ubicadas en situación de “atraso” y bajo la presión histórica de una dominación oligárquico-tradicional.

Por otro, dar continuidad a la búsqueda de propia identidad de los sectores en cuestión. El método de la conciencia, sobre el que se establece la relación educativa, no sólo superaba los objetivos modernizantes con los que intentaba construir un sistema político más amplio, sino • que, iba mucho más allá de las fronteras deseadas, al ser apropiados desde dinámicas vinculadas a los sectores populares.

- La práctica de trabajo social y sus contenidos educativos que se inaugura en este periodo, cuenta con el respaldo financiero-institucional del Estado y con un reconocimiento social, especialmente del sector universitario y de los intelectuales de la educación y de las ciencias sociales. Existe una validación teórica y profesional del nuevo quehacer.

Por otra parte, se puede postular que el desarrollo de esta práctica de trabajo social vinculada a actores populares emergentes, fue uno de los componentes de la fractura teórica y política que sufre el socialcristianismo a fines de la década del 60, y que da origen a sectores de una “nueva izquierda”.

- Otro elemento a levantar, es que la novedad de este proceso de construcción social desarrollado con agentes externos, de extracción universitaria o profesional y ubicados preferentemente en torno a una “relación educativa” con sectores populares, coloca de modo nuevo el problema de la relación intelectual-pueblo, cómo una exigencia objetiva del reordenamiento político que intenta el Estado, en • interacción con el surgimiento de identidades populares.

Si bien surge dentro de una matriz de populismo estatal, en su accionar contribuye a la ruptura de tal diseño político.

- La identidad de este trabajador social popular se despliega más allá de su adscripción inicial como funcionario de aparato estatal, y más allá también de

los proyectos de ordenamiento originados en el Estado. Ello es posible por el conjunto de referentes en medio de los que se constituye como actor: además del Estado, las organizaciones populares; los referentes orgánico-partidarios; procesos ideológicos abiertos; referentes de luchas populares, etc.

El desenvolvimiento en permanente interlocución y confrontación con este conjunto de referentes y actores hizo posible que el trabajador social -en la práctica- definiera la especificidad de su aporte desde su ubicación de agente externo de extracción universitario- profesional, en ejercicio de una práctica intelectual que colocaba en referencia el desarrollo de organicidad popular. En otras palabras, que se reconociera en una identidad de intelectual ligado a dinámicas populares.

El trabajador social popular aparece ligado al proceso de desarrollo político chileno en la década entre los años 60 y 70.

- En el período de la Unidad Popular, el Estado y los partidos políticos de la izquierda, se colocan al centro de las iniciativas de constitución de actores. El trabajo popular se reubica en los nuevos espacios estatales desde las pertenencias a orgánicas partidarias.

Lo educativo alcanza un gran relieve como vehículo de incorporación y, en ese sentido, de constitución de los sectores populares en actores protagónicos.

El problema de la constitución de nuevos actores, especialmente el campesino y el poblador, es abordado unidimensionalmente desde el imperativo político de adhesión al “proceso” en marcha.

Esta adhesión suponía hacer avanzar una conciencia social “atrasada”, existente en diversos segmentos de los sectores populares, hacia ciertos “óptimos” de politización que fundamentalmente consistían en la comprensión de la lógica política del proceso: “conquistar todo el poder”; y en la maximización de su base material: “la batalla de la producción”.

Ambos objetivos son recogidos por un enfoque educativo que privilegia “la educación de los trabajadores” desde un soporte estatal importante. Por otra parte, las organizaciones populares abren espacios propios para lo educativo refiriéndose al Estado para la satisfacción de demandas concretas de capacitación y de financiamiento de actividades educativas.

La “educación de los trabajadores” se coloca en función de la “capacitación para el proceso”. Tres planos educativos caminan juntos: a) la formación instrumental, desde la alfabetización hasta la contabilidad y la administración de empresas; b) la formación política e ideológica centrada en la entrega de

un marco interpretativo de la sociedad y la “realidad nacional” con una fuerte carga doctrinaria envasada en el “manual” y e) la formación histórica, encaminada a la apropiación de la historia de Chile, desde la lógica de los sectores populares, pero sesgada por el peso de lo doctrinario .

En medio de la interacción de estas dimensiones, lo que resalta es la permanente tensión que se da en la relación educativa, entre la dinámica de la conciencia social de los sectores populares que comienzan a perfilarse como actores en la escena nacional y el imperativo político coyunturalmente veloz, que resuelve lo educativo a través del traspaso de cuerpos doctrinales a internalizar por los sujetos. También en la educación popular lo político se sobrepone a lo social. Esta sobreposición contribuyó también a afectar la identidad del trabajador social, haciendo difusa la frontera entre el rol profesional específico y el papel de activista que le asigna la militancia política.

2. EL TRABAJADOR SOCIAL POPULAR EN EL PERIODO DE LAS REDUCCIONES AUTORITARIAS.

La derrota sufrida por el movimiento popular y el advenimiento del régimen militar desde 1973, traen consigo el desdibujamiento de la identidad del trabajador social popular.

En efecto, el conjunto de referentes y actores son eliminados.

Se instaura un Estado que excluye al pueblo de su estrategia de “construcción social”.

El rol del trabajador social popular pierde el soporte estatal y el reconocimiento social; por el contrario, los trabajadores sociales -en la primera etapa represiva- pasan a ser perseguidos.

Se produce una situación de discontinuidad en las prácticas de trabajo social popular y especialmente en las prácticas específicas educativo-populares.

Esta discontinuidad se ha expresado en planos diversos:

a) La discontinuidad respecto al “espacio estatal” y su reemplazo por “espacios institucionales” que estructuralmente carecen de la capacidad generalizadora del Estado.

Este estrechamiento de un “espacio general” es también reducción del espacio político como lugar normal de realización de prácticas educativo- populares.

b) La discontinuidad respecto a las prácticas populares que estaban a la base del desarrollo y ampliación de un movimiento popular. Y al proceso de afirmación de una identidad popular.

Esta discontinuidad del referente popular vendrá a afectar muy directamente a la identidad de actor social y político que llegaba a definir al trabajador social popular-educador popular.

c) La discontinuidad respecto al “personal”: una nueva generación de “agentes externos” viene a reemplazar al anterior trabajador social-educador popular ubicado en el aparato estatal.

El problema más inmediato de esta “nueva generación” será el de legitimarse y abrir espacio a su trabajo dentro de entidades institucionales que en sí mismas constituyen “mediaciones” de otro tipo respecto a los sectores populares (Instituciones de trabajo solidario directo, Vicarías, etc.).

La común extracción de militancias políticas de izquierda, del “nuevo personal u, es un rasgo a resaltar, pues su encuentro con las “mediaciones institucionales” especialmente eclesiásticas, será un capítulo largo de aprendizaje mutuo sobre el sentido de lo político y el cómo hacer política en las nuevas condiciones.

d) La discontinuidad teórica:

No queremos referirnos aquí al proceso que culmina con el diagnóstico de la crisis teórica de la izquierda.

Se quiebra una práctica social apoyada en una teoría de cambio social.

Se define un activismo que no da espacio a la teoría ni para eliminar la misma acción. Tampoco se da mucho lugar al análisis, necesario para conducir el accionar. se’ comienza a trabajar con el “análisis prestado” o “recibido” especialmente de los aparatos partidarios en una primera etapa y, más adelante, cuando los intelectuales comienzan a producir y distribuir sus estudios, entonces se adoptan sus análisis.

En medio del predominio del activismo, se cultiva un “anti-teoricismo” que tendrá consecuencias en cuanto a desdibujar la identidad de intelectual que, en un sentido amplio, tiene el trabajador social popular-educador popular.

La discontinuidad teórica se da también en el plano de lo educativo popular. Es en los años recientes que se “redescubre” Paulo Freire y su método. Pero este redescubrimiento no consigue rescatar la memoria de la “aplicación del método” en el trabajo poblacional y campesino de la década anterior. Da la impresión que teóricamente se parte de cero, sin la posibilidad de tener sobre la mesa la experiencia acumulada.

e) Junto a estas cuatro discontinuidades (se podrán anotar otras) se mantiene como elemento de continuidad, una perspectiva de “construcción social” pero en situación estructural y en condiciones de subjetividad, radical-

mente opuestas. Después de la derrota cambian las condiciones para intentar una construcción social.

La dimensión educativa centrada en la conciencia, es reemplazada por la respuesta a prioridades propias de la situación de emergencia. Se inicia un largo período de “trabajo social solidario”. (1973-1977).

El “trabajo social solidario” en sus diferentes momentos y expresiones, abre una etapa de “construcción social” donde lo determinante ha sido la búsqueda de sentido de las prácticas populares. De cierto modo antecede e inicia una búsqueda de lo que hoy día se ha llegado a llamar con el nombre de “renovación política”. Busca responderse a la pregunta sobre cómo hacer política.

Esta búsqueda de sentido, colectivamente asumida, puede ser postulada como la política: “...podemos concebir la política como el descubrir, formular y articular los sentidos inmanentes a las prácticas sociales. Las diferentes prácticas sociales producen diferentes significados, que pueden ser estructurados de distinto modo. Esta continua desarticulación y rearticulación de sentidos hace el contenido de la lucha política.”²

Si el trabajo social popular que se inicia a partir de 1973, está marcado por la ausencia de un conjunto de referentes frente a los cuales el trabajador social definía su identidad, tal vez, la ausencia más relevante sea la que se produce en el plano de “lo popular”.

El régimen autoritario imperante ha afectado en profundidad el sentido de las prácticas sociales en todos los ámbitos de la sociedad y con características especiales respecto a los sectores populares.

La desarticulación de la política operada por el autoritarismo ha actuado tanto por el impacto de su amenazante “discurso a-político armado” -con la secuela de temor generalizado en las diversas capas de la población como por el efecto del deterioro cotidiano que ha significado el cambio de la base material de producción de la existencia de los sectores populares. Base material que constituía la fuente de producción de sentidos para los diversos sectores laborales y sus familias. Despojado de su puesto de trabajo o de la estabilidad laboral, el ciudadano se resiente en su capacidad de producir, de articular o de enfrentar sentido. De producir o recrear lo político.

En este contexto de a-politicismo del sistema -no sólo discursivo sino materialmente provocado- las prácticas de educación popular han venido compartiendo a lo largo de estos años, diversos momentos de la búsqueda de sen-

2 Norbert Lechner, Estado y política en América Latina. En: Separata de “Cultura, sociedad y política en el mundo actual” Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Ministerio de Educación y Ciencia. Nuevos Cuadernos de la Magdalena, Madrid, 1981, p. 341.

tido de las prácticas populares que han acompañado. También es necesario decir, que no siempre han conseguido descubrir en ellas a la política como trasfondo inmanente.

Provisoriamente podemos señalar tres momentos en este desarrollo, que a su vez son actitudes básicas, y que aún hoy día se superponen en las prácticas de “trabajo social popular-educativo populares”, y que ayudan a visualizar diversos momentos de esta búsqueda de sentidos entendida como rastreo de lo político.

2.1. EL ORGANICISMO PARTIDARIO COMO BÚSQUEDA DE SENTIDOS:

Herederos y/o continuadores de ciertas dinámicas partidarias superpuestas o colaterales a dinámicas populares. No siempre el politismo organicista ha conseguido avanzar hacia lo político. En no pocas situaciones ha generado expresiones de despolitización.

Bajo el imperativo de restaurar o crear orgánicas, el “organicismo partidario” ha carecido de la suficiente distancia y perspectiva para valorar los ritmos de desarrollo de expresiones sociales enraizadas en necesidades básicas. La premura por entrar a conducir, muchas veces ha bloqueado nuevos desarrollos de lo político desde situaciones o dinámicas ubicadas netamente en lo social.

Se pone en cuestión un modo unidimensional de “hacer política” y se abre la pregunta en torno a lo que significa hacer política más allá de los “modos canonizados”. Si bien esta tendencia se dio dentro de una etapa que buscaba rearticular las orgánicas sociales y políticas dismanteladas (1974-1977), pareciera que, de algún modo, ha persistido como actitud básica de comprender la acción política

2.2. LA RELACIÓN EDUCATIVA COMO MODO DE APORTAR SENTIDOS:

El descubrimiento de las dimensiones educativas en el quehacer del trabajador social popular, es un momento importante en la autoreflexión. El se va imponiendo progresivamente como una especificidad concreta dentro de la función genéricamente “activadora” con que se define al inicio el trabajador social popular.

La educación popular -con toda su diversidad de concepciones- pasa a ser la puerta de entrada a un proceso de apoyo a la reactivación de los sectores populares. La búsqueda de “metodologías eficaces” en torno a problemas tales como: desarrollo de conciencia social; de organización; de masificación; tienden a asignar a lo educativo un sentido en sí mismo. Lo educativo y la metodología educativa eran colocados como una “propedéutica de la práctica”.

No se trata tanto de anotar una “desviación educativista” como de subrayar el paso por un dilema o tensión entre: colocar la relación educativa como un proceso que tiene su principio y su fin en sí mismo, -convirtiéndola en “momento pre-político” o, entender y jugar lo educativo como parte del proceso mismo de búsqueda de sentidos en el acompañamiento de las prácticas populares.

2.3. EL ENFASIS SOBRE LA CULTURA POPULAR COMO LUGAR DE PRODUCCIÓN DE SENTIDOS:

La presencia actual de este énfasis parece denotar un momento de maduración diverso.

La valoración de lo cultural popular ha significado al menos dos constataciones significativas en cuanto a perfilar identidad y ubicación del trabajador social popular:

- Una, la constatación de que: este una “cultura popular” como universo distinto de la “cultura no popular” a la que, en la gran mayoría de los casos, el trabajador social popular pertenece con una pertenencia tal que lo transforma en portador. Se trata de dos universos culturales que entran en interlocución y que, por lo tanto, no existe entre ellos una continuidad dada, sino cuando más, espacios para posibles “síntesis culturales” a construir.

Esta evidencia, más o menos asumida, ha llevado al trabajador social popular a tomar mayor conciencia de su identidad de actor externo, a leer en su historia personal los datos de deformación y origen que lo vinculan -en un sentido amplio- mayoritariamente a los estratos de intelectuales de nuestra sociedad. Pero también la conciencia de no ubicarse en los estereotipos más formalizados del quehacer intelectual.

- Una segunda constatación que se desprende de este énfasis en lo cultural popular, es la que subraya como dato “la autonomía de lo popular” en el proceso mismo de búsqueda de sentidos.

Pensamos que existen o coexisten dos connotaciones de la “autonomía de lo popular” en lo que podríamos denominar una cierta forma mental del trabajador social popular. Una, que es la constatación del dato: “lo popular”, -junto con poseer un conjunto de componentes que le dan continuidad con las formas de dominación imperantes en el conjunto de la sociedad, posee formas autónomas de producción y reproducción de su propia identidad que, de algún modo, se revelan como modos de resistencia. En este sentido, lo popular es autónomo y es éste el dato que asume el énfasis por lo cultural popular.

Una segunda connotación de la “autonomía de lo popular” es la que parece provenir de la vertiente de dinámicas partidarias en la etapa más organicista

del trabajo social popular, (1975-77) y que afirma la autonomía con un sesgo de “deber ser” al constatar el peso y la dependencia que creaban las mediaciones institucionales y/o eclesiásticas respecto a las organizaciones populares que surgían bajo la cobertura de esos espacios sociales. La autonomía se fue afirmando en la realidad de las organizaciones, pero esta afirmación realizada por parte del trabajador social, no siempre contribuyó a perfilar su identidad propia. Más adelante volveremos sobre este aspecto.

La hipótesis que lleva a enfatizar la cultura popular como “lugar de producción de sentidos”, si bien no ha conseguido alcanzar en un tratamiento sistemático, ha conseguido levantar un conjunto de valoraciones que contribuyen a responder desde iniciativas y organizaciones populares a la pregunta sobre cómo hacer política hoy. Es cierto que estas valoraciones se vienen colocando a prueba en los espacios de micro-experiencias del trabajo social popular. Ellas apuntan, desde un cierto ángulo antropológico cultural, sopesar los elementos de cotidianidad que son más determinantes de estados de subjetividad, especialmente en el ámbito de la familia popular. Al papel que juegan los procesos de recuperación de memoria, en la construcción de identidades sociales y políticas populares. A las interrogantes sobre el modo de conocer, de interpretar y de construir representaciones sobre la realidad, etc.

Apoyado en el acompañamiento y en la búsqueda de sentidos en medio de estos procesos, el trabajador social popular ha podido, por un lado, constatar la gran distancia existente entre el plano teórico-político o expresado en las propuestas nacionales de nuevo orden para nuestra sociedad y las prácticas, demandas y propuestas parciales y/o locales colocadas desde los actores populares. Por otro lado, el trabajador social popular es interpelado desde la política para jugar un papel creador dentro de ~ate “vacío” entre propuestas nacionales y prácticas populares. El desafío es más serio cuando se llega a entender que se trata de un “vacío” en la construcción de una propuesta política nacional.

Es necesario subrayar que una de las expresiones de este vacío es la de la ausencia de comunicación y de encuentro entre los diversos sectores en juego. Por un lado la esfera de lo popular, donde las organizaciones, iniciativas y dinámicas populares son acompañadas de modos variados por este tipo de intelectual que es el trabajador social popular. Por otro, la esfera de los intelectuales que se ubican en el plano de análisis macrosocial y de la propuesta política nacional. En un primer encuentro, es posible observar una común voluntad de construcción social de un nuevo orden, pero también se hacen visibles las diferencias en cuanto a intereses, valoraciones, prioridades, conceptualizaciones, análisis y metodologías de construcción de sociedad. Todo ello lleva a preguntarse de manera diferente por lo político.

2.4. ALGUNOS BLOQUEOS DE LA IDENTIDAD,

- ¿Por qué el trabajador social popular, no ha conseguido -en todo este período- perfilarse con nitidez como un actor político?

La respuesta es compleja porque pasa necesariamente por el examen del desarrollo político de los sectores de izquierda en estos 10 años.

Nuestro interés es el de subrayar sólo algunos elementos: a tomar en cuenta para responder a la pregunta. Proponemos considerar tres factores que habrían bloqueado el desarrollo de esta identidad:

1. el desarrollo de una “ideología” de la autonomía popular.
2. el peso de las mediaciones institucionales.
3. la relación desigual entre el activismo y la reflexión, tanto de la propia práctica como la de los sectores populares que se acompañan. Los “antis”: antiintelectualismo, antiteoricismo.

2.4.1. El desarrollo de la “ideología” de la autonomía popular.

Más arriba nos referimos al reconocimiento de la autonomía de lo popular como un hito de maduración en el trabajo social popular. Señalábamos también que la otra entrada al problema provenía del imperativo político-partidario que, muy temprano en la historia de estos años, veía necesario evitar que las organizaciones populares emergentes entraran a depender de racionalidades institucionales.

Es esta última formulación de la autonomía popular, desarrollada entre los años 75-77 P la que es incorporada de modo bastante masivo por el conjunto de trabajadores sociales populares a su vez mili tantea de diversos partidos de izquierda. La “autonomía” era rápidamente asumida como un supuesto básico del accionar político, una condición de “línea correcta” que no se discute ni necesariamente se analiza en cuanto al papel que pasa a jugar el trabajador social. En este sentido la denominamos peyorativamente “ideología”. Es la etapa del “organicismo partidario” en la que la meta es reconstruir la orgánica popular preexistente al golpe de Estado.

Más allá de las consideraciones estratégicas de esos años, “la autonomía de lo popular” se comienza a imponer como proceso de maduración evidente de las organizaciones populares. De ser una hipótesis política, se transforma en una realidad en gestación progresiva que expresa la consistencia en desarrollo del sujeto popular. Es a la sombra de este positivo proceso de construcción social, que tiene lugar el desarrollo de elementos de negación” de la identidad del trabajador social popular:

a) La afirmación de la autonomía, que significa en sus consecuencias negación de protagonismos de agentes externos a lo popular, trae consigo -como efecto no deseado- que el trabajador social se “niegue a sí mismo” y renuncie -en la práctica- a definir una identidad propia a partir de sus propios datos, reconociendo la especificidad de su aporte.

La situación de estar en una práctica “referida” a la construcción de un movimiento popular y 1 en este sentido, la reiterada negación de convertirse en agente autoreferente de la acción, llevó al descuido del rol político que era posible jugar desde la ubicación de “intelectual ligado” a procesos de realidad popular.

b) Un segundo elemento de negación de identidad, muy ligado al anterior, es el que tiene que ver con la racionalización que se da en torno a la ubicación espacio-temporal en que se realizan procesos de autonomía popular: la micro-experiencia, lo local; en definitiva, la racionalización del “localismo” como valoración de lo concreto frente a lo abstracto, de lo “práctico” frente a lo “teórico”.

Pareciera que la hipótesis que ha estado por debajo de esta situación, ha sido la que postula que la sumatoria de micro-experiencias y los “localismos unidos” llevará linealmente a “construir hegemonía popular”. Sin pasar por las mediaciones de la sociedad.

La experiencia ha sido porfiada en mostrar la inviabilidad de este camino y, más bien, desde la valoración de lo local se ha abierto la pregunta sobre el problema de la “universalización”: ¿Cómo universalizar desde lo popular hacia el conjunto de la sociedad? La exacerbación del localismo llevó a la aceptación como “normalidad” de una especie de ubicación marginal dentro de la sociedad. Pero, ¿cómo avanzo hacia la meta de transformar la sociedad, si se justifica y mantiene una ubicación ajena y marginal a ella misma? ¿Cómo lo popular llega a ser societal (hegemonía) si se ubica fuera o marginal a los procesos que la atraviesan? O, ¿cómo desde la experiencia local accedemos a la propuesta nacional movilizadora, si lo local-popular no se coloca intencionadamente dentro de lo nacional?

Entonces, ¿en qué consiste la “construcción hegemónica?”. El “localismo” así colocado ha jugado dos malas pasadas: una, a la validez y riqueza de la experiencia local, porque muchas veces la ha convertido en un “incomunicable”; y, dos, porque ha deteriorado la identidad del trabajador social popular a l empujarlo a convertirse en una especie de “artesano marginal”.

2.4.2. El peso de las mediaciones institucionales.

No pretendemos colocar dudas sobre el papel que han jugado un conjunto de instituciones de apoyo, en este período de 10 años. Pero, examinar su

aporte a la construcción de un sujeto popular es tarea de otra reflexión que es necesario realizar.

Como nos interesa avanzar sobre los problemas de identidad del trabajador social popular, queremos sólo apuntar que, por un lado, las instituciones han constituido el espacio de desarrollo de las prácticas educativo-populares y de constitución y/o reproducción del trabajador social. En este sentido, han venido a reemplazar -con precariedad estructural- el papel desempeñado por el Estado y sus aparatos en el proceso de construcción social. Por otro lado, las instituciones -mayoritariamente de origen eclesiástico- se han constituido en instancias de mediación entre “lo popular” y el resto de la sociedad. Mediación en la cual la racionalidad de cada institución (la pastoral; una visión determinada de los derechos humanos; la coyuntura en la relación Iglesia-Estado) ha colocado tensiones conflictivas en el trabajo. Tensión expresada muchas veces como conflicto de lealtades entre ciertas metas a alcanzar en el trabajo con dinámicas populares y metas internas de identidad o reproducción de las instituciones. El problema es más complejo, pero con todo, pensamos que nuestra simplificación tiene alguna validez.

Si miramos este problema con alguna perspectiva más histórica -aunque todavía falta distancia frente a la densidad del proceso- podemos señalar tres momentos que colocan el problema en el tiempo.

1. Si bien la mayoría de estas instituciones estuvieron en la base de dinámicas de reactivación popular (años 1973-1976),

2. no siempre tuvieron capacidad para continuar estableciendo una relación adecuada con los sectores populares (1977-1980). Relación adecuada en el sentido de recrear la relación con el pueblo y redefinir el papel de mediación de sus agentes.

3. Hoy día se viene de regreso y se comienza a reencontrar el hilo conductor en los procesos de sistematización y crítica de las prácticas del trabajador social popular (años 1981-1983).

Postulamos que en la interioridad de este proceso se ha bloqueado en parte la identidad del trabajador social popular. Pero, la otra parte de este bloqueo, se podría explicar por otro proceso, que también tiene una matriz institucional pero que alcanza, en su extensión, al conjunto de las instituciones que albergan el colectivo -o tal vez, en este momento- estrato de “intelectuales por el socialismo” existente en nuestra recortada sociedad.

En efecto, en estos diez años se ha venido profundizando -para mal de nuestra “utopía compartida”- un proceso de “diferenciación -incomunica-

ción” que, a veces con más nitidez que en otras, pareciera acercarse a una especie de “división social del trabajo” dentro de los sectores intelectuales.

La situación no es en absoluto novedosa, ha estado de muchos modos presente en el desarrollo político de los últimos decenios. Pero, enfatizamos que la tendencia de estos años ha sido su profundización hasta el punto de ser un obstáculo para la construcción social y para la articulación de una propuesta política.

En efecto, fruto de la voluntad autoritaria del régimen, de reducir el espacio de la política, de impedir los canales de articulación, de afectar la red de comunicación pre-existente, se ha producido una situación de desarrollo a-orgánico de los espacios para hacer política y; además se ha mostrado cierta incapacidad para diseñar una “comunicación alternativa” que articulara dichos espacios.

Las instituciones en este periodo siempre se auto-percibieron como espacios, en ausencia de una cancha más grande -El Estado-, desde donde se pudiera apuntar a la política.

El problema es que -sin referirnos a las particularidades históricas de cada espacio- a poco andar bajo el autoritarismo imperante, se acentuó una dicotomía entre:

- dos tipos de espacios institucionales: las instituciones que al inicio se autodenominaron de “trabajo social solidario” y las instituciones académico-políticas.

- dos tipos de intelectuales: el trabajador social popular, que se llega a definir a sí mismo como acompañante de dinámicas populares. Y el intelectual de la teoría política, del macro-análisis (fundamentalmente la dominación) y de la propuesta nacional.

- dos tipos de acercamiento a la realidad: por un lado el que es posible desde una práctica de acompañamiento a dinámicas populares. Es la riqueza de las micro-experiencias y procesos sectoriales. En general, ese tipo de acercamiento carece hasta ahora de un análisis globalizador que ofrezca una interpretación amplia de los procesos populares que acompaña. Por otro lado, el acercamiento desde la riqueza de la teoría, o de un cierto pensamiento proto-teórico, sin mayor efectividad de interpelación ni menos aún de interpretación de las prácticas populares presentes en nuestra globalidad nacional.

Durante un tiempo más o menos prolongado, esta dicotomía fue vivida como un enquistamiento polarizado que dio lugar a esporádicas relaciones entre ambas ubicaciones en que los “analistas” buscaban obtener información

y los trabajadores sociales -sin desarrollar su propia capacidad de análisis desconfiaban de una relación tan puntualmente establecida. Desconfianza que tenía también un componente político en la medida que se interpretaba de algún modo como apropiación que no retornaba necesariamente para reforzar el desarrollo de dinámicas populares.

Deseamos sólo señalar un problema -que merece un tratamiento más amplio en una reflexión aparte sobre la situación de estas capas intelectuales que, pensarnos ha constituido también un bloqueo en la explicitación de una identidad del trabajador social popular.

Tal vez, una última consideración deba apuntar a colocar alguna posibilidad -entre otras- de salida que formularemos del modo siguiente:

- Constatamos un vacío entre: el plano de las demandas, inicia ti vas y propuestas provenientes de dinámicas populares -plano en que se ubica el trabajo social popular- y el nivel de elaboración de propuestas políticas de dimensión nacional, en la que se ubica el trabajo teórico político.

- Entre ambos planos existe un vacío, que, en definitiva es un vacío político, un vacío en • cuanto a la metodología de la construcción de una propuesta política: por una parte, lo popular no consigue universalizarse hacia el resto de la sociedad y, por otra, las propuestas nacionales quedan “trancadas” en su “descenso” hacia lo popular. Es decir, quedan más o menos en el aire.

- Pensamos, o más bien postulamos, que este vacío se llena o, en el peor de los casos, se reduce, en la medida que llegue a existir un “movimiento popular” que sea sujeto de una construcción societal. Ello no implica arrinconarse en populismo de ningún tipo. Siendo esa la meta a alcanzar y tomando en cuenta el ritmo de una construcción problemática, pensamos que uno de los modos vigentes de cubrir dicho vacío es el de subrayar la necesidad de que entren nuevos actores en la escena. En otras palabras, es necesario que el trabajador social popular suba al escenario, sin intención de reemplazar al actor popular, sino a dar cuenta de un proceso de acompañamiento a lo popular. En otras palabras, que el trabajador social popular acepte ser un actor social y político, dando cuenta de su propia práctica frente a la externidad de las macro-propuestas.

2.4.3. Los “antis”: anti intelectualismos, anti teoricismos.

No vemos necesario profundizar sobre las verbalizaciones de un mismo problema.

Es cierto que en la raíz del anti intelectualismo y anti-teoricismo de seguro se encuentra un síndrome populista o un síndrome a-politicista (que no son sinónimos)

No deseamos hacernos cargo de interpretar este fenómeno por ahora. Si, creemos que es relevante por dos motivos: uno, porque es el destino de algunas “vocaciones” intelectuales frustradas en la práctica política. Y, segundo, porque constituye un condimento de una racionalidad populista que es necesario tratar en sí misma.

Este tipo de matriz populista -pensamos- merece un tratamiento más cuidadoso que una pura descalificación impulsada por el “buen olfato político”, ya que se trata, precisamente, de “populismos anti-sistémicos” en los que se envuelve una racionalidad ético-política válida “a rescatar”.

Por tanto, hechas estas prevenciones queremos sólo señalar que:

- el anti intelectualismo y el desprecio por lo teórico, adoptados como el comportamiento que acompaña a las prácticas populares, ha llegado a constituirse en un bloqueo para la identidad del trabajador social popular. Ha desdibujado y a veces negado el origen intelectual de muchos de ellos, y con ello ha negado también la posibilidad de que el encuentro entre el saber intelectual y el saber popular se fecunden en una “síntesis cultural” (Paulo Freire) que beneficie a la lucha popular.

- El anti intelectualismo y el desprecio por la teoría, son componentes de una forma mental constantemente presente, en alguna medida, en el trabajo social. En sus expresiones más espontáneas significan una reacción frente a otra forma mental que hace de la tarea intelectual un “quehacer ensimismado”. En lo positivo, envuelven una cierta búsqueda de efectividad política de las ideas. Pero su explicación más global pareciera encontrarse en una problemática mucho más compleja: la de una “reacción frustrada” a causa del desencuentro entre la teoría • y la práctica.

En el contexto de estas páginas, sólo queremos remarcar como hipótesis, los efectos de una relación negativa. Creemos que -en este período- el comportamiento comentado, parece tener estrecha relación con los dos “bloqueos” que señaláremos más arriba: por una parte, lo que llamamos “la ideología de la autonomía de lo popular”, con el efecto de “auto-negación” del trabajador social popular y, por otra, el panorama de desarrollo de las instituciones y el peso de un tipo de división del trabajo entre los intelectuales.

Ambos elementos parecen haber reforzado una afirmación genéricamente anti intelectual que, habría que preguntarse, hasta dónde no es una diferenciación portadora de identidad.

3. EL TRABAJADOR SOCIAL POPULAR EN LA CONSTRUCCION DE LA PROPUESTA DE UN NUEVO ORDEN DEMOCRATICO PARA CHILE.

Tal vez, lo más adecuado sería colocar este título entre signos de interrogación y bajar la expectativa de respuesta. Pensamos que la respuesta real la colocarán los actores mismos. En esta parte de nuestra reflexión, sólo queremos hacer un par de consideraciones que puedan servir eventualmente de punto de partida para una discusión. A riesgo de ser reiterativos, recogemos el objetivo inicial con que comenzamos a escribir estas páginas:

- En medio del proceso de construcción social y política que se inicia en nuestro país, el trabajador social popular está desafiado a desarrollar un papel de actor desde su ubicación propia; es decir, desde su lugar de “intelectual que ha acompañado” un conjunto de dinámicas populares, las que pueden ser interpretadas como componentes de un “movimiento sujeto” en proceso de construcción.

- lo que -entre otras cosas- está en juego en este momento de construcción de propuesta para un nuevo orden, son las diferentes “lecturas de la realidad posibles” desde ubicaciones diversas. Por esto, nuestra insistencia en la especificidad’ intelectual a poner en juego por parte del trabajador social popular.

Esta especificidad de “intelectual referido” no agota la identidad del trabajador social, pero, vemos en ella, un principio que contribuye a centrar la pluralidad de roles y funciones de “acompañamiento” que éste ha venido realizando en el transcurso de estos 10 años.

Pensamos que la especificidad intelectual que atribuimos al trabajador social popular, se juega fundamentalmente en el problema de la “interpretación” de la realidad. La ausencia de interpretación fundadas en análisis de la realidad de los sectores populares, es una parte importante del vacío que detectamos entre prácticas populares y propuestas políticas nacionales.

La omisión de este tipo de análisis, ha permitido el surgimiento “renovado” de hábitos viejos: por ejemplo el de ilustrar con “lo popular” determinados aspectos de la propuesta política. Lo popular pasa a convertirse en una especie de “polvos para hornear”. O, el hábito también viejo de salir a “enganchar bases” para una _propuesta que les es ajena en sus orígenes y en su racionalidad.

Al apuntar la “interpretación” como problema clave de la práctica intelectual del trabajador social, no estamos haciendo otra cosa que tratar de re-

colocar nuestra visión de esta práctica de “acompañamiento”. Decíamos que durante estos años, el trabajo social popular, desde su cercanía a los procesos populares, había intentado desentrañar los sentidos inmanentes de las prácticas populares. Y en ello jugaba una dimensión de lo político (Lechner)

Pensamos que la “interpretación” y el análisis social que está en su base, son otro momento del mismo proceso de estructuración de la política. Es el momento ideológico de representación de la realidad, momento en que se busca objetivar los “sentidos intrínsecos a las prácticas sociales”.

El vacío entre prácticas populares y propuestas políticas nacionales es también un vacío ideológico.

La existencia de este vacío denuncia una defectuosa estructuración de lo político.

De lo anterior se podría desprender que el ejercicio de la práctica intelectual por parte del trabajador social popular, no es algo indiferente. Permanecer en la omisión puede significar prolongar una situación de unilateralidad que no favorece al proceso de “construcción de un movimiento popular sujeto”.

Una aclaración que parece necesario hacer, es que el énfasis en que el trabajador social despliegue su capacidad de interpretación, no implica ningún tipo de representatividad directa del actor popular; a través de la “interpretación” el trabajador social popular representa su propia práctica referida a la construcción social en que está inmerso. No viene a suplantar al actor popular quien crea o ha de crear otros modos de presencia en los espacios políticos existentes.

El acento colocado sobre el problema de la “interpretación” de la realidad popular, significa también vislumbrar claramente el desafío de asumir roles intelectuales. No se tratará de que el trabajador social popular se transforme en el tipo de intelectual que ha venido criticando.

Tampoco se trata de que se “re-inventen como intelectual. En un cierto sentido, hemos tratado de llamar la atención precisamente sobre una identidad -manifiesta o no- sobre dos continuidades históricas: la política y la intelectual.

Pensamos que se trata más bien de descubrir la significación política que -en esta etapa de construcción de propuestas nacionales- tiene el asumirse como un actor específico que acompaña los procesos populares.

Esta especificidad no es necesario inventarla de la nada, en alguna medida se encuentra en la experiencia acumulada, tal vez sea necesario “re-crearla” en un proceso de sistematización orientado por los desafíos políticos que se colocan en esta etapa.

No es posible señalar a-priori en qué consistiría esta especificidad en su dimensión futura. Suponemos que pueda re-crearse en la línea de la articulación.

Nuestra sugerencia ha consistido permanentemente en enfatizar que el trabajador social popular asuma un carácter de actor político. Fundamentos de este actor son: por un lado, una experiencia acumulada de acompañar dinámicas populares; por otro, el ofrecer una “interpretación” de estas prácticas poniendo en juego su calidad de intelectual.

La perspectiva que se coloca por delante es la de llevar a cabo una gran tarea de articulación. Con una sociedad como la nuestra, donde los circuitos de comunicación han sido restringidos y la no-comunicación atomizadora llegó a ser un logro del régimen, la función articuladora se da en todos los planos. De algún modo es la creación de instancias, circuitos o momentos de lo que se ha llamado “comunicación popular alternativa”.

Pero, no estamos planteando una articulación “genérica”. Los planos en que ella se mueve serán definibles en el proceso mismo. Uno es el plano del desarrollo de prácticas e inicia ti vas populares. La función articuladora pareciera tener su terreno en el apoyo a la estructuración de propuestas políticas populares.

Otra dimensión, en este mismo plano, es aquella que contribuye a hacer aflorar lo que ya está en el universo social de los sectores populares. En este campo, será necesario tal vez moverse con flexibilidad entre “lo cultural popular” y la “cultura de masas” ¿dónde se pueden situar las fronteras desde una óptica articuladora?

Otro plano central de la función articuladora será el de la “interpretación” en el sentido en que nos hemos referido anteriormente. Allí se asegura también un aporte a la universalización de la imagen de un nuevo orden que aflora desde lo popular.

Por último, esta función articuladora se coloca más en la línea de la constitución del actor popular y su presencia en el proceso de estructuración de lo político, que como puente que cruza el vacío entre las propuestas políticas nacionales y el proceso de desarrollo popular.

Pareciera que el problema en esta etapa, más que tender puentes es el de constituir o tensionar actores.

Mayo 1983.

